
3 1761 07065011 4

OBRAS POÉTICAS

ESCOGIDAS


LIBRARY
OCT 24 1972
UNIVERSITY OF TORONTO



Claudio Mamerto Cuenca

CLAUDIO MAMERTO CUENCA

OBRAS POÉTICAS

ESCOGIDAS

CON UNA BIOGRAFÍA DEL MISMO,

por

DON TEODORO ÁLVAREZ

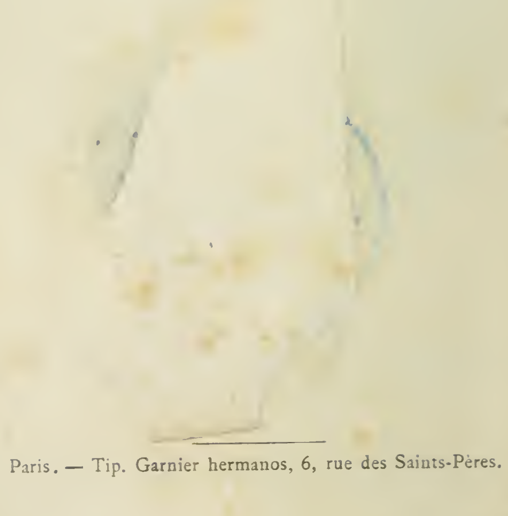
y un prólo[illegible] de

DON MIGUEL D[illegible] Y GÓMEZ

LIBRERÍA DE G[illegible]R HERMANOS

6 — RUE DE[illegible]TS-[illegible]RES — 6

1889



Paris. — Tip. Garnier hermanos, 6, rue des Saints-Pères.

EL DOCTOR D. CLAUDIO MAMERTO CUENCA

La terra molle e lieta e dilettosa
Simile a se gli abitator produce.

(Tasso).

La fisiología, de acuerdo con la experiencia, demuestra sobradamente la profunda verdad que encierran los dos versos arriba citados del inmortal poeta italiano.

El hombre, dócil cera que se amolda con la mayor facilidad á todas las influencias exteriores, no puede sustraerse á la del medio ambiente, y lleva siempre impreso de un modo indeleble, lo mismo en su conformación física, que en las manifestaciones de su espíritu, el sello de la naturaleza en cuyo seno abrió los ojos á la luz, y pasó los mejores años de su existencia.

Estas ideas se presentan á nuestra mente al hojear las fogosas y ardientes inspiraciones del poeta argentino doctor Cuenca, que son brillante reflejo de aquella hermosa naturaleza americana, cuyas tierras casi vírgenes ostentan la prodigiosa fecundidad de los primeros albores del mundo, y en donde, á semejanza de lo que canta de Granada el insigne Zorrilla,

... Anidan al par todas las aves
Y se abren á la par todas las flores.

Otras influencias además de las del clima se echan de ver fácilmente en los versos del señor Cuenca, y estas otras influencias corresponden á tres órdenes distintos: al literario, al político y al científico.

Cuando el doctor Cuenca dedicaba los ocios de su penosa al par que noble profesión al agradable comercio de las musas, el romanticismo literario imperaba por completo en Europa. Aun vibraban en todos los corazones amantes de la poesía los últimos cantos del cisne de Albión, del inspirado cantor de Child d'Harold; *frescas se hallaban aún las coronas colocadas sobre las tumbas del no menos insigne Espronceda y del tierno y*

caballeresco Arolas. Víctor Hugo causaba con sus brillantes creaciones la admiración de todos los amantes de la bella literatura, y en escenario más reducido, aunque con no menor vuelo ni menos elevada inspiración, el ya citado cantor de Granada y autor de los Cantos del Trovador, *seducía á sus conciudadanos y á sus hermanos, por la raza, de la América del Sur, con los arranques de su genio poético.*

Imposible hubiera sido que un alma soñadora del temple de la del doctor Cuenca se sustrajera al poderoso influjo de los vates que más se distinguieron en aquel ciclo poético. Las leyes que rigen el mundo físico diríase que son como reflejo de las que gobiernan el mundo de los espíritus. Por esta razón, así como al pulsar un instrumento en presencia de otro templado al unísino con él, el segundo vibra forzosamente como pulsado por plecto invisible, del mismo modo las inspiradas estrofas de los cantores de aquellos días, y sobre todo de los cantores españoles, despertaron análogas armonías en la imaginación poética del doctor Cuenca.

Basta citar alguna que otra estrofa tomada el azar en sus poesías para convencerse de ello.

Así por ejemplo en su leyenda titulada LA MENTE Y EL CORAZÓN *dice:*

Los hondos recuerdos de vida pasada
¿Qué son? desengaños: si hermosos, son nada;
Son flores que pierden temprano su olor;
Si amargos, la huella que deja una herida,
Parásito insecto, que en la alma se anida,
Nutriéndose á expensas del mismo dolor.

Algunas páginas más adelante y variando de metro, como lo exigían imperiosamente los cánones románticos, hallamos estos versos en una descripción:

Óyese sordo murmurio
Confuso, solemne, vago,
Como misterioso augurio
De algún accidente aciago
Que debiera suceder.

Y era acaso sólo el viento
Que en la arboleda lejana
De noche imita el acento
De remota voz humana
Que no se puede entender.

Estos y otros muchos pasajes que pudiéramos citar

demuestran claramente la influencia que ejercieron en el doctor Cuenca los románticos ya citados.

Nuestro poeta los imita con cierta exageración, hasta en sus defectos, y así es que sus versos abundan en licencias poéticas, algunas de ellas no muy excusables. Esto obedece á que tropezaba con dificultades en el manejo del habla castellana, que sus modelos no encontraron. Pero hay que tener en cuenta la índole de los estudios y trabajos á que se dedicaba con preferencia, y el natural abandono que se observa generalmente en gran parte de los poetas americanos de aquella época.

Hay que tener además presente, en descargo suyo, que todas las poesías que figuran en el presente volumen las escribió el doctor Cuenca en los escasos ratos de solaz de que podía disponer, ya para recreo de su ánimo ya para complacer á sus amigos y admiradores. Si la muerte no hubiera cortado tan temprano el hilo de su brillante existencia, estamos seguros de que antes de darlas á la imprenta hubiera limado sus composiciones, limpiándolas de algunos lunares que las afean.

En algunas de las poesías de su primera juventud, cuando aun no se hallaba influído por el romanticismo, se echaba de ver una dulce sencillez que encanta, como

sucede en la que lleva por título Mis quejas *y que empieza:*

Dorila; quién pensara, etc.

Esta poesía recuerda las tiernas anacreónticas de Meléndez y Moratín, padre.

Según uno de los biógrafos de nuestro poeta, en tiempo de la dominación funesta del dictador Rosas, en que eran tan frecuentes los registros domiciliarios, la madre del señor Cuenca, temiendo por la seguridad de su hijo, redujo á cenizas un baúl lleno de poesías y otros manuscritos suyos. De lamentar es para la literatura argentina este funesto auto de fe, en que sin duda perecieron muchas de las mejores inspiraciones del joven vate.

Acabamos de citar uno de los más tristes períodos de la historia argentina, que trazó en las páginas de Amalia, *con todo su sombrío colorido, el insigne Mármol. Habiendo atravesado nuestro poeta todo aquel siniestro período, su noble y generoso pecho no podía menos de sentirse indignado ante los excesos del tirano, y aunque de una manera encubierta, no dejó de expresar su indignación en varios pasajes de sus poesías.*

He aquí, en prueba de ello un pasaje de sus Fragmentos, *puesto en boca del tirano Almabar:*

¡Yo no soy hombre, no!... ¡yo soy un monstruo,
Una furia infernal que me alimento
Con lágrimas y sangre!... La venganza,
La ambición del poder es cuanto anhelo
Saciar en este mundo; y si es preciso
Cometer mil delitos, yo el primero
Por elevarme, yo seré el que parta
Del que se oponga á mi ambición el pecho!

. . . .

Los sangrientos cuadros que á cada paso presenciaba y el espectáculo de los males que afligían á su patria debieron influír también no poco en el carácter generalmente melancólico y pesimista de muchas de sus poesías.

Por último nótase en éstas otra influencia no menos poderosa, á saber: la de la índole de sus estudios médico-anatómicos. Acostumbrado á escudriñar con el escalpelo todos los misterios del organismo humano y á estudiar hasta el último de esos frágiles y casi imperceptibles hilos que desempeñan en él un papel análogo

al de los hilos telegráficos y telefónicos en las sociedades modernas, aplicaba, tal vez sin darse cuenta de ello, á sus composiciones poéticas de algún empeño parecido procedimiento analítico. De esto nace que muchas veces peca de prolijo y difuso como se echa de ver principalmente en Delirios del Corazón.

Muy intenso debía ser el sentimiento poético del doctor Cuenca, cuando las arideces y el prosaísmo de la medicina y la anatomía no lograron destruírlo y apagarlo por completo, y á ellos se debe, en sentir nuestro, el que nuestro poeta no haya llegado á la altura y renombre á que por la vocación y tendencias de su espíritu estaba llamado, si, desde un principio, su clara inteligencia, y brillante al par que fogosa imaginación hubieran tomado otros derroteros más en consonancia con sus aptitudes literarias.

La poesía es una especie de sacerdocio al que hay que consagrar toda la inteligencia y toda el alma. Ya el inmortal Cervantes ponía en boca de don Quijote esta misma idea en otra forma, cuando departiendo el héroe manchego con el caballero del Verde Gabán, le decía: « La poesía, señor hidalgo, es como una donce- « lla tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa,

» *á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y ador-*
» *nar otras muchas doncellas, que son todas las demás*
» *ciencias, y ella se ha de servir de todas y todas se*
» *han de autorizar con ella* ».

De todo lo dicho se infiere, que si por las causas ya indicadas el malogrado doctor Cuenca no pudo llegar á poseer en toda la plenitud de su desarrollo el os magna sonaturum *de que habla Horacio, ni á destacarse en el cielo de la literatura argentina como una estrella de primera magnitud, ocupa sin embargo en ella un lugar distinguidísimo. Su obra poética es digna de todo encomio y alabanza, sobre todo si se tienen en cuenta, además de su mérito intrínseco, las circunstancias en que hubo de desarrollarse y el carácter de los estudios y trabajos á que su autor vivía consagrado.*

Al refundir la agotada edición de dichas obras, hecha hace cerca de treinta años, publicando en un solo volumen sus poesías escogidas, creemos prestar un servicio á la literatura argentina, y estamos seguros de que han de agradecerlo los amantes de la bella literatura, que cada día tiene nuevos admiradores en la culta república del Plata.

Para terminar diremos dos palabras acerca de la

división que hemos juzgado conveniente adoptar en la presente colección.

En la primera parte hemos comprendido todas las poesías cortas, ya eróticas, ya patrióticas, ya festivas; y en la segunda, la bella leyenda erótico-romántica Delirios del Corazón.

Por último, aunque, como ya hemos indicado, estamos seguros de que el malogrado poeta hubiera retocado y limado algunos de sus versos, si hubiera previsto la gran publicidad á que estaban llamados, hemos respetado ciertos desaliños y lunares, para no quitar á las producciones de su fecunda vena nada de su originalidad.

MIGUEL DE TORO Y GÓMEZ.

París, 16 de septiembre de 1888.

LIGEROS APUNTES BIOGRÁFICOS

DEL DOCTOR

D. CLAUDIO MAMERTO CUENCA

Nació en Buenos Aires en 1812 de una familia muy apreciable, virtuosa y de bienestar; se educó y formó en la Universidad y Escuela de Medicina de esta misma ciudad, como también sus hermanos doctor don José María, doctor don Salustiano, y doctor don Amaro Cuenca. Es una familia de médicos distinguidos y catedráticos de esta Escuela de Medicina. El doctor don Claudio Mamerto y don Salustiano eran hábiles y notables anatómicos, y tenian una clientela aventajada

y brillante entre el público, habiendo merecido siempre las simpatías y la estima de todos. Educado el doctor Cuenca en la Universidad por los ilustres catedráticos doctor Alcorta, Banegas, García, etc.; y en medicina por los doctores Portela, Fonseca, Almeyra, Fuentes Argüebel, Fontana, fué recibido profesor y doctor en medicina en 1839 habiendo escrito una tesis notable fisiológica sobre *las simpatías*. Un año después, 1840, fué nombrado catedrático de anatomía. En ese año y el 41 regentó los cursos de anatomía y fisiología con los estudiantes hoy doctores, Alvarellos, Rivero, Cuenca, Irigoyen, Acuña Salvarreza, Ibarra, etc. El doctor Cuenca, anatómico consumado y excelente cirujano, ha tenido por discípulos á los más distinguidos de los médicos argentinos durante catorce cursos que presidió hasta su fin desgraciado, ocurrido en la batalla de Monte Caceros, siendo médico y cirujano principal del ejército de Buenos Aires, el 3 de febrero de 1852, á la edad de cuarenta años.

Su voz elocuente, su porte distinguido, moderado y serio al mismo tiempo, hacia que sus sabias lecciones fueran oidas con el mayor interés, especialmente en anatomía y fisiologia; parecíanos á todos, con senti-

miento, que se acababa la lección en pocos momentos.

Su elocuencia y doctrina tenían pendiente de su palabra á la clase entera, que le escuchaba con entusiasmo y admiración. En anatomía era consumado, siendo director su hermano, después doctor don Salustiano; y ayudantes directores el doctor don José María Bosch, y el que subscribe. Hemos sido testigos inmediatos de su admirable destreza en la práctica del escalpelo.

La difícil disección del cerebro y sistema nervioso, de los sentidos, del origen de los nervios, gran simpático, etc., eran para él una cosa familiar y fácil.

Donde ponía el instrumento, al primer golpe de vista, ahí estaba la arteria, vena ó nervio que quería demostrar. Durante el bloqueo francés é inglés no había en el Hospital de hombres lugar más que para trescientas camas; la mayoría eran heridos de la escuadra Argentina ó de la enemiga, que se asistían igualmente por orden del Gobierno.

Como las entradas de enfermos civiles eran pocas, también lo eran los cadáveres; y este indispensable elemento para el estudio anatómico era muy escaso. Así

por ejemplo, estudiamos la cabeza en la de un hombre negro, aun joven, cuyo cuerpo había agotado el doctor Cuenca en la enseñanza inferior, ó sea de la piel, músculos, vísceras, etc. : en esa cabeza, único recurso, nos enseñó el cerebro y sus membranas, los sentidos, origen de los nervios y del gran simpático, y cuanto hay que estudiar en una cabeza.

Esa cabeza estuvo diez y siete días en la mesa de mármol del anfiteatro en un invierno cruel, lo que contribuyó á su conservación. Tanto los miembros como tronco y cabeza, fueron llevados después al cementerio católico, como era reglamento de la casa, terminados los trabajos en el cadáver.

El doctor Cuenca fué de los primeros literatos y poetas de esa época, como lo demuestran sus obras; algunas quedaron sin publicar ó concluír. Se perdió con él una gran notabilidad puramente nacional para la escuela de medicina, pues el doctor Cuenca jamás salió de la Provincia de Buenos Aires; se había formado médico, literato y maestro en la misma ciudad. Su dignísimo hermano, el doctor don Salustiano Cuenca, le sucedió en la cátedra de anatomía y fisiología y como médico del hospital de hombres, y falleció en

la fiebre amarilla de 1866, víctima del cumplimiento de sus sagrados deberes en la mortífera epidemia.

Al menor de sus discípulos le toca hoy el honor de recordar su venerable y grata memoria, en estos ligeros é imperfectos apuntes biográficos.

TEODORO ÁLVAREZ.

Buenos Aires, febrero de 1888.

PRIMERA PARTE

POESÍAS ERÓTICAS, PATRIÓTICAS, FESTIVAS, ETC.

MI CARA

SONETO

Esta cara impasible, yerta, umbría,
Hasta ¡ay de mí! para la que amo helada,
Sin fuego, sin pasión, sin luz, sin nada,
No creas que es ¡ah, no! la cara mía.

Porque ésta, amigo, indiferente y fría
Que traigo casi siempre, es estudiada...
Es cara artificial, enmascarada,
Y, aquí para los dos, — ¡la hipocresía!

Y teniendo que ser todo apariencia,
Disimulo, mentira, fingimiento,
Y un astuto artificio en mi existencia,
Por no poder obrar conforme siento
Y me lo mandan Dios y mi conciencia,
Tengo pues que mentir, amigo, — y ¡miento!

ODA

Á LA JURA DE LA INDEPENDENCIA

¿Qué gritos de alegría
Se levantan del suelo americano,
Que del Sur y del Norte al Mediodía
Publican su contento
Retumbando en la bóveda su acento?

¿Qué fulgor de repente
Esparciendo su luz clara y radiante
De los hijos del sol al continente
Se extiende por la esfera
Do la alma libertad se ama y venera?

¿Qué prodigio se muestra
En la etérea región ante mis ojos
Que asombrando su luz la razón nuestra,
Empaña el rostro hermoso
Y los rayos de Febo luminoso?...

Cual rayo discurriendo
En esplendente y cristalina nube,
Distingo por los aires ir subiendo
Al temido guerrero
Que en los campos de Marte fué el primero.

La fama en raudo vuelo
Hasta el templo le lleva de Mavorte,
Que en lo más alto del cerúleo cielo
Espera la venida
Del que ha dado á su patria gloria y vida.

Girando estrepitoso
El quicio celestial á su llegada,
Sobre un trono de gloria majestuoso
Al mismo Marte enseña
Que el hablar á Belgrano no desdeña.

Se adelanta pausado
Hasta el trono del Dios el gran guerrero,
Y él le coloca de Belona al lado,
Sobre Alejandro y Ciro
Cuyo bélico esfuerzo ya no admiro.

Sonó la trompa fina
En dulcísimos sones modulando,
Y el cóncavo celeste luego trina
El eco repitiendo
De Belgrano inmortal con ronco estruendo.

Un rayo soberano
De los ojos del Dios entonces brilla
Sobre la patria del guerrero indiano,
Que ha sido la primera
En llevar á la lid legión guerrera.

« Varón esclarecido
Que llevaste, le dice, tus pendones
De victoria en victoria conducido
Sobre huestes contrarias
Que humilló tu valor en lides varias;

« Tú que alzaste del Plata
En la orilla argentina el grito santo
De muerte ó libertad, que se dilata
Corriendo prontamente
De nación en nación, de gente en gente :

« Contempla tantos bravos
Que el valor de tu diestra ha libertado
De humilde servidumbre, al ser esclavos
Del español austero
Si no triunfara en Tucumán tu acero.

« Las huestes aguerridas
Que opusiera Tristán á tus legiones,
Por tu espada en vil polvo convertidas,
Son los timbres primeros
Que te harán inmortal entre guerreros.

« Por tanto de mi mano
Esta corona ceñirá tu frente,
Á cuyo aspecto temblará el tirano,
Que oprime el hemisferio,
Que ve en cadenas aherrojado Hesperio.

« Recorre sin demora
La extendida región que al libre alienta.
Do en Mayo el astro de la luz se adora,
Y dale Independencia
Que alcanzaron su esfuerzo y resistencia. »

Bajando en blanca nube
Hasta el suelo argentino el gran Belgrano
Pregona Independencia, al cielo sube
Apacible y sereno
Dejando al orbe de su gloria lleno.

Los libres á millares
De todas partes concurriendo entonces
Al suelo tucumano, en sus altares
Juraron prontamente
Sostener á la patria independiente.

¡Salve, patria dichosa,
Que rescatada para siempre fuiste
Del extraño poder y suerte odiosa
Por el valor probado
De tantos héroes que en tu suelo has criado!

No más del torvo ceño
Te verás insultar de opresor fiero :
Ni tendrán tus riberas otro dueño
Que tus hijos queridos
Libres, iguales y á tu grito unidos.

Hoy miran tus pendones
Coronados de bélicos trofeos
Absortas y suspensas las naciones
De ver la bizarría
Con que ahuyentaste á tu opresor un día.

Del Plata en los cristales,
Que los libres del mundo concurriendo
Encuentran libres de tal nombres tales,
Viviendo independientes
Y sirviendo á la Patria reverentes.

Renaciendo la España
De la antigua opresión de sus tiranos
Se prepara á olvidar la cruda saña,
Que un tiempo alimentaba,
De volver otra vez á hacerte esclava.

Mas hoy recibe en tanto
De un hijo de tu suelo, Patria mía,
De entusiasmo y amor el dulce llanto
Con que humedezco el ara,
Que de Julio en honor mi mano alzara.

VISIÓN

La bóveda etérea se abrió de repente,
Y un genio circuído de luz esplendente
Bajó entre vapores de perla y zafir;
Y á un nuevo entusiasta doncel argentino
Presagios risueños de un fausto destino
Con estas palabras le plugo decir :

« De gloria inefable ceñistes el lauro,
Sagrado ministro del Dios de Epidauro,
Que sólo al talento las ciencias se dan;
Y ocultos secretos del mundo ignorados,
Su templo, sus aras y libros sagrados
Por siempre á tus ojos abiertos están.

« Un astro fulgente que nace en el cielo
Del alma y la vida rasgándote el velo
Te alumbra designios que nunca alumbró;
Y de artes y ciencias y de hondos misterios
Las présagas voces de genios aerios
Diránte secretos que nadie alcanzó.

« Al signo de tu hado se postra la suerte,
Tu genio comprende la vida y la muerte,
Tus pasos dirige la mano de Dios;
Y el llano y el monte y el Plata famoso
De templos y altares y nombre glorioso
Verás algún día cubrirse por vos. »

Le dijo : y el joven miró en el instante
Veladas sus sienes por nube flameante
De nitido nácar y hermoso oropel :
Su frente radiosa brilló como el día,
Y de altos designios de genio y poesía
Chispearon los ojos del brioso doncel.

SUEÑO

SONETO

Soñé que la fortuna en lo eminente
Del más brillante trono me ofrecía
El imperio del orbe, y que ceñía
De diadema inmortal mi augusta frente.

Soñé que desde oriente hasta occidente
Mi formidable nombre discurría,
Y que del setentrión al mediodía
Se adoraba mi voz humildemente.

De triunfantes despojos revestido
Soñé que de mi carro rubicundo
Tiraba César con Pompeyo uncido;
Despertóme el rüido furibundo,
Solté la risa y dije en mi sentido :
¡Así pasan las glorias de este mundo!!!

AL SEÑOR
DON BUENAVENTURA BOSCH

EN SU DÍA

Salve, salve, gran día : luce apenas
Con incierto fulgor, del claro oriente
Tras del puro, sutil, nítido velo,
El divino esplendor de tu alma frente,
Y ya ostentando su alborozo el cielo
Desvanece, disipa, rompe, aleja
Del opaco vapor la sombra vaga;
Y el resplandor apaga
De la fúlgida, inmensa muchedumbre
De los nocturnos astros esplendentes,
Por que más brille tu radiosa lumbre :
Y en la extensa región que el Éter llena
De su canto festivo el eco atruena,
Con dulce melodía,

Repitiendo continuo, salve, oh día
De inefable contento y bien supremo;
Y de uno al otro extremo
Del grandioso universo difundido,
Mil veces y otras mil el sacro acento,
Por el cóncavo excelso conmovido,
Va con lejano estruendo :
¡Salve, gran día, salve! repitiendo.

Sí, salve, salve : para siempre eterna
Del templo de Memoria
Será en las aras la sublime gloria
De la pura, feliz luz que adornara
De grana y oro fino
La cuna do el destino
Sus predilectos bienes prodigara :
Y en el futuro, interminable tiempo,
Al trono excelso del Olimpo alzarse
Los plácidos cantares
De gozo oirás, cuando á lucir tornares.

Luciste tú sobre el patricio suelo
Y el llanto y desventura y pena y duelo
Que en su anchurosa faz se entronizara,

En ese instante mismo,
Para nunca nacer, en el abismo
Huyendo tu esplendor se sepultaron :
Y entonces á porfía
La risa y el placer y la alegría
Sus alhagüeñas frentes elevaron.
Del manso, caro Plata
Por la dichosa margen, de sus hijos
Se oyó luego la voz festiva y grata
En tu honor este canto modulando,
Que gozosos irán de siglo en siglo
Sus postrimeros nietos heredando.

—

Oh luz que del humano
Brilláis para consuelo,
Del Dios de nuestro suelo
Preciosa emanación :
Acógenos de agrado,
Con muestras indulgentes,
Los salves reverentes
De nuestro puro amor.
Tú miras del destino

Nacer el hijo amado,
Que el cielo ha destinado
Del Plata para honor;
Al que benignos dieron
Los dioses inmortales
Las dotes celestiales
Del alma y corazón.
  Luciste, y despechado
Del mal el genio infando,
Su rabia sofocando
Del Plata se ausentó;
Y entonces la Nayade
Sacó del hondo seno
Su noble pecho lleno
De júbilo y dulzor.

—

Sí, don precioso del augusto cielo,
Título eterno de perpetuo orgullo
Para este suelo do rodó tu cuna,
Tierno Ventura :

Tú de los dioses del empíreo excelso,
No, no trajiste los celestes dones;
Sino que toda la deidad suprema
Nació contigo.

Piadoso afecto y compasión respira,
Virtud sublime y caridad tu pecho,
Que al triste llanto de infortunio mezcla
Pródigo el suyo.

Ávido vuelas del dolor al lecho,
Que el desamparo y la indigencia amargan
Donde perdida la esperanza yace
Mísero humano :

Dulce consuelo y protección le brindas,
Bálsamo aplicas de salud al labio,
Y de su cuello la segur apartas
Ya levantada.

Terribles quejas ni lamentos se oyen
De desventura en las humildes chozas,
Do en vano un tiempo la horfandad lanzaba
Lúgubres ayes.

Divino fuego por tus venas corre
De sus gemidos al primer acento,
Y hasta ampararla el corazón te oprime
Hórrida pena.

Fecundo el genio que te diera el cielo
De abstrusas ciencias transpasó los fines,
No por la gloria de renombre ilustre
Que otros anhelan,

Sino del triste que miró en la cuna
Terrible rayo amenazar su frente,
Por endulzar de su fatal destino
Las inclemencias.

Feliz quien puede como yo aplaudirse
Del noble orgullo de gozar tu afecto,
Por lazo estrecho de amistad unido
Sinceramente.

Quiera benigno conceder el cielo
Dulce sonrisa á los fervientes votos
Que tus virtudes á mi pecho inspiran,
Querido amigo.

Tu planta guiando
Por largos años,
Libre de daños,
Benigno Dios:
Plácida calma,
Bienes sin cuento
Goces contento
Con su favor.
Tu nombre escuche
Que le proclama
La Diosa Fama
Do alumbra el sol;
Y que el humano
Demanda al cielo
Que otro modelo
Le dé cual vos.
La más hermosa,
La más constante
Virgen amante
Cédate amor;
Y de sus labios
Que en cada beso
Veas el exceso
De su pasión.
Débate el mundo

Mayores bienes,
Que prendas tienes
Dignas de loor;
Y que gemidos
Lance al perderte
Mas que la muerte
Nunca arrancó.
Dale, dale, Ventura, al rudo canto
De mi lira, un momento
Solo de risa, y quedaré contento.

1837.

***

Creación inefable del sueño y la nada,
¿Quién eres?... delirio del alma exaltada,
Quimera, quimera que inventa el amor.
¡Oh Dios, y tan bella! ¿quién eres?... misterio,
La imagen hermosa de un ángel aerio
Que cruza, que cruza de mí en derredor.

EL AFRICANO

CANCIÓN

Aunque pobre y humilde he nacido
Del desierto africano en la arena,
No mi cuna infeliz me condena
Libertad y contento á perder.
Mas ¡ay triste! que en años tempranos
Cuanto quiero en el mundo he perdido,
Y en extraña región oprimido
Debo esclavo ¡ay de mí! padecer.

Yo vivía feliz al abrigo
De una pobre pajiza cabaña,
De ambición y pesares extraña,
De la paz y amistad el hogar;
Y ahora lejos del suelo querido
Do quedaron mis lares y amores,
Nadie escucha mi llanto y clamores,
Nadie quiere mi mal mitigar.

Cuando libre en el África un día
Fuí de madre y amante el consuelo,
Nada más esperaba del cielo
Que poder en su seno morir :
¡Y no más tiernamente oprimido
Me veré como un tiempo en sus brazos,
Ni apoyado en sus caros regazos
Con los suyos mis males gemir!

Yo que supe en las horas felices
De mi dulce pasada ventura
Ser amado y amar con ternura,
De mis años primeros gozar :
Hoy de noche en la plácida calma
Mil temores agitan mi pecho...
¡Ay de mí!... ¡si estará puro el lecho
Que me vió por amor suspirar!

Cuando más de la suerte halagado
Todo el bien de un mortal yo tenía,
De mi patria y amigos un día
Arrancado me vi con horror;
Y aunque triste escuché que sus labios
La piedad demandaban del cielo,
¡Ah! ¡no pude mezclarme en su duelo
Ni al dejarlos morir de dolor!

¡Sin amor, libertad ni esperanza,
Consumido de tedio profundo,
Que perder no me queda en el mundo
Más que amargo y penoso vivir!...
¡Adiós, patria! ¡adiós, dulce memoria
De mis años felices primeros!
¡Recibid mis adioses postreros,
Que no quiero ya más existir!

EN EL ÁLBUM

DE J. C. DE C.

—

Ruégote, mi buena amiga,
Que el arrojo no te asombre,
De haber puesto yo mi nombre
Vano, obscuro, y sin renombre,
De esos grandes á la par:
No lo borres, que de tu álbum
Él será la letra china,
Que ninguno la examina,
Ni la entiende, ni adivina,
Ni pretende descifrar.

No lo borres, porque al fin
¿Qué es un nombre sin sentido?
Sino un eco confundido
Entre el llanto y alarido
De una plebe en rebelión:
No lo borres que en seguida

De renglones tan amenos,
¿Que es un tizne más ó menos?
¿Un mal verso entre mil buenos?
Es en tu álbum un borrón.

Mas perdona si al mirarlo
Tu bella alma el tedio abruma,
Porque al fin no es más en suma,
Que la gota de una pluma
Que en tu obsequio se mojó:
Y parece maldición
Que en el libro más de gala
Cuando más se le acicala
Una gota se resbala
Como al tuyo sucedió.

De quien tiene, como vese
En tu libro, amiga mía,
Cuatro nombres (*) que á porfía
En las letras y poesía,
Más y más famosos son
¿Qué pensar? lo que yo pienso,

(*) Domínguez, Gutiérrez, Mármol, Echeverría.

Lo que creo y aseguro,
Y hasta casi me lo juro,
Que sabrás algún conjuro
Que seduce el corazón.

Si cual ellos, Justiniana,
Tus selectas prendas amo.
Y tu amigo pues me llamo,
Poner quiero yo en tu ramo,
Mi modesta flor también :
Aunque criada á la aventura,
Bajo algún tunal sombrío,
Castigada por el frío,
Y aun privada del rocío
Y el regado del Edén.

No la muestres, que es bravía,
Por los hielos agostada,
Y de puro avergonzada
Sobre el pístilo inclinada
Va á ofrecerte mi amistad :
Ya verásla complacida

Despedir fragante aroma,
Si tu mano al fin la toma,
Ó en tus labios ve que asoma
Una risa de bondad.

Julio de 1846.

LETRILLA

Cuanto ame tu pecho,
Ventura, poseas,
La más feliz seas
Que nunca existió.

De padres y amigos
Orgullo y consuelo,
Tesoro en que el Cielo
Sus dones reunió :
De vuestras virtudes
Un nombre sublime
Que siempre se estime
Será el galardón.

De cuantas hermosas
El Plata blasona
Y altivo pregona
Belleza y candor :

Más tierna, más noble,
Discreta, preciosa,
Más cara y virtuosa
No hay otra que vos

No sientan tus gracias
Del tiempo el quebranto,
Tus ojos el llanto,
Tu pecho el dolor :
Contentos, halagos,
Sonrisa y placeres
Do quiera que fueres
Se agolpen en pos.

¡Dignísimo esposo
Te brinde el destino,
Que fiel, dulce y fino
Se abrase en tu amor!
Tu tálamo sea
Mansión de delicias,
De mutuas caricias
Y eterna pasión.

Tu mérito el mundo
Conozca y publique,
Y á hacerte se aplique
Justicia y honor :
Y en tanto envidiada
Viviendo tu gloria
Que sea tu memoria
Del Plata blasón.

CANCIÓN

Sonreíd, aves y flores,
Nubes, astros, noche y día,
Sonreíd al alma mía
Que embriagada en gozo está:
Sonreíd porque ya luce
Del amor que hermoso adora
La inefable y feliz hora
Que á colmar su dicha va.

Adiós sueños esmaltados
De oro, nácar y oriflama,
Que surgís de entre la llama
En que ha tiempo ardiendo estoy;
Adiós ángel luminoso
Que al oído me suspiras,
Adiós sombras y mentiras,
Ayer falsas, reales hoy.

Abre, mente, tus espacios,
Corazón, amplía tu esfera,
Para, oh tiempo, tu carrera,
Vida y muerte, detened :
Y dejadme gota á gota,
Una á una y poco á poco
En el cáliz que ya toco
Apagar mi amante sed.

1849

EL SUSPIRO

CANCIÓN

Soplo vano que apaciguas
De los males la inclemencia,
Tan fugaz en tu existencia
Como inmenso en tu poder :
Dióte amor su dulce fuego,
La belleza su misterio,
Cuyo blando dulce imperio
Es tu afán engrandecer.

Tú descubres el afecto
Que el rubor no permitía,
Das al tímido osadía
Y eres nuncio del amor.
De dos almas entretienes
La simpática ternura,
Y proteges la hermosura
Contra el tedio y desamor.

Tú conviertes en sonrisa
Del amante los recelos
Y disipas de sus celos
El venemo matador.
Por ti nace la esperanza
Ya no más alimentada,
Y la llama sofocada
Recupera su fervor.

Nunca faltes á los labios
De la bella á quien adoro,
Cuando en blando ruego imploro
Un favor á su esquivez :
Ni le niegue una sonrisa
De mi pecho al ¡ ay ! ardiente,
Cuando acusa de inclemente
La crueldad de su altivez.

———

CORINA

Llegó, llegó, Corina,
Llegó el terrible instante
Que deben de tu amante
Los males terminar :
Pues bien, ó me destina
Tu labio á cruda muerte;
Ó bien mi triste suerte
Le hará feliz tornar.

Ya más, ya más no puedo
La llama destructora,
Corina, que devora
Mi pecho reprimir :
Porque ese torpe miedo,
Que me hizo haber callado
Me ha puesto en el estado
De hablar ó de morir.

Bastante mis miradas
De fuego y amor llenas
Te han dicho que las penas
Que sufro son por ti.
Mas fueron desechadas
Como es tu triste amante,
Pues ni un ligero instante
Te vi fijarte en mí.

Mil veces entreabriendo
Mi labio balbuciente,
La pena cruel que siente
Ya te iba á revelar :
Mas ¡ay! que luego viendo
Tu dulce gesto hermoso
Ponerse desdeñoso,
Me tuve que callar.

Mas hoy que ya no temo
Del Hado los rigores,
Que todos los rencores
Del cruel amor sufrí :
No quiero en tal extremo
Más horas ocultarte,
Que vivo para amarte :
¡Piedad, piedad de mí!

LAMENTO

Oh lúgubre acento
Del alma doliente,
Que acusas de ausente
Belleza, el rigor :
Callad que la ingrata
Festiva y risueña
Mi afecto desdeña,
Mi angustia y dolor.

Recuerdo inefable,
De plácidas horas,
Que mi ansia mejoras
Con falso dulzor :
¡Ah! no por la noche
Perturbes mi calma,
Mostrándole al alma
Distante su amor.

Imagen sublime
Del bien que suspiro,
Que hermosa do miro
Te encuentro en redor :
¡Ah! no me atormentes
Siguiendo mis pasos
Si no entre mis brazos
Te trae mi clamor.

Dejad, ayes míos,
La triste querella;
Que ignore mi bella
De ausencia el horror;
Que cesen por siempre
Mi llanto y mi tedio,
Que el dulce remedio
Pedirla es error.

Mas no, ven, imagen...
Recuerdos, cercadme,
Continuo pintadme
Su hechizo y pudor :
Volad, ayes míos,
Decid que la adoro,
Y humilde la imploro
Su gracia y favor.

DÍAS A...

Cuando eleves hoy la frente
Á mirar tu hermoso sol,
En el aura transparente
Veas un ángel bello y riento
Que desciende en su arrebol.

Y al cruzar su tardo vuelo
Por tu frente virginal,
Viendo en ti tan fiel modelo
De las vírgenes del Cielo,
Te dé un premio celestial.

Entre el gusto y la alegría,
Con que obsequia tu beldad
En las horas de este día
Nuestra tierna simpatía,
Te corone la amistad.

Y de tanto pecho amigo
Que hoy te cerca en derredor,
Simpatice aquél contigo
Que te brinde sin testigo
Los perfumes del amor.

Ocultas entre el cabello,
Que baja desde tu sien
Á formar el rizo bello
Que vuela sobre tu cuello,
Las mismas gracias estén.

Que mientras jugando siguen
De tus pasos al compás,
Con tus finas hebras liguen
De los muchos que te siguen
Al que á ti te guste más.

En redor de ti no se halle
Hoy cintura más sutil :
Y la voz de todos falle
Que es el tuyo el mejor talle,
El más noble y más gentil.

Pues aunque andes al desgaire
Vuela hermoso tu linó,
Que dejando va en el aire
Los perfumes y el donaire
Que de tu alma recibió.

Porque ves la luz dichosa
De las gratas horas de hoy
Cuando tantas dichas goza
Tu bella alma candorosa,
Mil parabienes te doy.

Y ojalá que en todas ellas
Muestre tu alma una virtud
Nueva y amable de aquéllas
Con que engalanan las bellas
Su hermosura y juventud.

DÍAS

HECHOS Á PETICIÓN DE C.

—

Bello, plácido y sereno,
Dulce amiga, sea tu día
Natalicio : en él te envía,
Con su amor, el alma mía
Salves mil : ¡ salud, salud !
De amistad el lazo antiguo
Con que fino amor nos liga,
Oh mi cara y tierna amiga,
Dios benigno le bendiga,
Cual bendice tu virtud.

Hoy tu día : él es : ya brilla...
Cual ninguno feliz helo ;
Sé dichosa en él, sí, sélo,
Y no tengas hoy al cielo

Un bien sólo que pedir :
Las festivas gracias mires
Que triscando bulliciosas
De ti en torno, las donosas
Suaves risas amorosas
Vienen faustas á esparcir.

Al mirar la luz tus ojos,
Las deidades inmortales
En ti unieron liberales
Á los dotes corporales
Los del alma y corazón :
Y la Diosa virtud misma,
Con ternura reverente,
Imprimióte un beso ardiente
Que dejó sobre tu frente
De sus labios la impresión.

En tu puro hermoso seno,
Depositen los amores
De las más preciosas flores
El espíritu y colores,
La terneza y el frescor :
Y la rara amable gracia,

Que te dió naturaleza,
Que conserven siempre ilesa,
Protegiendo tu belleza
Contra el tiempo y el dolor.

En tu fino amor ardiendo
Tu querido, tierno esposo,
Á quien haces venturoso,
Blando, afable y amoroso
No te deje de adorar :
Y ese que hoy en tu regazo
Blandamente está adormido,
Tu inocente hijo querido,
Veas del Cielo protegido
Mil honores alcanzar.

Hasta donde ser dichosa
Puede serse, que lo seas;
Todo cuanto bien deseas,
Quiera el Cielo que poseas,
Y aun mayor felicidad :
Que entre tanto más ventura
Para mí no la hay; ni quiero
Más que un don, pero el primero

Que de ti alcanzar espero,
Y es, Petrona, tu amistad.

Se feliz : feliz por siempre;
Que contento estoy si miro
Que á tu fino pecho inspiro
Con mi pluma algún suspiro
De ternura abrasador;
Sé feliz : y tu destino
Mientras plácido se muestra,
Recibe esta débil muestra
De la antigua amistad nuestra,
Que es, Petrona, ¡amor, amor!

LA MARIPOSA

VERSOS PUESTOS ET EL ÁLBUM DE M. M. EN 1849.

Inquieta, frívola y leve
Como el soplo de la brisa
En que sin cesar se mueve,
La juventud simboliza,
Festiva, liviana y breve.

Ligera como el perfume
Del aire que agita su ala,
Al nacer un sol asume
Toda su espléndida gala
Que el siguiente sol consume.

Juega, trisca, vuela ufana,
Bebe el néctar que contiene
Y para ella la flor mana,
Ríe, ama, goza y tiene
Lindo el hoy... ¿pero el mañana?

Amor, vida y lozanía,
Hermosura exagerada,
Flores, néctar y ambrosía,
¿Qué son en resumen? nada.
Ventura de sólo un día.

Y ventura peligrosa
Que á cada hora, á cada instante,
Por lo mismo que es hermosa,
La asechanza vigilante
Persigue, cerca y acosa.

Como cerca, acosa y sigue,
Hora á hora á la hermosura
Que busca inquieta y persigue,
Estrecha, apremia y apura
Sin que nada la fatigue.

¿Y qué de común y aciago
Con el de una mariposa,
Tiene el atractivo mago
De los quince de una hermosa?
Brevedad, peligro, halago.

Pues bella y fascinadora
Su juventud hechicera
Es una esplendente aurora
Pero tan rauda y ligera
Como del placer la hora.

Y es de néctar una gota
Perfumada y cristalina
Que de flor que entreabre, brota,
Y que cuanto la avecina
Estremece, amaga, azota.

Y su gala y su atavío,
Como el perfume y la gala
De la rosa del estío,
Que se evapora y exhala
Como de Enero el rocío.

Porque, ustedes, amiguita,
Mientras jóvenes y hermosas
Son una flor muy bonita,
Pero de hojas tan mimosas
Que el soplo menor marchita.

Y sin cábalas ni amaños,
Y bellas y candorosas,
Sin mundo ni desengaños,
Son como una mariposa
Las muchachas de quince años.

Que no advierten que escondido
Va entre las flores el brazo
Del mundo astuto y medido,
Acechando paso á paso
Su primer pueril descuido.

Y así es, amiguita mía,
Que su tímida cautela,
Aplaudo más cada día,
Pues tiene alas, y no vuela,
Poder, y no desafía.

Y perfume que no ofrece,
Y venablos que no lanza,
Y valer que no aparece,
Y conquista que no alcanza,
De lo cual nunca le pese.

Y es que del tiempo en la hondura
Miran sus ojos de lince
Venir allá otra hermosura
Mejor que esa de sus quince,
De la que usted poco cura.

Y es la gloria y el orgullo
De tener sin mancha un nombre
Como tendrá usted el suyo,
Que sea ante Dios y el hombre
Tan puro como un capullo.

Que es lo mismo que yo hiciera
Si fuera también muchacha
Y lo que ahora sé, supiera :
Temerle tanto á una tacha
Como al fuego de una hoguera.

EN EL MISMO ÁLBUM

Como del cuerpo entre todos
Los hechizos sobresale,
Y hasta una hermosura vale,
De los ojos la beldad :
Así entre las bellas dotes
Del corazón y del alma,
Como en la selva la palma,
Descuella la caridad.

EL LUNAR

Lunar bello que derramas
Tantas gracias celestiales
En los labios virginales
Del objeto de mi amor :
No te ocultes tras la risa
De esa boca seductora,
Que tu vista me enamora
Y es por verte mi clamor.

Tú das vida á los encantos
De la bella á quien adoro,
Y es por ti que yo no ignoro
Qué es amar y padecer;
Y animando la sonrisa
Que acompaña mi ventura,
Yo contemplo con ternura
Cuan inmenso es tu poder.

Tú naciste de una risa,
Fué tu origen misterioso,
Tierno el seno delicioso
De las gracias te obsequió;
Y á tu encanto concurriendo,
De su espíritu divino
Sutil rayo peregrino
Dios amor te concedió.

Por ti vi desvanecerse
Mi tranquila dulce calma,
Y en inquieto afán el alma
Triste objeto del pesar.
Por ti fué el primer suspiro
Que lanzó mi pecho amante,
Y hasta mi postrer instante
Por ti sólo quiero amar.

***

Grandioso ser sin norma, de genio y luz fecundo,
Estrella desprendida del pedestal de Dios :
Rebosa ya tu gloria la inmensidad de un mundo
Teniendo la certeza de rebosar los dos.
Renombre, fama, lauros, coronas, cuanto da
El universo en premio del gran saber al hombre,
Debido al tuyo inmenso lo conseguiste ya ;
Y en tanto que á los siglos trasmite tu alto nombre,
Suspenso de tus cantos el universo está.

Á CÓRDOBA

Vagando en la selva y el prado y el río
El hombre bravío
Sin luces ni leyes, apenas hombre es;
Y apenas imagen grosera del ente
Que abarca en su mente
Los mundos que ruedan de Dios á los pies.

Fluctuando al capricho de cruda inclemencia
Su triste existencia
Es flor sin perfume, simiente y color :
Estéril destello de luz que pudiera
Brillar en la esfera
Si hubiese encontrado destino mejor.

Sin luces su mente se agosta y marchita,
Su vida se agita
De torpes pasiones y vicios en pos,

Su espíritu tosco no se alza ni crea
Ni alcanza su idea
La excelsa grandeza de un único Dios.

Si no es que la ciencia que al hombre sublima,
Le encumbra á la cima
De bien consumada civil perfección;
Si no es que su genio se expande y avanza,
Si no es que se lanza
Y abarca en su vuelo la entera creación.

El hombre á las luces les debe el imperio
Terrestre y aerio
Que le hace en la tierra la imagen de Dios;
Les debe el dominio de tierras y mares,
Les debe sus lares,
Les debe sus horas de dicha precoz.

Les debe la alianza sincera de hermanos
Que enlaza las manos
De pueblos que alejan las olas del mar;
Les debe la industria, comercio, riqueza,
Progreso y grandeza
Que en vano sin ellas quisiera alcanzar.

Les debe la gloria por Dios prometida
Después de esta vida,
Les debe la muerte cristiana de paz;
Les debe... mas todo cuanto hay se lo debe
De grave, de leve,
De bueno, de santo, de gusto y solaz,

Así es que los pueblos donde ellas prosperan
Prodigios operan
Y alcanzan destinos grandiosos á fe;
Y alcanzan renombre, poder y ventura,
Que niega natura
Al pueblo que culto como ellos no fué.

¡Bendita la tierra, de Dios y del hombre,
Que puede su nombre
De cultas naciones poner á la par!
¡Bendita por eso la tierra argentina,
Riquísima mina
De espíritu y genio que se ha de explotar!

¡Bendito el destino que unió la fortuna
Del pueblo en la cuna
Que desde los Andes ve el Plata á sus pies!

¡Benditos vosotros los hijos mimados
Del cielo y los hados
Que habemos delante viniendo después!

Merced á la gracia del cielo, germina
En lumbre divina
La mente creadora del ópimo Sud;
Y el genio que en ella rebosa y chispea
Las horas campea
Del tiempo, en demanda de gloria y virtud.

Dichosa por tanto: tú, Córdoba, fuiste
Que al Plata le diste
Las togas patricias primeras que vió;
Y él hoy con orgullo contempla en su historia
La aureola de gloria
Que en ciencias y en artes tu genio alcanzó.

Cual premio á tus luces, oh Córdoba, dado,
Te fué deparado
Dignísimo, sabio, piadoso pastor,
Que diese á tu mente por orden del cielo
El giro y el vuelo
Que le hacen y te hacen justicia y honor.

. . . .

. . . .

AL COLEGIO DE HUÉRFANAS

DE

CÓRDOBA

Suspended, madres, el llanto
Por el hijo desvalido
En hora infausta nacido
Para llorar y sufrir :
Porque esta mansión piadosa
Le da madre, albergue y cuna,
Al nacido sin fortuna
Sin nombre ni porvenir.

No desvele vuestras noches
Su imagen pálida y mustia
Ni no os apene la angustia
De no verlo junto á vos :
Porque Córdoba, su madre,
« Ven á mis brazos, le dijo,
» Que yo te adopto por hijo
» En esta mansión de Dios. »

Llueva la gracia del cielo
Sobre tu techumbre pía,
Mansión de filantropía,
De amor y de caridad ;
Y vele un ángel custodio
Sobre el umbral de tus puertas
Para el infortunio abiertas,
La viudez y la horfandad.

No falte aquel beso ardiente
En que el alma se derrama,
Para el huérfano que llama
La madre que allí no ve ;
Ni una mano cariñosa
Que le arrulle en su regazo,
Ni de otra madre el abrazo
Que vela por él de pie.

Respete el tiempo inclemente
Tu techumbre hospitalaria :
Ni hayas menester plegaria
Para demandar el pan ;
Ni truene sobre tus muros
La tremenda ira celeste,
Ni la guerra ni la peste
Te causen cuidoso afán.

Abunden en tu recinto
La salud y la alegría;
La humanidad te sonría,
Te aliente tu fundador;
Y deban á tus escuelas
El tálamo y los altares,
Corazones y ejemplares
Que te den gloria y honor.

Aquí en tu tranquilo seno
Lejos del vaivén mundano
Está el corazón humano
En perdurable quietud:
Aquí el vicio no combate
El candor de la inocencia;
Aquí es bella la existencia
Y heredada la virtud.

Aquí manan de los labios
Palabras de fe y consuelo;
Aquí beatifica el cielo
La mente y el corazón;
Aquí se eleva al Eterno
La súplica reverente
Que demanda diariamente
Para el pecador, perdón.

Aquí encuentra la miseria
Entrañable simpatía,
Mansedumbre la osadía,
Y la irreligión piedad;
Aquí adornan y ennoblecen
Á los tiernos corazones
Las virtudes y los dones
Que aprecia la humanidad.

Aquí el alma se engrandece
Con la luz de tu doctrina,
Aquí á su fin se encamina
La misión de la mujer;
Aquí se domeña y vence
Nuestra nativa flaqueza;
Aquí asume su grandeza
La esencia de nuestro ser.

Aquí la huérfana pura
Como gota de rocío,
Viste el galán atavío
Que la educación le da,
Y descuella por las dotes
De su corazón y su alma
Como en la selva la palma
Cuando más frondosa está.

¡ Bendición á San Alberto,
Que del crimen al abrigo,
De las hijas del mendigo
Puso aquí la imprevisión;
Bendición por el ardiente
Vivo celo sobrehumano
Con que abrió su misma mano
Esta santa institución!

¡ Bendición por los errores,
Por las lágrimas y afrentas
Infalibles y cruentas
Que con este asilo ahorró:
Bendición por tantas almas
Para el hombre y Dios nacidas
Que sin él fueran perdidas,
Y que el santo á Dios volvió!

Bendición sobre vosotras
Interesantes criaturas
Inmaculadas y puras
Como el cristal y la luz;
Á quienes la excelsa mano
Del ser soberano ampara
Cuando hincadas ante el ara
Pedís, de la Santa Cruz,

Humildad para el soberbio,
Para el pecador, virtud,
Para el enfermo, salud,
Dolor, para el criminal;
Y gracias y bendiciones
Para el grande y para el chico,
Para el pobre y para el rico,
Para todos por igual.

Y pedís paz y ventura
Para el argentino suelo,
Esperanza, fe, consuelo,
Desarrollo y perfección;
Y para sus luces, brillo,
Para sus armas, victoria,
Para sus empresas, gloria,
Para sus hijos, UNIÓN.

Y triunfo espléndido y justo
Para todo el que combata
Desde los Andes al Plata,
Desde el Plata al mar del Sud:
Por la ley, la independencia,
La libertad y el renombre,
Que son del pueblo y del hombre
La ambición y la salud.

Conceda benigno el cielo
Por merced á la eficacia
De vuestros ruegos, su gracia
Para esta heroica nación :
Y de amor y de respeto
Perpetua y digna corona,
Para la noble matrona
Que protege esta función.

Y horas íntimas y llenas
De ventura y alborozo,
Para el hijo y el esposo
Á que honráis, señora, vos ;
Y con quienes partís, tierna,
La delicia de este día,
Digno, sí, doña María,
De que lo bendiga Dios.

1849.

EL PAMPERO

De las brisas y vapores
De aquel solitaric suelo,
Tan inmenso como el cielo,
Que allá entredivisa el hielo
De los Andes relumbrar;
Y de los hálitos vagos
De los espíritus magos,
Que en sus llanuras sin lagos
Deben sin rumbo vagar;

Y de la bruma y del aire,
La sequedad y el rocío,
De la templanza y del frío,
El misterio y el vacío
De la llanura del Sud:

Naces, Pampero, cual nace
Todo aquello que Dios hace,
Cuando á los designios place
De su eterna rectitud.

Y como hijo de la Pampa
Que ocupa medio hemisferio,
Y extiende hasta allá su imperio
Donde ciñe el cielo aerio
De los Andes la alba sien;
Eres como ella un coloso,
Inmensurable, asombroso,
Genio inculto y misterioso,
Nacido en silvestre edén.

Cada grano del desierto
Te da un soplo de existencia:
Cada planta en florescencia
Te da un átomo de esencia.
Cada brisa una impulsión;
Cada palmo de verdura
Un soplido de frescura;
Cada arroyo de agua pura
Una grata emanación,

Cada páramo un ambiente,
Cada florcilla un olor,
Cada atmósfera un primor,
Cada ave un trino de amor,
Cada clima una virtud;
Y cual lluvia de consuelo,
Regalada por el cielo,
Tú derramas en tu vuelo
La existencia y la salud.

Desde aquel llano sin fondo,
Mar sin término ni puerto,
Florido y verde desierto
Donde sólo hay descubierto
Cielo, tierra, espacio y luz;
Misterioso caos y abismo,
Tan sólo igual á sí mismo,
Que aun alzar del cristianismo
No ha visto la Santa Cruz:

Levantas tu vuelo mago
Por el éter transparente,
Y con tu ala omnipotente
Cubres medio continente
Desde los Andes al mar;

Y del mar hasta el espacio
De orifiama y de topacio,
Donde ostenta su palacio
El perpetuo luminar.

Y de la Pampa y del cielo
Por donde á la vez caminas,
Los mil perfumes hacinas
Que para el solaz destinas
De tu querida ciudad;
Y en su fresca cabellera
Viértesle la copa entera
Que llenó de media esfera
La fragante inmensidad.

Lluvia de gracia y ventura
Con que fecunda la mano
De Dios á ese inmenso llano
Donde aun de pie cristiano
No se ha impreso la señal:
Y que por ti recogida
Es á su labio ofrecida
Como un néctar que da vida
Á su pecho virginal.

Tú eres un genio amoroso
Para la dueña del Plata,
Con cuya presencia grata
Su existencia se dilata,
Se expande su corazón :
Tú das á sus fuerzas brío,
Frescura á su ardiente estío,
Bonanza á su inquieto río,
Y á su genio inspiración.

Tú derramas en sus venas
Vida, salud, alegría;
Tu haces festivo su día,
Risueña su noche umbría,
Su existencia de envidiar :
Tú la besas en la frente,
Y se agitan de repente
Las creaciones de su mente
Como las olas de un mar.

Tú fecundas su vigilia,
Tú le inspiras grato sueño,
Tú conviertes en risueño
El acaso esquivo ceño
Que disfraza su beldad :

Das facundia á sus letrados,
Clemencia á sus magistrados,
Valentía á sus soldados,
Y á su industria actividad.

Empavonas sus jardines,
Aromatizas sus flores,
Desvaneces sus rencores,
Multiplicas sus amores,
Le inspiras hilaridad :
Y de su asta en la cimera
Haces flamear la bandera
Que al par que en el Plata impera
Custodia su libertad.

Bajo tu místico influjo
Se volcaniza y se inspira
De sus poetas la lira
Que en blandos versos delira
Con su bello porvenir ;
Y de sus pintores mana
Bajo la brocha liviana
Del albayalde y la grana
Creación que no ha de morir.

Cuando reinas, en el aire
Hay algo que el alma halaga :
Una cosa etérea y vaga
Que regocija y embriaga
Cuanto tocas al pasar ;
Y es, Pampero, de tu esencia
La vivificante influencia
Que derrama la existencia
Desde los Andes al mar.

Marzo de 1851.

Nota. — Según el apreciable joven don Juan Gil, estas estrofas de *El Pampero* no forman más que la primera parte de la composición que había concebido su autor ; y nótase al leerlas, en efecto, que no está completamente desarrollado en ellas el pensamiento sintético de dicha composicion.

(NOTA DE LA 1a. EDICIÓN.)

FRAGMENTOS

I

— ¡Repítelo, hermosa!... mil veces tu labio
Repítame tierno que olvida el agravio
Que te hice al dejarte, creyéndote infiel;
Mil veces y miles de veces oirlo
Deseo; no ceses, ¡ah! no, de decirlo
Que nunca tus ojos lloraron por *él*...
¡Que á mí solo me amas!
— ¡Y tú me abandonas!
— Mas tú generosa mi engaño perdonas
Y vuelves á hacerme como antes feliz.
¿No es cierto?
—¿Lo dudas?... ¿No estás ya seguro?
¡Por ti mi existencia y honor aventuro,
Y dudas que te amo!
— ¡Tú me amas, Beatriz!...
Es cierto, tú me amas... y en Burgos estamos...
¡Oh dicha inefable! ¡tú me amas¡... Huyamos
Á donde tus crueles tiranos no estén;

Á donde no alcance su pérfida saña...
Dejemos... ¿qué importa?... la mísera España
Que inundan las huestes del rey Alboacén.
En Francia, en Italia, doquiera hallaremos
La paz y ventura que aquí no podemos
Sin negras zozobras y alarmas gozar.
¡Oh! sígueme, vamos doquiera que sea,
Al campo, á los montes, doquiera te vea
Del odio á cubierto del vil Almabar;
Doquiera no turben tu plácido sueño
Los ojos sangrientos del bárbaro dueño
Que al pie de las aras tu amor recibió.
— ¡Ah, no! que al jurarle mi fe, el crucifijo
De lo alto de su árbol mis votos maldijo...
Ni valen los votos que el miedo arrancó.
¡Ah! ¡nunca!... su esposa no soy... lo abomino,
Aunque haya querido mi negro destino
Que amándote, Alvaro, me diese al cruël.
Yo rompo, aunque flaca mujer, ese nudo
Violento que el miedo forjar sólo pudo
Y hacer que tu esposa se uniese con *él*.
— ¡Oh dicha! ¿qué escucho?... mi esposa te llamas...
¡Mi esposa!... ¿qué esperas? ¡Oh bella, tú me amas,
Me nombras tu esposo, y estamos aquí!...
¡Ah! ven á librarte del bárbaro yugo

Que á nuestro tirano ponerte le plugo...
Sí, ¡sígueme, hermosa!... ¿Por qué tiemblas, di?
¿Te pesa, por vida, venir á ser libre?
¿Aguardas que el rayo de muerte nos vibre
Si viene y nos halla reunidos los dos?...
Huyamos de Burgos... ¿qué más te detiene?
— En este momento salir no conviene...
¡Salvaos, don Alvaro!
— ¡Salvarme sin vos!
¡Salvarme, y dejaros do está mi enemigo!...
¡Y tú me lo pides!... ¡Ó salvas conmigo,
¡Ó muero á tu lado!... ¿Dejaros?... ¡jamás!
¿Y entonces, señora, con qué pensamiento
Venir me habéis hecho?
— No es este el momento...
Con poco que esperes contento estarás.
¿No ves que las guardias vigilan alerta
Con lanza y rodela guardando la puerta?
¿No ves cual relumbran los petos allí?
¡Ah, no! ¿cómo piensas cegarles los ojos,
Ni menos los férreos enormes cerrojos
Mover en silencio?... ¡te ruego por mí,
Te ruego que partas!
— ¿Partir?
— Por ahora...

Después...
— ¡Será tarde!... Seguidme, señora,
Que el vino ha enervado su arrojo brutal.
Venid, que ninguno será tan osado
Que exponga á mi acero su pecho menguado,
Ni esclavo que quiera por su amo morir.
La turba que sufre tiránico yugo
Y entrega su cuello cobarde al verdugo,
No temas que intente tu fuga impedir.
¡Á estúpida plebe que deja sus manos
Ligar por infames sangrientos tiranos
El cielo por pena nególe el valor!...
¡Venid que para ellos yo basto y aun sobro :
Por vos batallando más ánimo cobro,
Y arrojo á mi brazo le infunde el amor!
¡Venid!
— Don Alvaro, gran riesgo corremos :
Saliendo á estas horas los dos moriremos.
— ¡Morir por salvaros es muerte feliz!
¡Dichoso si muero por vos!
— Don Alvaro,
Pensad que si os pierdo quedé sin amparo.
— ¡Ah, no!
— Pues entonces...
— Ya parto, ¡Beatriz!

¿Mandáis que me vaya, que vuelva, que espere?
No habrá, no, imposible que yo no supere :
Hablad, y sumiso veréis que estoy ya.
Mandad.
— Esperemos que el sueño y el vino
Cerrando sus ojos nos abra el camino
Que lleno de guardias y criados está.
Venid á las doce : la puerta excusada
Que cae á esa calle tendré preparada
Y en ella esperando yo misma estaré.
Tomad... y no faltes.
— ¡Faltar!
— Á las doce.
— Mas antes, señora, dejadme que goce
Del bien inefable perdido que hallé.
Dejad que se extasien mirándoos mis ojos,
Y os pida mil veces postrado de hinojos
Por tantos agravios que os hice, ¡perdón!
— Sí, todo lo olvido, si no es que pudiera
Venir algún criado que incauto te viera...
Te mando que al punto me dejes, Gastón.
— ¡Que os deje tan pronto!
— Lo mando y lo quiero.
— ¡Adiós! pues lo ordenas, hermosa, me voy.
Mas, ¡ay! que entre tanto, si el Conde te obliga...

— Ningún juramento, ninguno, me liga
Con él; por tu esposa me tengo desde hoy.
— Prométeme entonces rehusar sus halagos
En mientras que aquestos instantes aciagos
Que faltan estamos ausentes los dos.
— ¡Ah! sí, te prometo!
— Pues bien, á las doce.
— Y ve que te pierdes si alguien te conoce.
— ¡Ah! no, no lo temas.
— No faltes.
— ¡Adiós!

. . . .
. . . .

II

— ¿La Condesa, señor?
— Sí, ¡la Condesa!
Esa infame mujer á quien elevo
Desde la nada de su humilde cuna
Hasta la altura de mi rango excelso;
Esa infame mujer que ayer formaba
Parte del bajo embrutecido pueblo,
Sin voluntad ni voz, esclavo humilde
Que está al capricho de mi ley sujeto,
Y hoy es, como yo soy, grande de España,
Condesa de Almabar, con quien mis fueros,
Títulos y poder, hogar y estirpe,
Grandeza y nombre de ínclitos abuelos
Comparto, y todo de deshonra llena,
De oprobio todo y criminal desprecio.
Mi esposa apenas, y en su propia alcoba.
Ya escucha halagos de un amante...
— ¡Cielos!
— ¡Oscuro, bajo, sin hogar ni nombre,
Por quien se abrasa en un impuro fuego!
— ¡Execrable tración!
— ¡Que al cielo juro

Vengar hoy mismo como yo me vengo!
¡Si don Alfonso undécimo de España
Fuera, y no Alvaro, el seductor... protesto
Que al mismo don Alfonso le partiera
Como á un villano al corazón perverso,
Aunque después en el cadalso infame
Un vil sayón me dividiese el cuello,
Ó aunque muriera allí, ó aunque matarle,
Vengarme y perecer fuese un momento!
¡Sangre y delitos mis ultrajes piden,
Sangre y delitos haya!... ¡Juro al cielo
Que en sangre suya extinguiré esta noche
La infanda tea que incendió himeneo!...
¡Yo sin vengarme, yo!... ¡Yo despreciado!...
¡Y los que me hacen el baldón viviendo
Me desprecian, y viven!... ¡Ah! ¡me ultrajan,
Y aun no ha partido mi puñal su pecho!
¡Y aun no he saciado mi furor, y aun viven,
Y me están agraviando, y aun no puedo
Saborear la venganza!... ¡Sí, con sangre!...
¡Su sangre ha de correr!... Cada momento
Que de verterla tardo, es un suplicio
Que sufre mi venganza... ¡Sangre quiero,
Y sangre he de beber en esta noche!...
¡En esta misma noche, sin remedio,

Se decide mi suerte : en ella triunfo
Colmando mi ambición, ó en ella muero!
— ¡Infames son y de la muerte dignos
Los que ese agravio á tu grandeza han hecho;
Infames son, y como infames mueran!
¡No haya piedad ni compasión para ellos!
Mas tú, señor, tan poderoso y grande,
Tú, todo un conde, ¿empañarás tu acero,
Cuando el verdugo y el inmundo tajo
Pueden perderlos y vengarte á un tiempo?
Tú, tan dichoso, tan feliz...
— ¡Imbécil!
¡Yo feliz!... ¡Maldición! ¿Podrás tú serlo,
Cómplice vil de mis delitos todos?...
Mira mi frente... ¿ves?... ¿no ves el sello
De mi eterno infortunio?... ¡Ésta es la imagen
De la dicha que gozo!... ¡Ni ya puedo
Ser dichoso jamás, ni hay en el mundo
Ventura para mí!... ¡Remordimientos,
Suplicios infernales, odio y rabia,
Mi negro corazón están royendo!...
¡Felicidad, felicidad!... ¿En dónde
Esa quimera está que no la encuentro?
¿Por qué no existe para mí?... decidme
Donde está, si lo sabes. Entre el regio

Séquito y fausto de la corte, en vano
La perseguí tenaz; en el silencio
De mi callado hogar, entre les bosques
Y en todas portes la he buscado : al cielo,
Á los hombres, al mundo, al Dios que impera
En toda la creación, al mismo infierno
La demandé furioso : ¡y cielos y hombres
Y Dios y todo enmudeció á mi ruego!
En mi horrible delirio quise entonces
Hasta encontrarla en el delito horrendo,
¡Y partí un corazón, y dos!... ¡y sólo
Desolación y sangre encontré en ellos!...
¡Ya no hay remedio, no, ya estoy perdido
Y todo me es igual!... ¡Sí, nada tengo
Que esperar ni temer, ya no me importa
La maldición del mundo; al universo,
Al suplicio eternal del hondo abismo
Ni al mismo cielo ni al infierno temo!
¡Yo no soy hombre, no!... ¡yo soy un monstruo,
Una furia infernal que me alimento
Con lágrimas y sangre!... ¡La venganza,
La ambición del poder es cuanto anhelo
Saciar en este mundo; y si es preciso
Cometer mil delitos, yo el primero
Por elevarme, yo seré el que parta

Del que se oponga á mi ambición el pecho!
— ¡Qué frenesí, señor, calmaos!
— ¡Calmarme!...
Bien se conoce que en tu pecho yerto
No reina la ambición, que no ha sentido
Su invencible poder... ¿Calmarme? ¡necio!
No sabes, no, lo que es: — es una furia
Que roe el corazón, es un tormento
Insufrible y atroz que nunca cesa,
Un suplicio, un demonio; es el averno
Encerrado en un pecho... ¿lo comprendes?...
Ésta la ambición es. ¿Te espantas?... ¿Puedo,
Como lo puedes tú que no ambicionas,
Enfrenar mi pasión?... ¡Ah, no!... El deseo
De elevarme y mandar he de saciarlo
Aunque crímenes cueste, si este el medio
Es de elevarme yo; víctimas ansio
Y delitos horribles apetezco...
¡Hoy morirán los dos!
— ¿Los dos?
— ¡Y todos
Los que se opongan morirán con ellos!
Ve de callar y obedecer; conmigo
Has de triunfar ó perecer. ¡Silencio,
Que te lo mando yo!... Toma ese manto,

Este puñal; y vamos, vamos presto
Antes que llegue aquí... Ya me conoces :
El oro ó el puñal será tu premio.

. . . .
. . . .

MIS QUEJAS

Dorila, ¡quién pensara
Que de un momento en otro
Perdiera para siempre
Mi bien, mi amor, mi todo,
Cambiando mis placeres
En largo y triste lloro!

¡Mas ay! tú lo quisiste
Y aquel tu labio hermoso,
Que fué toda mi dicha,
Con crudo, fiero encono
Hundióme ¡cruel recuerdo!
En largo y triste lloro.

De aquel momento infausto
Do parte mi trastorno
La sola triste imagen

Ocúpame, sin otro
Alivio que mis quejas
Y largo y triste lloro.

Testigos son del llanto
De mis marchitos ojos
El bosque, las praderas,
Del aura el dulce soplo
Que escucha de continuo
Mi largo y triste lloro.

El genio de la selva
Do triste me acomodo
Repite de mis ayes
El eco quejumbroso,
Llorando á la par mía
Con largo y triste lloro.

La tórtola que canta
Con funerales tonos
La muerte inesperada
De su querido esposo,
Suspende su querella
Por oír mi triste lloro.

Si tomo la zampoña
Y alguna endecha entono,
Los ecos repitiendo
Contemplo con asombro
Que están mis largas penas,
Que están mi triste lloro.

Absortos los zagales
De ver que me abandono
Dejando á mi ganado
Pacer el campo de otro,
Me riñen, y respondo
Con largo y triste lloro.

Alguna vez suspenso
Me voy sin saber como
Al campo do juntamos
Violetas en Otoño,
Y al verlas se renueva
Mi largo y triste lloro.

Recuerdo que un domingo
Tejí tu pelo blondo
Con rosas y jazmines :

Mas de este simple adorno
La siempre fiel memoria
Fomenta el triste lloro.

Aplaca pues, Dorila,
Tu fiero, duro encono,
Partiendo bondadosa
De amor el dulce gozo,
Y en risa convirtiendo
Mi largo y tristo lloro.

LA PÉRDIDA

¡Adiós, adiós placeres,
Adiós grato contento!
Llegó ya el cruel momento
De muerte para mí:
Corina de Citeres
Al templo va marchando,
Y á un otro el labio blando
Va á dar el dulce sí.

Violó la fe que un día
Risueña me juraba;
Pero ¡ay! que me engañaba
Con bárbara crueldad;
Y el pecho que vivía
No más que en su amor ciego
Rindióle desde luego
Su amor y su amistad.

Aquellos tiernos lazos
Que unieron nuestros pechos
¡Ay triste! ya deshechos
Contemplo á mi pesar;
Huyó de entre mis brazos
La ingrata, y el risueño
Placer de ser su dueño
No debo ya esperar.

Ciñó su blanca mano
La frente de azucenas
De aquel que entre mil penas
Me deja sin su amor;
Y á mi que miré ufano
Su labio abrir hermoso
Llamándome su esposo,
Me arroja en el dolor.

Ya pisa los umbrales
Del templo la inconstante
Que dentro de un instante
Será de mí rival :
Y ya las virginales
Mejillas se apresura
Cubrir con la blancura
Del velo conyugal.

Del ara augusta veo
La mirra en parda nube
Que al cielo tarda sube
Y aplaca la deidad :
Y en tanto que Himeneo
La brinda con la tea,
Corina se recrea
De su infidelidad.

Ya hicieron los esposos
El voto reverente
De amarse eternamente
Y el cielo le aceptó;
Y en tanto que gozosos
Saludan con cantares
De amor, sus dulces lares,
¡Cuan triste quedo yo!

Adiós, adiós Corina,
Recibe este postrero
Adiós del que sincero
Por siempre te querrá :
Pues mientras me fulmina
Desdenes tu crudeza,
Mi pecho con fiereza
Más tierno te amará.

MI SOLEDAD

¡Qué días, ay triste!
Corina, he pasado
Después del cuitado
Momento infeliz,
Que fué el postrimero
Que pude risueño
Llamarte mi dueño,
Mirarte y reír.

De entonces, ¡cuán dura,
Corina, es mi suerte
Viviendo sin verte
Distante de ti!
Las horas tardías
Que marchan apenas
Alargan mis penas
Y llanto sin fin.

De aquel dulce tiempo
De gusto y de gloria
La sola memoria
Me queda ¡ay de mí!
Pero ¡ah! ¡si pudiera
Borrarla del pecho
Del hado á despecho
Que me hace gemir!

Tu imagen querida
Mis pasos persigue,
Dorila, y me sigue
Con aire gentil :
Y torna graciosa
Volando en el aire
Con risa y donaire,
Se burla de mí.

Entonces la llama
De amor que alimento,
Con crudo tormento
Retorno á sentir;
Y el alma delira
Con tanta ventura
Y el cálice apura
De mi frenesí.

¡Ah! dias aquellos
Que junto á tu lado,
Contento y amado
Pasé tan feliz!...
¡Cuán rápidos fueron
Sus dulces contentos;
Pues luego en tormentos
Cambiarse los vi!...

Empero si acaso
Tu pecho se obstina
Queriendo, Corina,
Que viva infeliz :
Serélo hasta tanto
Que el Cielo irritado,
De mí ya apiadado
Me mande morir.

LA DESPEDIDA

Ya riendo en el Oriente
La aurora sonrosada
De estrellas coronada
Comienza á relucir;
Y en tanto que su frente
Los cielos ilumina,
Me voy : adiós, Corina,
Preciso es el partir.

No empañe la tristeza
Las rosas virginales
Y gracias celestiales
Que el cielo te donó;
Y no de tu belleza
Me mire despojado,
Después que de tu lado
La suerte me arrancó.

No llores, que la hermosa
Florida primavera,
Dorando la pradera
Te viene á consolar;
Mas no de tu preciosa
Mejilla la sonrisa,
Su gala más precisa,
La quieras ¡ay! privar.

Disfruta del contento,
Corina, que solías
Gozar en otros días
En brazos del amor;
Y no mi sufrimiento
Redoblen tus gemidos,
Que apenas mis sentidos
Soportan el dolor.

Tú sola de mi pecho
Serás la poseedora,
La diosa encantadora
Que siempre adorará.
Yo parto satisfecho
Sabiendo tu ternura:
Mas ¡ay! ¡que tu amargura
Mil penas ya me da!

Distante de tu lado
Veré los ruiseñores,
Los prados y las flores,
Sin canto y sin verdor;
Y al pecho congojado
Mil horas enfadosas
Que marchan perezosas
Pensando en su dolor.

Mas luego que templada
Se muestre ya mi suerte,
Gozoso vendré á verte
Volando hasta tus pies :
Y entonces nada, nada
Faltando á mi ventura,
La negra sepultura
Recíbame después.

Mas ¡ah! ya el sol hermoso
Los campos ilumina :
¡Adiós, adiós, Corina,
Yo parto en el instante!
Tu pecho generoso
Respire con sosiego
Que yo volveré luego.
Más tierno y más amante.

CANTATA

Por una ingrata
Que me maltrata,
Mi pecho aumenta
La llama cruenta
Que me da muerte;
Porque es mi suerte
La prenda vana
De una tirana;
Pero yo en tanto
Mi amor le canto.
Y ella desmaya
Diciendo, ¡calla!

He visto, ufana,
Por la mañana,
Sobre una rosa
La mariposa
Tender sus alas,
Que son las galas
De su hermosura,
Y á la espesura
Volar diciendo:
Vivo muriendo
Por una ingrata

Que me maltrata.
Un pastorcillo
Tierno y sencillo,
Vi por el prado,
Con su ganado,
Dulce cantando,
Y amonestando
La pastorcilla,
Que le mancilla
Diciendo en vano
De amor tirano
Mi pecho aumenta
La llama cruenta.

—

De rama en rama
Saltando llama
La golondrina
Su amiga fina,
Y al mismo cielo
Le dice, velo,
¿Por qué no viene?
¿Quién la detiene?
Ya me imagino

Que es el destino
Quien me da muerte
Por que es mi suerte.
El aire agita
La tortolita
Con blando arrullo,
Y el dueño suyo
Que la está oyendo
Viene corriendo
Y entonces dice :
Vive felice
Con mi tormento
Que es mi contento
La prenda vana
De una tirana.

—

Porque su amado
Vive olvidado,
Triste se queja
La zagaleja
Por la pradera
Que un tiempo viera
Correspondida,

Y ahora afligida
Pasa gimiendo
Mas sí diciendo,
Pero yo en tanto
Mi amor le canto.
Ya, pues, que el hado
Me ha decretado
Tanta agonía,
Tú, Delia mía,
No seas esquiva,
Sé compasiva
De quien te quiere,
Porque si muere
Le digo, ¡ay triste!
La causa fuiste :
Y ella desmaya
Diciendo, ¡calla!

LA PRIMERA VISTA

Burlando el cetro del amor aciago,
Mi pecho he visto palpitar sereno
Entre mil bellas que con blando halago
Con dulce risa y con semblante ameno
Brindaban de miel lleno
Su tierno amor al mío;
Mas yo con cruel desvío
Miré el incienso de sus puras manos
Subir en nube y disiparse luego,
Sin que prendieran rendimientos vanos
De amor el crudo indestructible fuego.

Mas ¡ay! que el Dios, de mi desprecio herido,
Vengó el ultraje de las ninfas bellas,
Y el duro pecho por jamás vencido,
Rindióse humilde á la más noble de ellas,
Que sorda á mis querellas
Y largos sufrimientos
Desprecia los lamentos

Con que se queja mi amoroso labio,
Vengando cruda con desdén sobrado
De amor el leve, pasajero agravio,
De haber un día su rigor burlado.

La antigua, dulce, apetecida calma,
Cedió mi pecho al amoroso fuego :
Te vi, Corina, y prisionera el alma
Quedó en tu amor y con su furia ciego.
No tuve ya sosiego
Ni vi más hermosura,
Más gracia ni dulzura
Que las que alienta tu mirar divino,
Que las que nacen do tu planta pisa
Y las que en torno del gallardo y fino
Talle, se anidan entre dulce risa.

De mil bellezas excediendo el brillo
Te vi, Corina, por la vez primera,
Y al punto lleno de tu amor me humillo :
Mas tú, impiadosa, me miraste austera,
Y el alma prisionera,
Gozando en adorarte,
Gimió por apiadarte;

Mas ¡ay! que cruda con desdén y enfado
Mi amor pagaste y mi querella tierna;
Pero la imagen del objeto amado
Será en mi pecho para siempre eterna.

¡Cuán triste, torpe, y pesarosa trina
La tosca cuerda de mi humilde lira,
Cuando mi pecho al recordar, Corina,
De aquel instante por cantar suspira!
Gozoso ya delira
Del caro placer lleno;
Ya luego del veneno
De amor, resiente singular quebranto,
Y entonces sólo de Corina ingrata
Se escucha el nombre repetir, en tanto
Que más se esquiva y con rigor me mata.

EL MIRTO

Precioso mirto, que en el blanco seno
Te viste un día de Dorila bella,
Y ahora en mis manos con placer te miro.
Di si me quiere.

Tú que oprimiste blandamente el seno
Do la hermosura colocó su trono,
Di si se apiada de los tristes males
Que experimento.

Tú que dejaste del ameno prado
Las dulces auras y fragante aroma
Por un instante de gozar sus besos,
Dime sus ansias.

Cuando su labio de jazmín y rosa
Besó tu frente, venturoso mirto,
Dime si el fuego del amor acaso
La enardecía.

¿Nunca sentiste si al mirar á Licio
Su tierno pecho se agitó siquiera
Un solo instante con el tierno anhelo
Que amor inspira?

¿Cuando postrado con humilde ruego
De mis quebrantos le pedí el remedio,
Algún suspiro se escapó del labio
Do amor se anida?

Mas oh ventura de mí triste ansiada,
Tocar mis labios el dichoso mirto,
Que de Dorıla la preciosa boca
Llenó de almíbar.

Si ella supiese que á mi pecho unido
Un año y otro cubriré de besos
Aqueste ramo que escondió en su seno
¿Qué me dijera?

Aunque mil soles sobre ti pasando
Dejen apenas de tu ser indicio,
Eternamente en mi memoria nueva
Será tu vida.

Ven, pues, objeto de las ansias mías,
Preciosa prenda del amor primero
De un tierno pecho, con mi triste unido
Vive por siempre.

LA NOSTALGIA

¡Ah! ¿por qué en hora cruel
Tan necio y soberbio fuí
Que abandonara ¡ay de mí!
El lugar en que nací
Por vivir en gran ciudad?
¿Por qué, insensato, por qué
La pobre casa dejé
Donde nací y me crié
En feliz mediocridad?

¡Ah! ¿por qué del hado en pos
Me eché sin rumbo á buscar
Del mundo en el vago mar,
Fortuna, gloria y hogar
De rico y suntuoso tren?
¡Ay! ¿por qué mi corazón
No limitó su ambición
Á la humilde condición
En que gocé tanto bien?

¿Qué genio fué, oh Dios, aquel
Que sin sospecharlo yo
La miseria exageró
De la esfera en que giró
Mi primera hermosa edad :
Y que al sorprender sutil
Mi inocencia juvenil
Me pintó tan baja y vil
Mi modesta calidad?

¿Qué genio fué? — ¡Mi ambición!
Que en un vértigo falaz
Me prometió eterna paz
Fortuna, gloria, solaz,
Celebridad y poder;
Y cuyo labio traidor
Me enseñó que había mejor
Existencia, estado, amor,
Sociedad, rango y placer.

Y otro más lindo alazán,
Y otro más rico dintel,
Otro más grande papel,
Otro brillo, otro oropel,

Y otro mundo en que lucir;
Otra más noble amistad,
Otra más culta beldad,
Y otra más alta entidad
Que ser en el porvenir.

Pero sagaz me ocultó
El mal que estos bienes dan;
Me ocultó el siniestro afán
Que con el dorado pan
Tiene el hombre que roer :
Me ocultó la ingratitud,
La asechanza, la inquietud,
Y la horrible esclavitud
Que traen fortuna y poder.

Y entonces supe recién,
Que de mi colina atrás,
Había otra cosa más
Que no imaginé jamás
Mientras mi ambición durmió;
Y entonces pensé también
Que del tiempo en el vaivén
Acaso para mi sien
Algún lauro se guardó.

Y entonces supe recién
Que había siervo y señor,
Que había rango, favor,
Empleos, lujo, esplendor,
Y salones de cristal;
Que había seda y tisú,
Teatro, tertulia, ambigú,
Y otro dosel que el ombú,
Y otro tapiz que el erial.

Y entonces supe por fin
Que había algo más que ser,
Que había hermoso placer
Y deleite que beber
En copas de oro y zafir :
Y entonces dije « Ojalá
Pudiera en el mundo, allá,
Servido como un bajá
Entre deleites vivir.»

Y entonces me pareció
Mi casita fea y ruin,
Estrecho mi camarín,
Chico y pobre mi jardín,
Y somero mi alazán;

Mi traje sin brillantez,
Mi ambición vulgar, soez,
Y sin cultura y fluidez
Mi palabra y mi ademán.

Y mi querida á su vez,
Me pareció tosca y vil,
Su amor grosero y servil,
Su gabinete un cobil,
Y una gaita mi laúd;
Y quise entonces cambiar
De amor, de ambición, de hogar,
Y en el gran mundo explotar
Mi plácida juventud.

Quise una esfera mayor,
Quise casa de gran tren,
Quise criados, coche, edén,
Perfumes, sedas, harén,
Y un notable porvenir :
Quise otro rango, otro amor,
Quise oro, fama, esplendor,
Quise ser un gran señor,
Y hacerme de pie servir.

Y entonces dije : « Esa es
La felicidad : desde hoy
Dejando de ser quien soy
Á buscarla al mundo voy
Hasta poderla encontrar;
Y á ser de una vez feliz,
Y á pisar regio tapiz,
Y á levantar mi cerviz,
Y á engrandecerme y gozar ».

Y sin más meditación
Dejé el paterno dintel,
Dejé mi viejo corcel,
Mi querida, mi lebrel,
Mis libros y mi jardín;
Y al capricho del azar
Sin zozobra ni pesar
Me lancé en el hondo mar
De mi destino por fin...

Á SATURNINA

(DÍAS)

Ya luce esplendente su nítida llama,
Ya en cielos y mundos y soles derrama
Copiosos torrentes de puro arrebol...
Ella es, Saturnina. Ya miro la aurora
Que deja la excelsa mansión donde mora
Y anuncia que nace tu fúlgido sol.

Del rayo primero la luz refulgente
Que ciñe cual nunca las nubes de Oriente
Con límpido manto de azul y oropel,
Que es éste, me dice, tu sol, fiel amiga :
Sí, yo le saludo... que el cielo os bendiga
Y colme de dichas y gustos en él.

De amigos, de hermanos y padres que adoras
Eternas te sean las plácidas horas
Que en brazos alcances dichosa vivir;

Cuanto ame tu pecho virtuoso consiga:
Ni falte una noble finísima amiga
Que vierta en tus labios sabroso elixir.

Angélico hechizo que el alma arrebata
Y envidian las bellas orgullo del Plata
Derrama en tu pecho virgíneo candor;
Y un ángel del cielo su gracia te inspira,
Se abrasa en tus ojos aquél que te mira
Y á todos infundes ternísimo amor.

No falte á tus noches fantástico ensueño,
No falte á tus horas placer halagüeño,
Ni negro cuidado divague en tu sien.
Gallardo, elegante, ternísimo y fino,
El más amoroso doncel argentino
Por fiel compañero los cielos te den.

Placeres y halagos y risas y amores,
Y ardientes suspiros de mil amadores
Do muevas tu planta se agolpen en pos;
Salud y contento y amor y ventura,
El cielo os prodigue; ni haya otra hermosura
Más casta, más noble, más linda que vos.

Pluguiera al destino que en dulce contento
Se pasen, querida, desde este momento
Dichosas las horas de tu juventud.
Y un tiempo que os mire ceñir la corona
Que todas envidian, de noble matrona,
Y sólo consiguen belleza y virtud.

Adiós, Saturnina; que el tiempo inclemente
No empañe el divino candor de tu frente,
Tus nobles virtudes y rara beldad:
Que sea dichoso cual nunca tu día
En tanto que mi alma gozosa te envía
El sincero beso de amor y amistad.

LA SULTANA

De perfumes y placeres
Embriagada la sultana,
Sobre alfombras de oro y grana
Díjose al poner la sien :
« ¿ Qué le falta á mi ventura ?
Soy la esclava más bonita,
La mimada y favorita,
Soy la reina del harén.

» Tengo joyas
Mil en mi arca,
Y un monarca
Por galán ;
Y á una seña
De mis ojos,
Cae de hinojos
El sultán.

» Tardo más en decir *quiero*
Que en tener cuanto me agrada,
Ni difícil hallo nada
Bajo el cielo hermoso, azul;
Y al placer de mis caprichos
Un imperio se arrodilla,
Porque soy la maravilla
Y el asombro de Estambul.

» Las preseas
Y collares
Por millares
Se me dan;
Y es la suerte
Que más se ama
Ser la dama
De un sultán.

» Respirando mirra y ámbar
Mi existencia se desliza,
Y entre halagos y sonrisa
Se me ofrece eterno amor:
Extasiada en sus deleites
Mi alma está siempre serena,
Y en mi frente de azucena
No hay la huella de un dolor.

» Pues espanta
Mi grandeza
La tristeza
Y negro afán;
Y de penas
No se cuida
La querida
De un sultán.

» Mi destino hermoso anhelan
Les bellezas orientales,
Mas sin celos ni rivales
La mujer más feliz soy;
Y en el mundo igual no tiene
Mi ventura sobrehumana:
Soy hermosa, soy sultana,
Y en un trono de oro estoy.

» ¡ Cuántas bellas
Mi ventura
Y hermosura
Envidiarán!...
Mas mi orgullo
Las desdeña,
Pues soy dueña
Del sultán. »

Miró acaso á una ventana,
Y al través de su vidriera
Algo vió que no quisiera,
Pues su labio enmudeció;
Y una ingrata sombra oscura,
Como nube empaña un astro,
De su frente de alabastro
Los encantos empañó.

Y era joven
Linda esclava
Que cuidaba
Vil guardián,
Y salía
Con jactancia
De la estancia
Del sultán.

———

UN AÑO DESPUÉS (1)

I

« ¡Soy *invariable!*... De tu fe en rehenes
» Toma mi *fe*... ¡Tu ausencia me consume!...
» ¿ Cuándo á gozar de tu ventura vienes? »
— ¡ Ya ni el recuerdo de tus cartas tienes,
Y aun tus cartas conservan su perfume!

« ¡ Sacrificios!... ¿Supones que lo ignoro?...
» Cuando el amor el corazón expande
» Con sus mirajes y horizontes de oro,
» Es, el que adora como yo te adoro,
» Capaz de todo lo sublime y grande...

(1) El editor de la primera edición dudaba de que estos versos fuesen del señor Cuenca; por mejor dicho no estaba seguro de ello. Basta fijarse en el estilo y en el empleo de ciertas palabras é imágenes, para comprender que han salido de la misma fábrica que sus hermanos.

» Soportaré las pruebas más acerbas
» Por que conmigo tu existencia partas...
» ¡Sóbrame á mí *energía,* si te enervas! »
—¡ Ya ni el recuerdo de mi amor conservas,
Y *aun conservo el perfume de tus cartas!*

II

¿Y es cierto que el amor, — ese perfume,
Ese aroma de ambárico pebete, —
Es cierto, santo Dios, que se consume
Del cuerpo y alma que una vez le asume
Antes que el vil zahumerio de un billete?

¡Oh flaca humanidad!... ¡todo lo puedes,
Y nunca, nunca de flaqueza te hartas!...
¡Y ni ya muerta la ilusión, concedes
Que rompa el hombre sus amantes redes
Y rompa y queme sus amantes cartas!

¡Oh caracteres que trazó su pluma!
¡Y aun al leeros en amor me inflamo!...
¡Y aun el pesar mi corazón abruma!...
¡Y mientras ella acaso *otros* perfuma,
Aun sus billetes olvidados amo!!!

III

Tú, que fuiste ideal de mi ventura
Por el prestigio de ilusión funesta;
Tú, que acusar pudiera de perjura,
No temas de mí, no, venganza dura...
Olvida y goza : ¡mi venganza es ésta!...

¡No temas de mi labio una palabra,
Una sola palabra de reproche!...
¡No temas, no, ni que á tus ojos abra
El agravio recóndito que labra
Mi corazón en tenebrosa noche!...

¡No temas, no, que mi pasión exhume
Para que tú de nuevo la compartas,
Ni que por eso de desdén te abrume!...
¡Aun tus cartas conservan su perfume,
Y aun conservo el perfume de tus cartas!

SÁTIRAS

I

Que aparente ser letrado
Por lo grave y circunspecto,
Cierto quídam que el aspecto
Siempre tiene avinagrado,
No lo extraño;

Pero que mientras no calle
Que se trate algún asunto
Y en llegando al postrer punto
Que como maestro no falle,
Sí lo extraño.

Que recite un orador
Un sermón bien estudiado
Con mil textos empedrado
Traidos con gusto y primor,
No lo extraño.

Mas que falte algún oyente
Que lleno de admiración,
No le llame Cicerón
Porque en realidad lo siente,
Sí lo extraño.

Que nos diga un don Germano
Que habla corriendo el francés
Cuando observo yo después
Que maltrata el castellano,
No lo extraño.

Mas que falte bajo el sol
Quien le llame caballero
Porque muerde al extranjero
Cuando araña al español,
Sí lo extraño.

Que nos hable todo el día
Con igual fuerza y calor
Un sempiterno hablador,
Que mucho más charlaría,
No lo extraño.

Mas que en todo su sermón
No se encuentre algún descuido
Por ignorancia ú olvido
Ó cualquiera otra razón,
Sí lo extraño.

Que se advierta que ha pasado
Por el rostro de una bella
Á pesar de ser doncella
Medio siglo bien contado,
No lo extraño;

Pero que ella no nos diga
Que á los treinta apenas llega
Y para esto nos alega
Que lo afirma cierta amiga,
Sí lo extraño.

Que pretenda un don Fulano
Que le llamen señoría
Porque tiene en su alcancía
Diez mil ducados á mano,
No lo extraño;

Mas que tales distinciones
No le cuesten su dinero
Y ser noble caballero
No le sufran sus doblones,
Sí lo extraño.

Que anochezca diariamente
Muy sentada en la ventana
Pretextando doña Juana
Que gusta mirar la gente,
No lo extraño.

Mas que ignore su vecino
La causa que allí la tiene
Cuando ve que va y que viene
Un tapado de contino,
Sí lo extraño.

Que después de bien leido
Rasgue una dama el billete
Que le envió cierto pobrete
Que por ella anda perdido,
No lo extraño.

Pero que alguno no crea
Que se ha portado inclemente,
Porque el pobre pretendiente
No la llamó Citerea,
Sí lo extraño.

II

LA COQUETA

La dama que se desmaya
Por haber visto un ratón
Diciendo que el corazón
Desfallece; ¡miente y calla!
La causa cierta que se halla
De tan veloz accidente,
Como me es muy evidente,
Es el convenio ajustado
Que tiene hecho con su amado
De que la alce, cargue y siente,

Un veterano de amor
Con diez años de aguerrido,
Nunca preso ni vencido,
Por ser diestro gladiador,

Seducido del temor
Que observó en cierta novicia
Puso en juego su milicia
Con singular atención;
Mas no teniendo un doblón
No le valió su pericia.

Si un marido apercibiera
Que su esposa doña Flora
De repente se colora
Se descompone y altera
Cuando un cierto Talavera
Conversa con doña Juana
¿De dónde este mal dimana
No quisiese saber, pues?
¿Y si le dicen lo que es,
Será la noticia vana?

Si supiera un pretendiente
Que la dama que corteja
Se asoma mucho á la reja
Por ver cierto penitente
De una figura imponente,
Que tiene al barrio en cuidado,

Pero ella mira al malvado
Con singular osadía,
Sabiendo su valentía,
¿Quisiera mudar de estado?

III

DAMAS RELAMIDAS

Varias pasiones sustenta
El corazón mujeril :
Los celos, la envidia vil,
La rabia y venganza cruenta;
Pero jamás alimenta
El amor bien entendido,
Sino falaz y fingido,
Pero con tanto doblez
Que aun descubierto después
Parece que fué sentido.

Todas ellas siempre quieren
Ser tentadas por amores
De cumplidos amadores,
Que á complacerlas se dieren;
Y si acaso no se vieren

Distinguidas y obsequiadas
Están tristes y aquejadas,
Pero con tanto disfraz,
Que al más astuto y sagaz
Le hacen creer que son amadas.

La más prudente y medida
Si alguno le habla de amor,
Muda al momento el color,
Se pone rosa encendida :
Pero nunca se descuida
De fingirse indiferente
Y se creyera imprudente
Sino mostrara tibieza;
Pues en ellas es rareza
Decir lo que el pecho siente.

No hay una que no se crea
La primera en hermosura
Y es muy falta de cordura
La que se tiene por fea :
De cualquier modo que sea

Todas tratan de agradar,
Todas quieren conquistar
Voluntad y corazón
Sin mirar en condición,
Fortuna, estado y lugar.

No hay coloquio entre doncellas
En que amor no halle cabida,
Y es ya cosa muy sabida
Que en conversaciones de ellas
Se siguen siempre las huellas
De las damas más arteras
En ardides y maneras
Lo más propio á sus intentos
De novio y de casamiento
Que son sus ansias primeras.

Cuando lloran antes miran
Si hay hombres que las consuelan,
Si lidian es por que suelen
Vencer de amor; si suspiran,
Si se enfadan, ríen ó admiran

Siempre lo hacen con malicia
Pues no conoce impericia
Para fingirse abrasada
La soltera, la casada,
La veterana, ó novicia.

Tienen tal tino y cordura
Para ocultar sus fealdades
En todos tiempos y edades,
Que si mucho se me apura
Digo que es una locura
Pensar que mujer alguna
Mostrara falta ninguna
Cuando ocultarla pudiera,
Y si así no sucediera,
De mil nos engañara una.

Como siempre esperan todas
Cuando viudas ó solteras
Que las estrechen de veras
Para hablar luego de bodas :
Como vestidos y modas

Mudan de amante á la vez,
Entretienen seis ó diez
Con mil ardides y engaños,
Trascursando así los años
Hasta que cae algún pez.

Nunca son más cariñosas
Que cuando llegan á ver
Que pueden enriquecer
Haciéndose bondadosas :
Mas quien entiende estas cosas
Sabe bien que es el dinero
Y no el hombre, el verdadero
Objeto de su afición,
Pues le aman de corazón
Como su galán primero.

Si entrasen en competencia
Por alguna dama bella
Tres ó cuatro que por ella
Gastan dinero y paciencia,
Ella da la preferencia

Al que más pesetas tiene,
Porque amor también previene
Que se mire con decoro
Á doña Plata y don Oro
Pues que á todos les conviene.

INÉS

En su próxima dicha embebecido,
Delirante de amor Favonio espera
Que se desnude Inés, y placentera
Entre con él al lecho apetecido.

La ve soltar un lazo, y sorprendido
Mira caer á sus pies la ancha cadera;
Un resorte, y con él la cabellera,
Y en pos de un otro, el muslo desprendido.

Queda el rostro divino : ¡oh! ¡qué blancura!
Mas no, que es solimán... se pone prieto,
Y... ¿qué saca después? ¡la dentadura!
El seno ¡ah! ¡se desprende con el peto!
¿Y qué resta por fin de su hermosura?
¡Oh engañosa beldad, — un esqueleto!

Á UNA JUANA

I

Feliz tu natal te alumbre
Salud, Juanita, salud,
Mientras llegan á la cumbre
Del candor tu mansedumbre,
Tu inocencia y tu virtud.

Salve tímida cordera,
Salve cándida paloma :
Sé de buenas la primera,
Sé más blanda que la cera,
Sé más suave que el aroma.

De pesares y amargura
Libre el pecho tuyo esté :
Tengas toda la blandura,
El candor y la hermosura
Que al humano el cielo dé.

Del amor la cruel borrasca
En tu pura, sencilla alma
Ojalá que nunca nazca,
Y tu pecho siempre yazca
En perpetua, eterna calma.

Sea plácido cual sueño
Sosegado tu existir,
Todo parezca halagüeño,
Á tu pecho que risueño
Nada tenga que sentir.

II

Oh sí, querida amiga,
Tan venturosa fuiste
Que hasta nacer pudiste
En noche de San Juan;
En noche en que los genios
Maléficos reposan,
Y en que salir ni aun osan
Del tártaro do están.

Tu natalicio es, Juana,
Tan venturoso día,
Que hasta do ser podía,
Simple, sencillo lo es;
¡Qué más! hasta los juegos
Que celebrar solemos,
Que participan vemos
De su inocencia, pues.

San Juan es siempre un día
Ni seco, ni lluvioso,
Ni claro, ni nubloso.
Ni fausto, ni fatal :
Ni frío, ni caliente,
Ventoso, ni sereno,
Ni malo, mas, ni bueno,
Es siempre original.

Los niños lo celebran
Con fiestas y sanjuanes,
Que saltan los patanes
Con gusto singular :
Y ponen las muchachas,
Creyendo que se advierte
Escrito en él su suerte,
Un huevo á serenar.

En este raro día
Las jóvenes se ajuanan,
Y cándidas se afanan
Mil nombres en poner
En cédulas, creyendo
Que aquel que les tocare,
Si acaso se casare
Su novio debe ser.

III

¡Oh! sí, querida amiguita,
No ha habido ni habrá quien vea
Juana ni Juan que no sea
Un alma pura y bendita:
Apláudete, sí, Juanita,
De que tal nombre te dan,
Que en tanto concepto están
Los Juanes, que al ver un hombre
Que por su candor asombre,
Dicen todos: « Es un Juan. »

Consérvete el cielo buena,
Suave, sencilla, inocente,
Ingenua, dócil, prudente,
De toda malicia agena,
Como una Juana sin pena,
Y en fin, dueño á tus lozanas
Bellas gracias soberanas,
Las dé digno de tus dotes,
Como un Juan de los palotes,
Un Juan de Dios, ó un Juan lanas.

Que no es de ti digno el suelo
Lo pueden todos decir,
Que al fin, Juanita, has de ir
Como paloma de un vuelo
Vestida y calzada al cielo;
Porque eres lisa, eres llana,
Natural, humilde, sana,
Mansa, pobre, lugareña,
Buena, cándida, risueña,
Y en una palabra, Juana.

Eres la pura inocencia,
La más bondosa tal vez,
Sin artificio y doblez;

Eres de buenas la esencia,
La más rica de paciencia,
Y tu mansedumbre es tanta
Que á todo el mundo lo encanta
Y hace decir á una voz
Que eres una alma de Dios,
Una bendita, una santa.

Juana del pelo á los pies,
Has sido, eres y serás;
Juana has de ser, nada más;
Juana al derecho y revés,
Por fuera, dentro y través,
De buena ó de mala gana,
De noche, tarde y mañana,
Y en todas partes, querida,
Has de ser toda la vida,
Juana, Juana, y siempre Juana.

EPIGRAMAS

UN PENDENCIERO

Un valentón desafió
Á un antiguo militar,
Y llegados al lugar
De la riña, así le habló :

Tú tiras, ó tiro yo,
Ó me matas, ó te mato,
Y es sabido que un mal rato
Debe huirse... ¡y disparó!

EL SASTRE

De un rico linó cortaba
Para su esposa, un vestido
Cierto sastre, y distraído
La mitad del linó ahorraba.

Nótalo ella y grita : ¡Espera,
Tú me robas mucho paño!
Y él responde : *No es extraño,*
Me olvidaba de quien era.

Á UNA DAMA

Preguntóme una doncella :
¿Me falta algo por ventura,
Siendo rica, noble, y bella?
Sí, le dije, más cordura.

UN ESTORNUDADOR

Visitando á don Marcelo
Se me antojó estornudar,
Y sin poderlo evitar
Doile un golpe contra el suelo.

Levántase más que ciego
De cólera así que pudo,
Pero otra vez estornudo,
Doile en tierra y parto luego.

LA RESPUESTA

Preguntóme, ¿cuál de aquellas
Cinco damas es más linda?
Un amante; óyelo Alcinda
Y dice, *ninguna de ellas.*

UN NARIGÓN

Estábame el otro día
Viendo jugar la pelota
Cuando en esto uno la bota
Sobre mí con picardía.

Da en mi nariz, con espanto
Vuélvese á la cancha y luego
Grita el chulo, acabé el juego
Que hice tabla y gané el tanto.

SOBRE LO MISMO

Cinco estaban disputando
Sobre la hora que sería :
Las tres el uno decía,
Las cuatro, el otro, están dando.

Pasaba yo por delante
Y uno exclama, bien lo dices...
(Apuntando á mis narices),
Las cuatro tiene el cuadrante.

Á LO MISMO

Exhibiendo un titerero
Sus muñequitos pintados,
Unos cuantos agrupados
Le ocultaban todo entero.

¿Cómo veré al operario?
Dice Dorila, y don Luis
Le dice : por mi nariz
De arriba del campanario.

Á LO MISMO

Me dió Dorila unas flores,
Que tomé, miré y olí;
Mas por desgracia teñí
Mis narices de colores :

Rióse y le digo, atrevida,
¡Por qué te burlas? Malvado
Responde; porque he mirado
Tu montaña florecida.

Á LO MISMO

En un balcón descansaba
De una torre, un caballero,
Al tiempo que un chufletero
Por aquel lugar pasaba.

Miróle con gesto extraño,
Vió su nariz, y exclamó :
No *quisiera tañir yo*
Campana de ese tamaño.

EL PRESUMIDO

Preciándome de poeta
Ante un concurso lucido,
Quiero hacer como al descuido
Por lucir, una cuarteta.

Pienso, escribo, no me agrada,
Borro, enmiendo, quito, añado,
Rabio, voto, al fin me enfado,
Rasgo el pliego y no hago nada.

1848

AL SEÑOR DON VICENTE GIL

—

I

De aquella amable crueldad
Que de obsequio el nombre lleva,
Y que impunemente ceba
Sus dientes en la amistad,
He, Vicente, aquí una prueba.

Porque, gracias á Dios, sé
Que es estólida imprudencia
Exigir, por deferencia,
De quien buenos versos lee,
Para leer malos paciencia.

Y que es cosa extraña y fuerte,
Que á pretexto de tu amigo,
Haga cosas yo contigo,
Como las pudiera hacerte
Tu más mortal enemigo.

Porque es una tiranía
Obligar, sin son ni ton,
Á un hombre de discreción,
Á leer pésima poesía
Porque lo quiere un bribón.

Y que cuando al labio asome
Un muy justo *el Diablo os cargue*,
La prudencia el labio embargue,
Al tiempo que á más se tome
La mano que el tonto alargue.

Y que cuando se maldiga
El pliego de cabo á rabo,
En vez de decir ¡qué pavo!
Sea preciso que se diga
¡Muy bien, don Fulano, bravo!

Y por fin cuando de tedio
Harto ya, se quiera acaso
Dar al poeta un boyazo,
No encuentre la astucia medio
De rehusarle un largo abrazo.

Porque es sin duda imperiosa
Propensión de mal poeta,
Sin averiguar si peta,
Escribir versos en prosa,
Que á su más amigo espeta.

De que es crueldad no lo ignoro;
De que es antigua tampoco;
Y que por mucho ó por poco,
Desde el bello siglo de oro,
Todo mal poeta es loco.

Ni tengo la culpa yo
Que desde mil años ha,
Y aun de otros mil más quizá,
Que esta crueldad se inventó,
Esté en moda como está.

Pues no soy el solo vate,
Ni de antaño, ni de ogaño,
Que sin pensar que hace daño,
Á un buen amigo maltrate
So pretexto del nuevo año.

Pues dicen las tradiciones
Del pueblo griego y fenicio,
Que dieron desde abinicio
Todos los vates ramplones
Esta especie de suplicio.

Ya ves tú que nada invento,
Porque sólo el uso sigo
De dar así como digo,
De puro amable, tormento
Al que contemplo mi amigo.

Porque obligar sin cordura,
Á quien buenos ha leído,
Á leer versos sin sonido,
Es como darle tortura
Á un niño recién nacido.

No creas, no, que te induzco
Con este ingenioso proemio;
Ni que con sorna te apremio,
Ni te ruego, ni seduzco
Porque me eximas del gremio.

Porque si ahora todavía,
Cuando la cítara agarro,
En vez de cantar desbarro,
No toda la culpa es mía
Pues tienes parte en el barro.

Y muy bien lo sabe Dios,
Que si á tu prudencia ocurro
Y con mis versos te aburro
Sólo el culpable eres vos
Pues porque sufres te zurro.

Por que en la primera, pase,
La culpa la tuve yo;
Pero en la segunda no,
Porque la segunda se hace
Cuando la primera dió.

Ni me importa ahora que seas
De buen gusto en demasía
Para juzgar en poesía,
Porque es preciso que leas,
Aunque reniegues, la mía.

Y sé que de cumplimiento,
Por el qué dirán las gentes,
Aunque de rabia revientes,
Has de sufrir mi tormento
Haciéndome ver los dientes.

Pues con irte por el lado
Que yo sé que más respetas,
Has de sufrir mis trompetas,
Por no faltar por sentado
Á tus finas etiquetas.

Porque sé también que en puntos
De fineza y complacencia,
Tienes sobrada prudencia
Para oír de todos juntos
Mis versos la intercadencia.

Así es que te doy tonteras,
Porque sé que bien las tomas,
Por no faltar, ni aun en bromas,
Á las medidas severas
De tus puntos y tus comas.

Y ya que tú te me cuelgas
Haré mal en no amasarte,
Porque sé que por tu parte,
Por no quebrantar tus reglas,
Has de sufrir sin quejarte.

De suerte que si te embromo
Con mi métrica manía,
No toda la culpa es mía;
Pues por bueno si te tomo
Es que tu venia tenía

Y siendo los dos culpables
Por igual en el delito,
Cuida de sufrir quedito
Las falanges formidables
De los versos que remito.

Pues es claro y justo á fe,
Que en esto de versos malos
Que se hacen para regalos,
El que escribe y el que lee
Merecen los mismos palos.

Y por no recibir solo
Hágote cómplice á vos,
Y quede aquesto entre nos,
Porque si lo sabe Apolo
Nos lleva el diablo á los dos.

Al uno por corruptor
De la rima y buen sentido,
Y al otro porque ha querido
Constituírse encubridor
De este tráfico prohibido.

Con que lee, calla y aprueba,
So pena que si me acusas
Al tribunal de las Musas,
El diablo á los dos nos lleva
Sin que nos valgan excusas.

II

Pudiera hacerte reproches
Por la burla que me has dado,
Con hacerme estar callado
De todo el año pasado
Mañanas, tardes y noches.

Mas no te me has de quejar
Que á mi vez no te prudencio,
Pues desde ahora me sentencio
Á perdonarte el silencio
Que me hiciste en él guardar.

Porque no lo tengo á mengua
Decirte que me complazco,
Aunque me pica y me rasco,
De ver el enorme chasco
Que me ha dado en él tu lengua.

Mas prométote también
Que si el año que pasó
Hablaste tú y calle yo,
No será así en éste, no,
Porque empiezo á hablar recién

Pues para tratar con vos,
Que te lo conversas todo,
Pienso este año hacer de modo,
Aunque sé que te incomodo,
Que conversemos los dos.

Que no he de estar ante ti
Mi cabeza balanceando
Según me vas conversando
Para estarte contestando
Una vez no y otra sí.

Y aunque haciendo algún esfuerzo,
Al fin me he de arremangar
Y he de hablar y hablar y hablar
Contigo, es claro, á la par
Porque de no, no converso.

Que has de mirar con asombro
Como pude transformarme,
Á punto que para hablarme
Tendrás, Vicente, que darme
Un pellizcón en el hombro.

Y aun así he de continuar
De mi borbotón el flujo,
Que has de estar como un cartujo
Cuando más sientas el pujo
Y la comezón de hablar.

Porque tengo hecha intención
De charlar como un orate,
Y decirte desde hoy, ¡tate!
Por más que hieles el mate
Haciendo una introducción.

Porque me he de dar tal maña
Que no la dispute mal,
Mi facundia artificial
Á la tuya natural,
Palmo á palmo la campaña.

Y ya que el turno me toca
Verás cómo charlo ahora,
Pues de una aurora á otra aurora
Te he de tener á toda hora
Con un candado en la boca.

De tal suerte que de hoy más
Tendrás que callar y oír,
Porque eso de interrumpir,
No te lo he de permitir
En todo este año jamás.

Y te advierto que hombre soy
Que cumplo lo que prometo,
Y que una vez hecho el reto,
Hablarás con tu coleto
Desde el primero que es hoy;

Porque con persona no,
Mientras venia no te dé
Para conversar, porque
Siempre que contigo esté,
Quien ha de charlar soy yo.

Y aunque ya pensando estés
De que pienso un disparate,
Ya verás, cuando te cate,
La clase de jaque mate
Que te he de dar á mi vez.

Porque todo áquel asunto
Que pude haber conversado
En todo el año pasado,
Que me hiciste estar callado,
Lo tengo para este junto;

Que sumado al que en este año
Se me tiene de ocurrir,
Y al que tengo yo que urdir
Para poder competir
Con opositor tamaño;

Y á todo el asunto aquel,
Que debieras tú tratar,
Y que debo en tu lugar,
Sólo y mi alma conversar,
Pues no te he de dar cuartel.

Por tu cálculo severo
De algebrista y comerciante,
Ya ves que es suma bastante,
Que puede dar un sobrante
Para el año venidero.

Pues no encontrarás guarismo,
Ni allá en tu teneduría,
Para expresar á fe mía
La inmensa palabrería
Que empiezo á usar desde hoy mismo.

Y aunque restes, partas, sumes,
Multipliques y dividas,
Como haces con las partidas
De tus mil cuentas perdidas,
Que en vano cobrar presumes

No has de hallar cifra, Vicente,
Aunque desde ahora barruntes,
Y aunque de tus libros juntes
Los incobrables apuntes,
Que mi eterna charla cuente.

Y como eres hombre, tú,
Que no te me has de entregar,
Ni menos has de callar,
Pues que no te has de asustar
Porque nadie te haga fu;

Y debe haber entre nos
Algún reñido altercado,
Sobre cual está obligado
Á estar este año callado,
Ó á conversar de los dos;

Y tú me dirás que yo,
Y yo que tú te diré;
Yo sigo porque empezé;
Yo empiezo porque no hablé,
Y á un tiempo los dos sí, no.

Empiézome ya á temer,
Que en el toma y en el daca
De nuestra mutua matraca,
Tomemos alguna estaca
Y acabemos por romper.

Y como este aspecto lleva
La discordia que emprendemos
Bueno es que capitulemos
Y que los dos conversemos
Uno y otro lo que deba;

Para el logro de lo cual
Te propongo en conclusión,
Que en punto á conversación,
Tenemos la obligación
De conversar por igual.

Y aquél que no observe fiel
Lo que en el pacto se ordena,
Que sufra humilde la pena
Á que este otro la condena,
Que es discrecional y cruel.

Que yo por mi parte voy
Dispuesto á sufrir la tuya,
Sin que palabra te arguya,
La que ha de ser toda bulla
Desde ahora pensando estoy.

Pero guárdate por Dios
De llegarte, tú, á exceder,
Porque te condeno á leer
Los versos que suelo hacer
Para regalarte á vos.

III

Bien te quisiera encontrar,
Al fin del cuarenta y siete,
Tan conservado y paquete,
Que olieses todo á azahar
Desde el calcaño al copete;

Tan plantado y arrogante
Como un lindo figurín;
Tan Sansón y espadachín,
Que nadie te alzase el guante
De miedo de un San Quintín.

Bien te quisiera encontrar
Con algún residuo al menos,
De aquellos carrillos llenos
Que tuviste, á barruntar
Por los huesos que son buenos;

Con algún resto siquiera
Del buen color que presumo
Que has tenido, antes que el humo
De tu ya apagada hoguera
Dejase el rastro á lo sumo.

Bien te quisiera encontrar
Con algo de la frescura,
Que toda humana criatura
Debe por fuerza sacar
De las manos de Natura;

Con algún residuo en fin
De espesor y carne humana,
Sin un callo ni una cana :
Como un lindo figurín,
Que en lugar de perder gana.

Bien te quisiera encontrar,
Si ya no como una espuma,
Con algo al menos, que en suma
Hallase en ti que elogiar,
Aunque con favor mi pluma.

Pero, amigo, es que te encuentra
El año cuarenta y ocho
Muy poco menos que chocho,
Porque el diente ya no te entra
De tan seco y tan bizcocho.

Porque el cielo de otro modo
Que mi desear lo ha dispuesto,
Y en pocos años te ha puesto,
Lo mismo que yo en un todo,
Es decirte como un tiesto.

Y aunque á mí no se me escapa
Que el tiempo no te ha deshecho,
Sino tus males de pecho,
¿Quién la boca al mundo tapa
Que cree lo contrario de hecho?

Yo lo sé porque padezco
También mi mal de barriga,
Que á estar como vos me obliga;
Pues por ella es que envejezco
Aunque otra cosa se diga.

Así es que también á mí
Me sucede lo que á vos,
Pues nos fundimos los dos,
Yo por mi barriga aquí,
Y vos allá por tu tos.

Pues no es razón á mi ver
Que arguya tiempo las canas,
Porque en las horas ufanas
De nuestra vida, nacer
Las hizo el dolor tempranas.

Y es por no suponer fecha
Que blanquean buenamente
En nuestros cráneos, Vicente,
Que á suponerla, es cosa hecha,
Renegrieran de repente.

Porque no he estudiado en vano,
Y sin picarme de instruído,
Sé un secreto no sabido
Con el qué se duerme cano
Y despierta renegrido.

Ni tampoco las arrugas
Suponen fecha atrasada,
Porque es cosa bien probada
Que ya al nacer las orugas
Tienen la piel arrugada.

Y es en fuerza del sufrir
Desde nuestra cruel niñez,
Que ha concluído nuestra tez
Por enjestarse y fruncir
Como cáscara de nuez.

Y no siendo á la verdad
Mucha cosa treinta y tantos,
Claro está que son los llantos
Quienes causan, no la edad,
Nuestros fúnebres quebrantos.

Y á no estar de fuerzas faltos
Por nuestros viejos achaques,
Por la edad fuéramos jaques
Capaces de dar asaltos
Y de resistir ataques.

Lo que hay, pues, Vicente, en esto
Es que nos sacó la cama
Desde muy niños la escama,
Que á media edad nos ha puesto
Hechos toda una dolama.

Porque estás, sin ponderarte,
Tan enjuto en demasía,
Que á la luz de tu bujía
Estudio, sin disecarte,
Noche á noche anatomía.

Y está mi carne tan flaca,
No obstante mi mucho afeite,
Que dirás, tú, con deleite,
Á este hombre no se le saca,
Ni aun con el vapor, aceite.

Y estando así ya es muy justo
Que no nos basten arreos,
Composturas, ni meneos,
Que estamos hechos un susto
De puro flacos y feos.

Que ¡ay! ¡Vicente! ¡tal estrago
En nosotros deja el siete,
Que estamos como un billete
En que no se lee, ni vago,
De puro ajado el promete!

Y gran parte en esto tiene
El vivir así no más,
Sin pensar que por detrás
La vejez maldita viene
Á darnos el golpe tras.

Porque el hombre es una pira
Que va pasando á carbón,
Y cuando arde el corazón,
Muy pronto la llama expira
Y queda de él la armazón.

Porque es malo navegar
De la vida el gran océano
Á obscuras de tan temprano,
Confiado el bajel al mar
Y el timón á nuestra mano.

Y claro es que sin un guía
Práctico ya del camino,
No se ha de errar desatino;
Y se ha de hacer avería
En el primer torbellino.

Por eso es que yo inocente,
Que entré del mundo en la intriga
Sin antifaz, ni loriga,
Estoy y estaré, Vicente,
¡Ay, tras ay! con mi barriga.

Y tú, que también de él fuiste
Á los abismos derecho,
¿Quién sabe que fuerza has hecho,
Cuando en apuros te viste,
Que te has sentido del pecho?

Porque el mundo es cosa cierta,
Que va mal desde abinicio,
Pues que se va en él sin juicio,
Y sin luz que nos advierta,
Donde se halla el precipicio.

Así es que al principio vamos,
Como ciego sin bordón
Dando tanto tropezón,
Que á media vida llevamos
En cada poro un chichón.

Hasta que uno el rumbo muda,
Cuando aprende poco á poco
Donde está del mal el foco,
Y que en caso de haber duda
No tener miedo es ser loco.

Pero cuando esto sucede,
Y se está á su costa experto,
Es por desgracia muy cierto
Que entonces ya no se puede
Ir derecho sino tuerto.

Porque, amigo, de esta vida
Es muy cruel el noviciado,
Y para uno estar versado
En los males que ella anida,
Es preciso ser golpeado.

Y á los dos nos cuesta muchos
Ayes ya su aprendizaje,
Por estar á medio viaje
Más chupados que dos puchos,
Más cribados que un encaje.

Y esto es sin haber caído,
Quien sabe por qué, en el hoyo
Donde se cae como pollo,
Cuando más se está advertido
Para evitar el escollo.

Que otro tanto me parece
Nuestra suerte fuera dura,
Si hubiéramos traído al cura
Para cosa que no fuese
Tratar de la sepultura.

Pues gracias de que no echamos
En nuestros tiempos de marras
De alguna zorra en las garras,
De las muchas que encontramos,
Nuestras inocentes arras.

Y fué sin duda que Dios
Nos tuvo lástima al cabo,
Por lo que siempre lo alabo,
Por cuerdo y discreto á vos,
Á mí por uraño y pavo.

Pero á vos, aunque así estés
Más plegado que abanico,
Aunque ni nuevo, ni rico,
Te queda una cosa, y es,
La que más quieres, el pico.

Pero á mí que, en menos prosa,
Si no te excedo te igualo
En todo lo triste y malo,
No me queda, amigo, cosa
Por la que no estar al palo.

Y tocamos los extremos
Del no ser tan de consuno,
Que no digo uno por uno,
Pero aunque ambos nos juntemos
No sumamos á ninguno.

Ya es demás el recordar
Que te daña alzar el eco,
Y á mí el pan por el que peco,
Pues no podemos dejar
De quedar muy pronto en seco.

Y aunque anuncian nuestras canas
Que ya el cuerpo se hace un arco,
Ya es inútil el ser parco,
Pues moriremos cual ranas
Por no abandonar el charco.

Yo no hay más, amigo mío,
Que esperar así de modo
Hasta secarse del todo,
Porque si encontramos río
Lo ha de enturbiar nuestro lodo.

Y aunque ro perdamos más
Tiempo ya con más demoras,
Siempre iremos á deshoras,
Porque vamos para atrás
Perdiendo campo por horas.

Y por fin ¿qué hemos de hacer?
Si estamos como un cartón,
Bien clara está la razón,
¡Que no es poco el padecer
Treinta años de inflamación!

Y sírvate de consuelo,
Cuando al espejo te veas,
El que el solo tú no seas
Que ha sembrado por el suelo
Sus juveniles preseas.

Pues es justo que nos quiebre,
Ya que al cielo así le plugo,
El cuello este cruel verdugo
Que con el disfraz de fiebre
Nos ha dejado sin jugo.

Y pues que ya no tenemos
Ni compostura, ni amaño
Con que remediar el daño,
Sufrámoslo y procuremos
El ver como acaba este año.

IV.

Como yo nada poseo
Y ando errante como la alga,
No te doy cosa que salga
Del valor de un buen deseo
Y un ingenuo ¡Dios te valga!

Y aunque ando de pobre galgo,
Á mandarte no me atrevo,
No teniendo más, un huevo,
Porque debo mandarte algo
El primero de año nuevo;

De temor que á hombre tan ducho,
Pues hasta ahora no te calo,
Le parezca poco y malo,
Cuando en realidad es mucho
Para mi bolsa el regalo.

Porque como á mal poeta
Ya es de creer que nada sobre,
Y soy tan de veras pobre
Que quedara en mi gaveta,
Si te lo mandase, un cobre;

Así es que perdonarás
Que te mande sin rodeos,
En vez de algo, versos feos,
En los cuales hallarás,
Eso sí, buenos deseos.

No obstante que se me ocurre
El que un hombre tan deseado
Debe estar tan bien sobrado,
Que quizá de ellos se aburre
Cuando le llega un situado.

Mas como eres comerciante
De tu fama y nombre esclavo,
Aun sin ganar un ochavo,
Recibirás al instante
El negocio que es un clavo.

Y en esta consignación,
Si por estar bien sobrada
La plaza, no gano nada,
Cobra, tú, tu comisión,
Y está la cuenta saldada.

Pero ve que es necesario
Que no me cargues el peaje
De estibas y almacenaje,
Aunque es del consignatario
Esta trampa el mejor gaje.

Ni la cuota del seguro,
De mermas ni de acarreos;
Aduana, ni romaneos,
Porque no me dan, te juro,
Para tanto mis deseos.

Después de hecha esta advertencia
Da balance por supuesto,
Á ver si tienes repuesto
Bien sobrado de paciencia
Para sufrir á un molesto:

Porque pido al Dios Mercurio,
Que es el Dios del comerciante,
Que te dé calma bastante
Para sufrir el murmurio
Con que entro en este año entrante.

Y que también me dé á mí,
Porque también es el Dios
De los hijos del de Cos,
Deseos que darte á ti
Como puñados de arroz.

Y puesta una vez mi musa,
Por mi natural descaro,
De todo lance al reparo,
Resbálate, pues, la blusa
Y pide al demonio amparo.

Porque aunque me estés gritando
Que necesidad no tienes
De tan invendibles bienes,
De los que están rebosando
De llenos tus almacenes :

Por fuerza te he de mandar,
Aunque atestes los abismos,
Por desgracia de los mismos,
Porque no te he de obsequiar
Con récipes y aforismos.

Así es, pues, que te deseo
Que en el año que hoy empieza
No encanezca tu cabeza,
Cuya canicie ya veo
Que va con mucha presteza.

Que á lo menos si no engrosa,
Que conserve así tu piel
Su espesor actual en él,
Pues si el tiempo más la roza
Quedarás hombre papel.

Que no te mires á espejo
Tan severo en demasía,
Que te diga á sangre fría,
Que estás flaco, feo, viejo
Y te arrugas día por día.

Que no te vengan más callos
Á hacerte perder la cuenta,
Ni al médico á dar más renta,
Ni á originarte desmayos
Aun sin calor ni tormenta.

Que delante de una dama
Nunca tropieze tu pie,
No sea que halle el por qué
Entonces tu boca brama
Bien mal de su grado á fe.

Y aunque es muy larga la lista
De tus amigos, Vicente,
Que este año un otro la aumente,
Pero sea un quiropodista,
Que es útil clase de gente.

Que no tengas que seguir,
Cuando sudes gota á gota,
Ninguna dama de nota,
Con la que debas reír
Aunque te ajuste la bota.

Y no porque á mí me aterre,
Que te aterre á vos espero,
El deseo con que quiero
Que el médico más bien hierre
Que no te hierre el botero.

Que no te dé Barrabás
De modo que en él acabes
Por ya no ser de esas aves
Que no hacen nido jamás
Como tú muy bien lo sabes.

Pues eres tú, como yo,
Lo mismo que el renegrido,
Que nunca fabrica nido,
Porque siempre se temió
Ser en el suyo cogido.

Mas cuando el asiduo tordo
Suspende el suyo al ombú,
Entonces él, bu que bu,
Pone el huevo y se hace el sordo,
Lo mismo que lo haces tú.

Así es que asiento no tiene
Ni necesita anidar,
Pues sólo piensa en pasar
En donde más le conviene,
Como tú y yo sin hogar.

Cosas todas que ahora sé,
Porque he sido y soy un bobo,
Desde que á tamaño lobo
Como eres vos, observé
Vivir á expensas del robo.

Quiera el cielo que te trate
Tan bien el amor este año,
Que como en tiempos de antaño,
Ninguna mujer te cate
De puro zorro y uraño.

Y en toda parte á que vayas
Te acompañe la fortuna,
Siempre de fiesta y de tuna,
Y hagas un millar de rayas,
Que fuera poco hacer una.

Cuando veles hasta el día
En la reja de tu bella,
Tratando de amor con ella,
Que no despierte la tía
Aunque la abra una centella.

No te exija en todo este año
Promesas de amor mujer,
Y déjente á tu placer
Cambiar hoy de sastre y paño
Si te enfadan los de ayer.

Dios te libre que te halaguen
Como suelen con cohechos,
Para darte grandes pechos,
Que poco á poco te traguen
De tu ahorro los provechos.

Si tuvieras por azar
Que hacer á mujer promesa
Que huela á incienso y nobleza,
Que en el momento de hablar
La lengua se os ponga tiesa.

Que es lo contrario que á mí,
Que se me convierte en trapo,
Y aunque la estrujo y la atrapo,
Como nunca encuentro el sí
Por deslenguado me escapo.

Que es el único motivo
Que entre vos y entre mí encuentro
Para no quedar adentro,
Que tú sales por ser vivo,
Y yo salgo porque no entro.

De suerte que, tú por duro,
Lo mismo que yo por blando,
Vamos hasta ahora escapando
De hallarnos en un apuro,
Del que salgamos quedando.

Que fuera un extraño caso
Caber tan fatal destino,
No á mí, que soy un zorrino,
Sino á vos, que eres zorrazo,
Sobre machucho ladino.

Pues he llegado á pensar
Que á tal punto eres zorrón,
Que te has de poner jabón
Para mejor resbalar
Cuando aprieta el apretón.

Pero en torno de la luz
Tan confiado has de volar,
Que tiempo no me has de dar
Para decirte ¡Jesús!
Antes de verte abrasar.

Por que manos tales hay,
Y por experiencia te hablo
Para lanzar un venablo,
Que cuando tú digas, ¡ay!
No te salva Dios ni el diablo.

Y has de caer como un pichón
Si te pasa tal petardo,
Cargando, pues, con el fardo,
Por no hacerte disección
Para sacarte tú el dardo.

Que eso es bueno para mí,
Que aunque me duela es cosa hecha,
Saco por la misma brecha
Por medio del bisturí,
Desde donde esté, la flecha.

Pero es preciso para esto
No tenerse compasión,
Y á fuerza de arre y tesón
Inmolarse, por supuesto,
Pero sacarse el arpón.

Y esto ha de ser todavía
Mientras la herida esté fresca,
Que tal vez ya no lo pesca
Ninguna pescadería,
Después que el hierro enmohezca.

Y tener temple de acero,
Y un coraje sin segundo,
Para extinguir por el mundo
Amor que arde lisonjero
Ya del alma en lo profundo.

Y es tan bárbaro el partido,
Que á pesar de mi valor,
Casi me inspira terror,
Aunque hoy mismo me suicido
Por suicidar un amor.

Pero esto lo podré hacer
Yo que tengo la fiereza
De decirme con dureza :
¿Manda que no ame el deber?
Pues no hay más, el amor cesa.

Sin cuidarme, por supuesto,
De lo que pueda costar;
El objeto es olvidar
Y una vez tal fin propuesto,
Ó morir ó desamar.

Mas es preciso tener
La crueldad y el heroísmo
De hacerse guerra á sí mismo,
Si es que se ha de posponer
El amor al egoísmo.

Y aunque hasta ahora me contemplo
Feliz por este camino,
No me envidies, no, mi sino,
Toma en mis males ejemplo,
Y no hagas tal desatino.

Mas ya no sé donde estoy,
Ni en donde mi asunto dejo.
¿Quién me mete á un zorro viejo
Á estar dando como doy
Sobre el cómo amar consejo?

Le pasan cosas á uno,
Que no las pensó ni en sueño;
Verbi gracia, este mi empeño
De dar lecciones á un tuno
Tan docto en lo que le enseño.

¡Cómo te habrás á tu antojo
De mi vanidad reído,
Al verme tan presumido
Que para enseñarte escojo
Lo que tienes más sabido!

Pero es que uno se distrae
Cuando escribe, escribe, esbribe
Cuanta necedad concibe,
Y en mil desaciertos cae,
Que sólo al concluír percibe.

Pues aunque uno no lo quiera,
De su designio se aparta,
Y ensarta, ensarta y ensarta
Tontera sobre tontera,
Como veslo en esta carta;

Que ya es preciso dejar
Sin concluír, porque no sea
Que se lea, lea y lea,
Sin poder jamás llegar
Al cabo que se desea.

Y como este un asunto es
En que muy atrás me dejas,
Por serte estas tretas viejas,
Me temo que empieces, pues,
Por arrugarme las cejas;

Y que á poco más durar
Mi largura ya insufrible,
Es, Vicente, muy creíble,
Que te dé por acabar
Poniendo una cara horrible.

Así por no airar tu bilis
Es que dejo trunco el tema,
Que ya es mi pachorra extrema,
Y no soy ninguna Filis
Para que sufras mi flema.

Lo que es un recurso inmenso
Para todo el mal poeta
Á quien el aprieto aprieta,
Dejar el punto en suspenso
Valiéndose de esta treta.

Que es, Vicente, sin rodeos,
El mismo caso en que me hallo,
Por lo que sentencio y fallo
Á callar los mil deseos
Que debo callar y callo.

Todos los cuales en uno
Por fin los comprendo, y es,
Que en todo este año desees
Para dejar de ser tuno
El esperar á después.

Y te pete ó no te pete,
Sin firma, lugar ni fecha,
Te remito la cosecha
Del año cuarenta y siete,
Y doy la carta por hecha.

Buenos-Aires, enero 1.º de 1848.

SEGUNDA PARTE

DELIRIOS DEL CORAZÓN

LEYENDA ROMÁNTICA

(Fantasía)

DEDICATORIA

Sr. D. Vicente Gil.

Mi querido amigo :

Cualquiera persona á quien tenga usted obligada, como á mí, con su galantería y generosidad, tendrá medios que no tengo yo, de corresponder como debe á sus atenciones; porque esa persona regalará una mirada de ternura, una palabra de miel, si es una hermosa; un banquete, si es un afortunado; un favor si es un poderoso, &a; pero yo, que no soy ni hermosa, ni acauda-

lado, ni poderoso, sino un pobre y pobrísimo diablo, ¿qué regalaré? Claro está que una futilidad, una centena de renglones desiguales, y nada más; pero reglaré, es decir, manifestaré á mi modo y de la manera que puedo, que agradezco las distinciones con que usted me favorece.

Ahí van, pues, estos pliegos, pequeña ofrenda por cierto, pero la sincera que á su buena amistad ofrece la de —

Su &a. &a. &a.

CLAUDIO M. CUENCA.

Buenos-Aires, agosto 1.º *de* 1847.

EL CORAZÓN[1]

¿Que corazón es el mío
Oh Dios que riges los mundos
Con la ley de tu albedrío?

ECHEVERRÍA.

Fortuna, destino, Dios,
Oscura, inconstante suerte
Que no alcanza á comprenderte
Ni en la vida ni en la muerte
La mísera humanidad:
Ser excelso y soberano,
Ángel, espíritu, arcano
Que contienes en tu mano
La insondable Eternidad.

(1) Los DELIRIOS DEL CORAZÓN, compuestos de tres partes que parece han sido escritas en épocas diferentes con los títulos de — *El corazón* — *La mente y el corazón* — *Epílogo* — forman un todo perfecto, están sujetos á una síntesis rigurosa en la concepción y ejecución, y constituyen una preciosa leyenda, un verdadero *poema* que el autor denomina humildemente *fantasías*.

Tú que del polvo, del humo,
Formaste mundos sin cuento;
Misterio, deidad, portento,
Que ofuscas mi pensamiento
Y abismas mi corazón :
Que hiciste de una mirada
Levantarse consumada
Del vano caos de la nada
La estupenda creación.

Á quien llaman reverentes
Las criaturas terrenales,
Los seres angelicales
Y espíritus infernales
Su piadoso eterno Dios :
Yo, ceniza, reptil, hombre,
Que no acierto á darme nombre,
Sin que mi nada me asombre
Levanto hacia ti mi voz.

Tú, Señor, que allá sentado
Sobre los cielos fecundos
Miras los soles y mundos
En los abismos profundos
Revolver bajo tus pies :

Inclina la excelsa frente
Desde tu trono esplendente
Y acoge la voz de un ente
Que no sabe ni aun lo que es.

Tú que pudistes demonio,
Ángel, espíritu hacerme,
Y me has hecho un ser inerme
Que no alcanzo á conocerme
Ni comprendo lo que soy :
Polvo, lodo, insecto inmundo
Que tú arrojastes al mundo
Donde me arrastro y confundo
Sin saber á donde voy.

Es preciso por lo menos,
Ya que misterio me hiciste
Cuando hacerme ángel pudiste,
Que la nada que me diste
Te deba algo, eterno Dios.
Así es que yo, vil gusano
Que no sé de donde emano,
Á ti excelso y soberano
Levanto, Señor, mi voz.

Y pues encerrar te plugo
En frágil pecho mortal
Tremendo, loco, fatal,
El monstruo horrible, infernal,
De mi ardiente corazón :
No le niegues la primera,
La sola, la postrimera
Merced que implora y espera
Mi frenética ambición.

Yo no te pido, Señor,
Yo no te pido riquezas,
Ni renombre, ni proezas,
Ni magníficas grandezas,
Ni que me hagas inmortal;
Ni que esté sujeto al mío
Del indómito y bravío
Fuerte bruto el poderío,
Ni el imperio terrenal.

Yo no te pido, Señor,
Ni fecunda fantasía,
Ni abstrusa ciencia sombría,
Ni talento, ni poesía,
Ni coronas de virtud :

Ni que el mundo me engrandezca
Me venere y obedezca,
Ni que el tiempo no envejezca
Mi lozana juventud.

Pues que todo tú le puedes
Y de todo eres Criador,
Yo te pido bien mayor
Como la prueba mejor
De tu infinito poder :
Yo te pido ardiente y vivo,
Grande, volcánico, altivo,
Como lo quiero y concibo,
El amor de una mujer.

Sí, Señor, de una mujer
Pero mujer como yo,
De aquellas á quienes dió
La mano que las formó
El corazón para amar :
Mujer para mí nacida,
Sola para mí venida
Al desierto de la vida
Donde la debo encontrar.

Misterioso, incomprensible,
Fugaz, transitorio ser,
Ángel, prodigio, mujer
Como se ha solido ver
Aunque pocas veces ya :
Mujer que ama y muere luego,
Cuyo fatídico y ciego
Espíritu, alma de fuego,
Pintado en su frente está.

Mujer que cual soy me quiera,
Melancólico, ignorado,
Feo, pobre, desairado
Y cruelmente condenado
Á maldecir y llorar :
Hombre oscuro, peregrino,
Que va andando en el camino
De la vida sin destino
Ni vestigio que dejar.

Sí, Señor, de una mujer;
Mas de una mujer tremenda,
Heroica, audaz, estupenda,
Que el espíritu comprenda
De su amorosa misión;

Mujer como yo furiosa,
Frenética, *espirituosa*,
Grande, loca, portentosa,
Más que mujer ilusión.

Mujer como yo capaz
De apreciar todo el fervor
La intensidad y el furor
Con que mi alma del amor
Se abandona al frenesí:
Que no piense ni imagine,
Discurra ni raciocine
Para amar; que se destine
Ciegamente para mí.

Íntima, cruel, prodigiosa,
Cuyo demente heroísmo
Me cause espanto á mí mismo,
Capaz de echarse á un abismo
Si yo me sepulto en él;
Que me maldiga y me llore,
Que me aborrezca y me adore,
Que me asesine y devore
Si soy á su amor infiel.

Mujer para quien yo sea
El ángel de su ventura,
Su destino, su locura,
Su vida, su sepultura,
Su Lucifer y su Dios;
Hombre, misterio, fantasma
Que la deleita y la pasma,
La estremece y la entusiasma
Y va de su sombra en pos.

Yo no pido en la mujer
Que arrebate el alma mía
Ni vetusta jerarquía,
Ni precoz sabiduría,
Ni aun belleza y juventud :
Pero una alma sí tan fiera
Y que á extremo tal me quiera
Que al universo prefiera,
Si es conmigo, el ataúd.

No pretendo que me dé
Cosa alguna que no deba,
Ni de amor ninguna prueba
Tremebunda, rara, nueva,
Romántica y funeral;

Pero sí para probarme
Que respira por amarme,
Que me dé si puede darme
Por mi amor, amor igual.

Vívida, ardiente, rabiosa
Llama voraz del averno,
Maldición, suplicio, infierno,
Venganza del Dios eterno
Es para mi alma el amor :
Y así, maldición, venganza,
Suplicio que fin no alcanza
Y amor que el infierno lanza
Quiero el suyo aterrador.

Fiebre ardiente, inextinguible,
Que su existencia envenene,
La devore, la enagene
Y á quererme la condene
Y á llorarme y maldecir :
No sea su amor distinto
Del voraz que quiero y pinto,
Fatal y bárbaro instinto
Que esté obligada á seguir.

Amor á mi amor igual,
Audaz, monstruoso, sin juicio,
Para quien no haya suplicio,
Abismo ni precipicio
Que lo pueda contener;
Placer que la desvanezca,
Deleite que la enceguezca,
La entusiasme y enloquezca
Sin enfriarse ni ceder.

Amor vívido, insaciable,
Amor como el amor mío,
No el amor cobarde, frío,
Maldito, hipócrita, impío,
Que miente el mundo falaz;
Sino inmenso amor de vate
Que la embriague, la arrebate,
Que la consuma y la mate
Con un incendio voraz.

Ventura de otra ilusión
Que en sueños de amor arrulla,
En la alma de fuego suya
Nunca jamás sustituya
La que en mis labios bebió;

Y su mente entusiasmada
Con mi amor toda ocupada
No encuentre en la tierra nada
Tan precioso como yo.

Memoria de mis amores,
Brillante y eterna llama
Que en su corazón derrama
Delicias del hombre que ama,
Perpetua en su mente esté;
Y en su delirante anhelo
Entre el bello azul del cielo
Y entre las flores del suelo
Se imagine que me ve.

Velado de hermosa nube
Que viva luz centellea,
El ángel de amor yo sea
Que en la dulce embriaguez vea
De sus sueños de ilusión;
Y á la clara faz del día
La parezca todavía
Que de su alma y fantasía
Delirios de amor no son.

Chispa eléctrica del genio
Que mundos y cielos dore
Y fuego y deleites llore,
Encuentre la que me adore
Manar de mi verso vil;
Y en cada página mía
Beba sedienta á porfía
Con la miel de mi poesía
Veneno de amor sutil.

Línea mágica que rasga
De altos misterios el velo
Y en osado y loco vuelo
De la inmensidad del cielo
Busca atrevida el confín :
Se imagine que mi verso
Como el sol brillante y terso,
Descubre del universo
Las maravillas sin fin.

Blando deleite inefable
Mi tierno canto la inspire,
Cuando ternura suspire
Y á embriagar el alma aspire
Con su néctar celestial :

Y una lágrima amorosa
Como aljófar en la rosa
Surque amable y deliciosa
Su mejilla virginal.

Entre el aura embalsamada,
Que exhalen otros amores,
Eche de menos las flores
Que mis labios seductores
Saben sólo deshojar;
Y en el ala misteriosa
De su pena vagorosa
Vuele su alma silenciosa
Mis supiros á encontrar.

Menos bella la parezca
Con toda su pompa vana
La risa de la mañana
Que la divinal que mana
Mi labio de pura miel;
Y sus ojos centellantes,
Insaciables y anhelantes,
Á beberla por instantes
Vengan sedientos en él.

Flor marchita sin fragancia
De su tallo desprendida,
En la fiesta más lucida
Mustios sus ojos sin vida
Si no me encuentran estén;
Y un pesar oculto y vago,
Para su delicia aciago,
Vierta veneno en su alhago
Y en su corazón desdén.

Relámpago pasajero
Que sus afectos excite,
Oiga mi nombre y se agite,
Y se estremezca y palpite
De contento y de pesar;
Y con un suspiro ardiente
Que la traicione inclemente,
De sus labios juntamente
Vuele abrasado á la par.

Seducción de otros amores
Que extraviado alguno sueñe,
Fiera, altiva la desdeñe,
Y en lanzarla cruel se empeñe
Su anatema y maldición;

Y en perpetuo desvarío
Yerto esté, solo y vacío,
Si no late junto al mío
Su insaciable corazón.

Realiza, Señor, los sueños
De mi mente enardecida,
Y en la copa de mi vida
Vierte veneno en seguida
Y acerbo llanto infeliz :
Que pobre, huérfano, oscuro,
Si encuentro lo que procuro,
Por tu grandeza te juro
Ser el hombre más feliz.

Realízeme tu clemencia
Los delirios de mi sueño,
Y hazme un solo instante dueño
Del dulce amor alhagüeño
Que suele en mi alma reír;
Y en humo sutil convierte
Los halagos de la suerte
Que acaso pueda deberte
Mi remoto porvenir.

Y en perpetua noche oscura
Cámbiese la luz del día,
Y en veneno la ambrosía
Que derrama la poesía
En mis horas de dolor;
Ni mi mente como suele
Por ideales mundos vuele
Ni comprenda ni revele
Los secretos del Criador.

Desvanézcanse de mi alma
Las sublimes concepciones,
Las poéticas creaciones
Y las gratas ilusiones
De mis mundos de oropel;
Ni haya aromas en las flores,
Ni sonrisa en los amores,
Ni matices, ni colores
Á que dé alma mi pincel.

Todo cuanto yo te debo
Quítame, si te parece,
Que te doy sin que me pese
Cuanto tengo y ennoblece
Los misterios de mi ser;

Y aun renuncio las mercedes
Que piadoso hacerme puedes,
Si por todo bien me cedes
El amor de una mujer

—

En una de aquellas horas
En que el corazón desea
Materializar la idea
De aquella mujer que crea
Nuestra mente para amar,
Á un joven de alma voltaria,
Poética y visionaria,
De hinojos esta plegaria
Oyósele pronunciar.

LA MENTE Y EL CORAZÓN

¡Ah, malditos treinta años,
Funesta edad de amargos desengaños!
ESPRONCEDA.

I

HOY

¿Qué designio inescrutable
Se habrá propuesto la mano
Que en mi trama deleznable
Sepultó el siniestro arcano
De mi espíritu infernal;
Y entre red de fina gasa
Sujetó con este brío
Que le anima y despedaza,
Este corazón bravío,
Incomprensible y brutal?

¿Qué designio? — ¡Dios lo sabe!
Mas yo siento en mi organismo
Que un infierno entero cabe
Con los genios de su abismo,
Sus congojas y su afán;

Y que el mundo y su grandeza,
La ambición de eterna fama
Y el volcán de mi cabeza,
Sin romper la frágil trama
De mi pecho, ardiendo están.

De mi vida impulso ciego
¿Qué es el genio, la poesía,
Y este vórtice de fuego,
Y esta ardiente fantasía,
Que no puedo sujetar?
Y este amor que no se sacia,
Y esta luz que de él chispea,
Y esta cosa que me extasia,
Y este cráter, y esta idea,
Y este eterno batallar?

Estambre de blanda cera
Mi fibra sutil y floja,
¿Cómo encadena esta fiera?
¿Cómo soporta y aloja
La mente y el corazón?

¿Cómo resiste la malla
De mi organismo en la hora
En que la mente batalla
Y el corazón se devora?
¡Profundos misterios son!

Sin embargo ella resiste
Como la caña al pampero
Cuando furioso la embiste
Con todo el poder entero
De su airada potestad;
Sin ¿qué designio ha tenido
La mano de Dios? yo sepa,
Cuando en mi seno ha infundido
Sin que en su recinto quepa
Esta bárbara ansiedad.

Hallar la luz no me incumbe
De arcano que no comprendo
Por más que cede y sucumbe
Mi cuerpo bajo el tremendo
Batallar de mi razón:

Ni sé yo quien le conforta
Ciertos ratos tremebundos
En que á su pesar soporta
Como el peso de dos mundos
Los de mi alma y corazón.

¿Cuál es el docto eminente,
Cuál el filósofo, el sabio,
Que de la carne y la mente
Ose explicar con su labio
La alianza que Dios formó?
Y si de sondar desmaya
Misterio que es tan profundo
Y absorta y confusa calla
Toda la ciencia del mundo,
¿Qué extraño es que calle yo?

Así es, pues, que lloro y canto,
Que raciocino y deliro:
De mi propio ser me espanto,
Me compadezco y admiro
Cuando me digo *¿qué soy?*

Frágil arcilla que encierra
Un infierno junto á un cielo,
¿Qué soy yo sobre la tierra?
¿Cómo me encuentro en el suelo?
¿De do vine? ¿Adónde voy?

Negra nube arrebatada
Por el caos de un torbellino,
¿Qué soy yo? — Misterio, nada,
Ser que marcha sin destino
Ni secreto que explorar:
Hoja seca que del llano
Fuerte pampero arrebata,
Sutil, despreciable grano
De las arenas que el Plata
Sepulta en el hondo mar.

¿De qué me sirve este aliento
Si mi propia fuerza abate,
Ni este corazón sediento
Que contra sí solo late
Furiosamente voraz?

¡De suplicio y anatema!
Pues mi vida está royendo
Maldito y siniestro lema
Que continuo está diciendo
Que de nada soy capaz.

Yo que he visto mi alma un día
Tender sus alas ligeras,
Y aspirar en su osadía
De las nocturnas esferas
Á sondar la inmensidad;
Y del tiempo y de la suerte,
Del espíritu invisible,
De la vida y de la muerte
Pensar lo que es imposible,
Aclarar la obscuridad.

Yo que vi en el mundo aerio
De mis ensueños floridos,
Obedecer al imperio
De mis fogosos sentidos
Cuanto el caos oculta en sí;

De aquel cielo de oropeles
Y aquel mundo iluminado
¿Qué me queda? ¿qué laureles,
Qué victorias he alcanzado,
Ni qué estrella descubrí?

Cuando de otros que del Plata
Como yo el licor bebieron
Medio mundo el nombre acata
Porque noble asunto dieron
Sus talentos al buril;
Yo el perdido tiempo lloro
Y á par suya mis creaciones,
Mis hermosos sueños de oro,
Las quimeras y visiones
De mi arrobo juvenil.

Aunque el vivo amor en que ardo
Ya se ve en mi faz marchita,
¿Quién me espera cuando tardo?
¿Quién por mí su sueño agita?
¿Ni quién llora si no voy?

¿Qué simpática mirada
Compensó la ardiente mía?
¿Ni que voz apasionada
Me ofreció la melodía
Del amor que ansiando estoy?

¿Qué recuerdo me consuela
De venturas que no tuve?
¿Qué suspiro hacia mí vuela
Cuando el ¡ay! de mi alma sube
Tras de amor que no gozó?
Sólo escucho macilento,
Por los muros repetido,
El triste eco de mi acento
Que me dice en el oído...
¡Todos gozan menos yo!

¿Qué página hermosa y nueva
De mi cabeza ha surgido?
¿Qué pensamiento me eleva
Á la altura en que ha podido
Mi cobarde pie pisar?

¿Por qué me arrastro en el lodo
Cuando otros alzan el vuelo
Y no levanto de modo
Mi soberbia frente al cielo
Que la mire en él tocar?

¿Quién contuvo el canto tierno
De mi espíritu abrasado
Pronto á darme el lauro eterno
Con que un tiempo hube soñado
Coronar mi altiva sien?
¿Por qué el verso heroico y grande
Pereció en mi labio mismo,
Y mi genio no se expande
Ni desborda el hondo abismo
Que mis ojos siempre ven?

¿Quién?... ¡Silencio! es un misterio
Que debe existir oculto,
Quien empaña el fuego aerio
De una estrella que sepulto
Tras de lóbrego cendal;

Fantasma siniestra, horrenda,
Quizá de Dios un castigo
Que me arrastra por la senda
Que contra el impulso sigo
De mi bello instinto ideal.

Si mi alma pudiera al menos
Tender una vez sus alas,
Y de sentimiento llenos
De propias y hermosas galas
Sus acentos exhalar :
Tal vez que beber pudiera
La luz en su misma fuente
Sin que el rayo la ofendiera
Ni la brillantez ardiente
De aquel fulgoroso mar.

Si pudiera cuando mucho
Tomar de mis sueños de oro
Las dulces voces que escucho
Por un invisible coro
Ternísimas repetir ;

Ó el eco infernal de trueno
De aquel terrífico canto
Con que de congojas lleno,
De pesadumbre y espanto,
Las horas de no sentir.

No mostrara como muestro
La frialdad de que hago alarde
Ni del febril voraz estro
Que en mi espíritu siempre arde
Caraciera mi laúd;
Ni pasaran como aristas
Que de noche lleva el viento,
Sin ser de los ojos vistas,
Las horas de arrobamiento
De mi briosa juventud.

Lira estéril, ilusoria,
Ya es preciso que te guarde,
Sin la palma de la gloria
Que para alcanzar ya es tarde,
Sin el fuego que apagué :

Pues cambió mi desventura
La fulgente luz de mi astro
En la hedionda lava oscura
De este fango en que me arrastro
Sin más nombre que José.

———

Esto dijo, y en el seno
De sus males abismado
Quedó un joven que vió ameno
Y de luces esmaltado
De su aurora el arrebol;
Y ahora ve que en la mudanza
De su vida se anublaron,
Que burlóle la esperanza
Y que mustios se apagaron
Los destellos de su sol.

Alma firme que prescinde
Ya cansada de la lucha,
Mas que al hado no se rinde
Porque mística aun escucha
Que le alienta cierta voz;

Y en la larga lid cruenta
Que mantuvo con su suerte,
Si del campo al fin se ausenta
No venera al brazo fuerte
Que estrangúlale feroz.

Arbusto indefenso y tierno
Que de sus galas despoja
La nieve de crudo invierno
Que le quita hoja por hoja
Y una á una flor por flor :
De aquella alma heroica y noble
El vaivén de la fortuna,
Como el huracán al roble,
Ha quitado una por una
Las verduras del amor.

Así es que en el fondo vese
De su semblante abatido
Que aquel corazón padece
De infortunios que ha sufrido
El mal que le agobia aún;

Y en el giro de su boca
Que convulsa se comprime
Bien se ve que algo sofoca
Que devora y que reprime
Con esfuerzo no común,

Buscó al fin en un suspiro
Que voló por la techumbre
De su lóbrego retiro,
Para su honda pesadumbre
Algún rápido solaz;
Y como hombre sin ventura
Que perdió sus días lozanos,
Ocultó con amargura
En la palma de ambas manos
La vergüenza de su faz.

II

MAÑANA

Inquietos, vivos y rojos,
Brillaron ardientes luego
Como dos sierpes, sus ojos,
Que fúlgidas lanza el fuego
De súbita tempestad :
Y á su mejilla empañada,
Melancólica y sombría,
Subió como llamarada
Fulminante de alegría
La luz de la idealidad.

Su cabeza electrizada
Se alzó al firmamento erguida
Quizá tras visión alada
Que en el aire aparecida
Por ante su faz cruzó;

Porque su ojo penetrante
Con vívido y grato anhelo
Giró largo tiempo errante
Como en pos del largo vuelo
De algún genio que pasó.

Su vista no se saciaba
De mirar lo que veía
Y en su frente se pintaba
Del deleite que sentía
La inefable realidad;
Y sus labios que poco antes
Exhalaron mil sollozos,
Respiraban anhelantes,
Convulsivos y gozosos :
¡ Porvenir... Felicidad !...

En aquella faz pajiza
No hay facción que no se exalte;
Antes turbia, ahora rojiza,
Brilla tersa como esmalte
Su ya no marchita tez,

Pues no guarda de hondas penas
Huella alguna que la quiebre;
Laten túrgidas sus venas
Y en su seno arde la fiebre
De una plácida embriaguez.

Mira, y duda si risueña
Verdad es lo que allí mira,
Ó si sólo duerme y sueña,
Y en quimeras mil delira
Su alma ansiosa de placer;
Mas él ve, por más que duda
Si lo mira ó la imagina,
Que de flores mil que anuda
Bella corona divina
Le viene un genio á ofrecer.

Nada existe que le estorbe
Contemplar la visión maga
Que su vida entera absorbe
Y en un vértigo la embriaga
De deleite celestial:

Pues de cuanto la rodea
Sólo por ella percibe,
Aunque allá como en idea,
La conciencia de que vive
Sobre el mundo terrenal.

Aunque en ver error no cabe
Lo que así tan real se mira,
Sin embargo aun él no sabe
Si es verdad ó si es mentira
La existencia de aquel ser :
Mas su espíritu no iluso
Material forma veía
Y aun fluctuaba, en sí confuso,
Si podía ó no podía
En sus mismos ojos creer.

Sobre el pecho entrecruzadas
Ambas manos se convulsan
Cuyas venas azuladas
Con inquieto salto pulsan
Cual las de hombre en frenesí;

Y al fijar por vez postrera
Su pupila fulgurina
En la sombra lisonjera,
Como un genio que adivina
Prorrumpió fuera de sí : —

Aun no es tarde : de la nada
Se forman las tempestades
Que en su furia improvisada
Destrozan de mil edades
Las obras que el mundo alzó;
Y en el pedestal egregio
Que sostuvo estatua ecuestre
Se alza en vez del busto regio
Otro humilde que demuestre
Que la hora de aquél pasó.

Aun no es tarde : de una chispa
Se forma una inmensa hoguera
Cuyas crüeles llamas crispa
Sobre una comarca entera
Cubierta de monte y mies :

Y aunque desolada y triste
Dejóla la ardiente llama,
Con otras flores se viste,
Otra verdura, otra grama,
De la quemazón después.

Aun no es tarde : que el gusano
Que entre el sucio fango posa
Se transforma en un verano
En pintada mariposa
Con alas de gasa y tul,
Cuyo origen vil se olvida
Cuando esparce entre las flores
Á la par que gracia y vida
De su espalda los colores
Que pavona el aire azul.

Aun no es tarde : la tormenta
Que al cubrir el Plata entero
Su fealdad siniestra ostenta,
Se disipa de un pampero
Al primer impulso audaz;

Y la fiera se convierte
Con el tiempo y la constancia
De terrífica en inerte,
Y concluye en arrogancia
La impotencia del rapaz.

Aun no es tarde : del Océano
Por Colón surgió este mundo,
Y á Pompeya y Herculano
Sepultó el betún inmundo
Que produjo una erupción;
Y las cumbres de los Andes
Bajo el pie se estremecieron
De aquel grupo de hombres grandes
Que sus nieves derritieron
Con el fuego del cañón.

Yo también, un descendiente
De los gigantes de Mayo,
Que ahora recibo en la frente
De aquella vislumbre un rayo
Que ilumina el porvenir :

Rasgando el opaco velo
Que envuelve á la muchedumbre,
Hoy pienso de un solo vuelo
Como algunos á la cumbre
De la eternidad subir.

Ya comprendo, ángel divino,
Que me asistes en la empresa
De luchar con el destino
Que de detener no cesa
Los avances de mi pie :
Ya que en alto fijas tiene
Sus miradas el deseo
De que en todo el mundo suene
La victoria que preveo
Conseguir grandiosa á fe.

Pues no es tarde : que aun del brío
Que fué un tiempo de valía,
Y ahora mismo no está frío,
Daré impulso á la osadía
Como nunca recién hoy;

Porque siento no sé que ansia
De aborbar una proeza
Que desee desde mi infancia,
Y se abrasa mi cabeza;
Tengo arrojo y joven soy.

Aun conservo ardor bastante
De aquel noble que antes tuve,
Para alzar mi voz tonante
Hasta donde nunca sube
Ni el altísimo *Chajá;*
Y à pesar de la honda sima
Que mi marcha dificulta,
He de poner por encima
De la muchedumbre estulta
Mi preclaro nombre allá.

Quiero montes y bajíos,
Altas cumbres resbalosas,
Tempestades, hondos ríos,
Maldiciones, grandes cosas,
Escollos dignos de mí;

Alguna hazaña estupenda
Por ningún mortal ideada
Que alcanzar sin luz ni senda;
Quiero por fin, todo ó nada,
Si no ha de ser grande así.

Se ha de oír que al fin compite
Con el mismo trueno el eco
De mi acento, que repite
El azul espacio hueco
De la gélida región: —
Cuando el genio que le mueve
La sujeta brida afloje,
Y que justo, como debe,
Contra el crimen vil arroje
Su tremenda maldición.

Se ha de oír de pecho amante
Que el suspiro tierno vibra
Melodioso, agonizante,
Cuando toque yo la fibra
Del amor con languidez;

Mientras bebe su alma ciega
De deleite, la ambrosía
Que á su ansioso labio llega,
Entre amable melodía
Mas meliflua cada vez.

Se ha de ver brillar sublime
La pupila del guerrero,
Cuando en verso heroico rime
Los prodigios que el acero
De los libres operó :
Monumentos peregrinos
Que he de alzar á la memoria
De mil héroes argentinos
Cuyos nombres en la historia
Para siempre pondré yo.

Se han de oír grandes verdades
Hasta entonces no sabidas
Por claras capacidades
Y páginas que escondidas
Tiene del tiempo el capuz;

Y ocultas leyes, misterios,
Fenómenos tenebrosos,
Cuentos risibles y serios,
Verídicos, fabulosos,
Que habré de sacar á luz.

Se han de ver como un prodigio
Descubrirse mil arcanos
Que no han dado hasta hoy vestigio
De existir sobre los llanos
Donde sólo hierbas hay :
Y mostrarse maravillas
Que sepultan entre sauces
Ha cien siglos las orillas,
Las arenas y los cauces
Del Paraná y Uruguay.

Se ha de ver cruzar el Plata,
Trasmontar el Chimborazo
Y franquearse mi voz grata
Hasta el viejo mundo paso
Por el ancho mar glacial;

Y arrancar sin mucha pena
Con el fuego y la poesía
De que está desde ahora llena
Mi exaltada fantasía,
Un aplauso general.

Se ha de ver que las de Arolas,
Larra, Príncipe, Espronceda,
No son, no, las famas solas
Que eclipsar la luz no pueda
Del progreso ideal sin fin;
Por que alzar desde ahora puedo
Sobre todas la alta mía
Más allá que las de Olmedo,
De Zorrilla, Echeverría,
Byron, Hugo, y Lamartín.

Lancen ahora los volcanes
Humo y agua, fuego y lava,
Combatan los huracanes
Y como que el mundo acaba
Sepulte á la tierra el mar :

Que yo entre el común asombro,
Como el serafín perverso,
Templaré sobre el escombro
Del dislocado Universo,
Mi lira para cantar.

Trastornen el cielo y tierra
Sus movimientos y leyes;
Háganse sangrienta guerra
De los déspotas y reyes
El rencor y la ambición;
Y de Josafá en el valle
La voz del ángel asombre,
El temblor final estalle,
Ciegue el sol, se aterre el hombre,
Y acábese la creación : —

Que yo pintaré el tronido
Y el caos del último día,
Y del justo y del perdido
La ventura y la agonía
Que deben seguir en pos;

Pintaré con sus colores
El tumulto y la discordia
De los pobres pecadores,
Pidiendo misericordia
Para sus almas á Dios.

Pintaré la expresión mustia,
Infernal, abominable,
De aquella rabiosa angustia
Con ninguna comparable
Del que pierda el cielo en Él;
Y la risa tenebrosa
Del universo, maldita,
Siniestra, fría, espantosa
Con que á la turba precita
Recibe en su antro Luzbel.

Pintaré faces tranquilas
Llenas de gozo y confianza,
Inquietas, rojas pupilas
Clavadas en la balanza
Que pese la eternidad :

Y el amor con que recoja
Al hombre la virgen madre,
Que á su protección se acoja;
La voz del eterno padre
Y el fin de la humanidad.

Pintaré cuanto posible
Pintar el talento pueda
De amable, de atroz, de horrible
Y algo más, si es que algo queda
Del universo además;
Y cuando del mundo acabe
Del cielo y del negro abismo
De ver lo que nadie sabe,
He de decir de mí mismo
Cosas no dichas jamás.

Hombres, edades, pasiones,
Desiertos, mares, imperios,
Vida, muerte, corazones :
Ocultad vuestros misterios
Porque á revelarlos voy;

Ciencias, crímenes, virtudes,
Secretos que el mundo ignora,
Alma, conciencia, ataúdes :
Cerrad vuestro seno ahora
Que yo quien lo explora soy.

Valles, colinas, praderas,
Formad en vuestras entrañas
Y perfumad, primaveras,
Garridas flores extrañas
Que no haya en ningún edén,
Y acudid, vírgenes bellas,
Que ya el canto mi alma entona,
Á tejer pronto con ellas
La inmarcesible corona
Que debe adornar mi sien.

Al arrobo y eretismo
De aquel cuerpo y aquella alma
Que cegaba el fanatismo,
Se siguió rápida calma
Que quizá vértigo fué;

Porque al caer súbitamente
Y de angustia como en muestra
La cabeza deficiente
Sobre el dorso de la diestra,
Murmuró : ¡POBRE JOSÉ!

III

LUEGO

Espíritu incomprensible,
De quien no alcanzo el misterio,
Que en forma de angel aerio
Me sigues en derredor;
¿Quien eres? delirio, arcano...
No más que ilusión risueña,
Que el alma ve cuando sueña
Bellas quimeras de amor.

Sombra, genio, acaso vana
Creación de mi fantasía
Pero que real á fe mía
Siguiendo mis pasos vas :
Eres un sueño dorado,
La vehemencia de un deseo,
Eres un ángel que veo
Sin comprenderlo jamás.

En torno de mí volando
Siempre estás en raudo giro ;
Te encuentro do quiera miro,
Más y más angelical :
Quimera, visión, fantasma,
Cualquiera cosa que seas
Yo veo en ti las ideas
Que me inspira un ser mortal,

Forma hermosa del instinto
De amar y de ser amado,
Eres el sueño dorado
De la primera ilusión;
Aquel sueño que da formas
Á nuestras mismas pasiones,
Realidad á las visiones
Y afectos del corazón.

Eres la forma inefable,
Del ser que la mente idea
Cuando en forma se recreas
Para amar un serafín;
La luz de aquel loco anhelo
Que en pos de un amor se lanza,
Eres la grata esperanza
De amar una hermosa al fin.

Consuelo con que el vacío
Del pecho el hombre rebosa
Que en imaginar se goza
El bien que buscando va,
Mientras halla en el sendero
De su vida la quimera
Que después hallar espera,
Hoy, mañana, luego, ya.

Partido en sutiles hebras
Que el aura al besar emula,
El negro cabello ondula
Del místico etéreo ser :
Cuando á veces me imagino
Ver tendidos al desgaire
Entre las ondas del aire
Los rizos de una mujer.

Grato deliquio derraman
En mi alma, dulces y flojos,
Lánguidamente sus ojos
Con su plácido mirar :
Cuando de ternura llenos,
De sentimiento y bochorno,
Los bellos ojos adorno
De la que habráme de amar.

Como nube trasparente
Que con la luz juguetea,
Su albísimo tul flamea
Por entre el vapor sutil:
Si la hermosa me imagino
Que á mis amores se preste
Meciendo la blanca veste
Desde su talle gentil.

Bajando tímida al suelo
Teñida la faz de rojo,
De puro amor y sonrojo
Quita los ojos de mí:
Cuando pienso ver un día
Luchar trémula y medrosa
Con su vergüenza la hermosa
Que dé á mis ruegos el sí.

Sobre las alas del aura
Se apoya, resbala y mueve
Flexible, gracioso y leve
Su alígero pie fugaz:
Si pienso mirar la planta
Que apenas las flores pisa
Y rápida se desliza
Por sobre el tripe á compás.

Dulcísimo acento mi alma
De su hálito blando aspira,
Cuando al trinar de mi lira
Mezclados mis ayes van;
Y mientras sus blancas alas
Mi ardiente cabeza velan,
Suavísimos versos vuelan
De mis labios sin afán.

Si quiero flores, el aire
La forma mágica asume
Y el vaporoso perfume
De matizado jardín;
Y si fiestas y alegrías
Y algazara resonante,
De mis ojos por delante
Me exhibe loco festín.

Si quiero versos, me canta,
Si reposo, me da sueño,
Si amor, el más alhagüeño,
Si mujer, una beldad:
Conmigo llora, si lloro,
Si velo, conmigo vela,
Si viajo á mi lado vuela
Como custodia deidad.

Del campo sobre las flores
Que matizan la verdura,
Del monte entre la espesura,
Del Plata sobre el cristal :
En todas partes la veo,
Cual de noche sola estrella
Luciente, fúlgida, bella,
Como una visión ideal.

Del ancho salón suntuoso
Que suave perfume exhala,
Entre la pompa y la gala,
La ternura y el desdén;
Lindísima, espirituosa
Y oscureciendo á las bellas,
Como el sol á las estrellas,
Está mi visión también.

Si de hombres y siglos, quiere,
Que orlaron su sien de gloria,
Saber la remota historia
Que, niño, contar oí :
En un bello cosmorama
Me muestra del tiempo el fondo,
Y estudio, comparo y sondo
Hombres y siglos allí. —

Á su voz se entreabre el cielo,
La tierra se trasparenta,
El tártaro se presenta,
Sus abismos abre el mar;
Y en el caos de la conciencia,
Y en el tiempo venidero,
Y en el universo entero
Puede mi alma penetrar.

Portentosa luz viviente
Superior á cuanto crea
El delirio en que se idea
Poder tanto como Dios:
¿Quién anima tus colores?
¿Quién da formas á tu nada?
Ángel, genio, espíritu, hada,
¿Cómo existes? ¿Quién sois vos?

¿Acaso mi ángel custodio?
¡Necio de mí!... ¡fantasía,
Locuras que el alma mía
Durante su fiebre ve;
Visiones que en el espacio
Forma el vértigo alhagüeño

De aquel delicioso sueño
Que llena al hombre de fe!

—

Corazón que cree y que duda,
Alma que alcanza y oscila,
Mente que sabe y vacila,
Ojo que mira y no ve;
Fusión de verdad y engaño,
De creencia y pirronismo,
Es la imagen de un abismo
La existencia de José.

Salida á veces del pecho,
Del aire á veces formada,
Entre real y entre soñada
¿Escuchado quién no habrá
Mística voz sin sonido,
Que no sabe de do viene,
Que por ilusión se tiene
Siendo efectiva quizá?

Ángel, genio, estrella, numen,
Y á veces fuerza sin nombre,
Tiene una entidad todo hombre
De inteligencia precoz;
Que es la luz de su existencia
Y el oráculo de su alma
De quien en la interna calma
Suele percibir la voz.

Tal uno armónico escucha
Con sus miras un acento,
Que ingenuo llama portento,
Y es la voz de su ambición;
Tal otro, lucientes rayos
Ve partir de luz sagrada,
Y que de su fe exaltada
Meteoros fúlgidos son.

Alguno el mandato cumple
Que le dan místicas voces,
Que son las ansias feroces
De su sanguinaria sed;
Y cuando de noche aterran
Su conciencia los delitos,
Oye gemidos y gritos
Salidos de la pared.

Otro marcha por la huella
Que fulgente luz clarea,
Y es la antorcha que se idea
Su insensata vanidad;
Otro llora y se lamenta
De que le ata fuerza aeria,
Y es la fuerza la miseria
De su propia nulidad.

Uno sigue amiga mano
Que le guía y acaricia,
Y esa mano es su avaricia
Su egoísmo sórdido es;
Otro á un genio que es el ocio,
Otro al ciego amor sin juicio,
Otro al crimen, otro al vicio,
Y los más al interés.

Otros... ¡Basta! Todos siguen
Lo que tienen por su sino,
Que es en vez de un ser divino
Su misma organización;
Destino, fortuna, suerte,
¿Qué son? Vaciedades, nombres;
Los hados son de los hombres
La mente y el corazón.

Sin duda que como todos
Los hombres de inteligencia,
De un alma en la efervescencia
Éste ve grata visión;
La misma que escarnecemos
Los que no tenemos ratos,
Ni deliquios, ni arrebatos
De bella alucinación.

Nosotros los que pensamos
Que aleja de Dios al hombre
Una inmensidad sin nombre
Colocada entre los dos;
Cuando hay horas inefables
De inspiración y locura,
En que la humana criatura
Se acerca al trono de Dios.

Horas llenas, indecibles,
Que cada una un siglo vale
Y en que del cuerpo se sale
El principio animador;
Horas, sí, que es imposible
Que Dios mismo no fecunde,
Porque en ellas se confunde
Con la criatura el criador.

Horas... ¡Basta! las del genio,
Que él no más sabe sentirlas
Y que no hemos de vivirlas
Los de espíritu vulgar;
Banquete espléndido y sacro
Al que asistir no podemos
Los profanos que no habemos
En la frente un luminar.

¿Quién puede ver lo que miran
Los ojos de agena mente?
¿Quién predecir lo que siente
El pecho que mudo está?
¿Qué ha visto de raro este hombre?
Luces, fantasmas, figuras,
Espíritus... ¡Conjeturas!
Mas, cosa grande es, quizá.

Como rayo esplendoroso
Que al bajar las nubes dora,
Cruzó de luz alguna hora
Por la vida de José:
Y como al trastorno sigue
Del torbellino, la calma,
La efervescencia de su alma
De quietud seguida fué.

IV

SIEMPRE

Dichoso los hombres son
Que tuvieron la fortuna
De recibir en la cuna
Un alma y un corazón
Capaces de inspiración,
De luz, de sublimidad,
De fuego y de idealidad :
Astros bellos aunque raros
Que van mostrando cual faros
El puerto á la humanidad.

Atalayas que caminan
Allá, como en descubierta,
Por esa zona desierta
De secretos que examinan
Y tinieblas que iluminan ;

Cuyo genio penetrante
Camina siempre adelante
De todo el género humano,
Á quien llevan de la mano
Como el ayo al tierno infante.

¿ Tendrán acaso algo más
Que no tenemos nosotros ?
¿ Por qué hemos de andar los otros
Mal que nos pese, detrás,
Delante de ellos jamás ?
Merced á impulso divino,
Genios son que hacen camino
Tan á prisa como van
Las nubes que un huracán
Arrastra en su torbellino.

Masa eléctrica, viviente,
Cuyo mecanismo interno
Es la imagen de un infierno
Que lanza cual rayo ardiente
Sobre la creación la mente,

Que aunque al organismo unida
Mal puede tener cabida
En la cárcel de su pecho
Cuando acaso la es estrecho
Hasta el campo de la vida.

Masa eléctrica, viviente,
Sin tipo, modelo ó norma,
Que tiene de hombre la forma
Y de serafín la mente;
Mixtión rara y sorprendente
De polvo y de luz aeria,
De espíritu y de materia,
En cuyo seno los dos
Se confunden, hombre y Dios,
Heroicidad y miseria.

Masa eléctrica, viviente,
Que mueven místicos muelles,
Confusas, secretas leyes;
Mística alma inteligente,
Asombrosa, omnipotente,

Cuyo aliento inagotable,
Sólo al de Dios comparable,
Está en su taller interno
En un movimiento eterno
De actividad perdurable.

Dichoso el hombre de fuego
Y sentimiento exquisito
Cuyo espíritu infinito
Voló al cielo desde luego
Que sintió el impulso ciego
Que le llama á esa región
De luz y divinación,
Donde tienen su dosel
Todos los hombres como él
De idealidad y pasión.

Ser que vas sobre la tierra
Enhiesto, arrogante el cuello
Y en su forma impreso el sello,
Que de hombre el emblema encierra,
Pero que de interna guerra

De intenso y hondo vivir
No se acierta á distinguir
Profunda huella en tu calma
¿ En la tuya como en mi alma,
Se siente un volcán hervir ?

¿ Por qué en tu frente pulida
La honda señal no se advierte
De aquel suplicio de muerte
De aquella ansia indefinida,
Que es el manjar de mi vida ?
¿ Ó acaso, más cauto, vas
Dejando siempre detrás
Días tranquilos, serenos ;
Ó tienes algo de menos,
Ó yo tengo algo de más ?

¿ Sientes tú, cual siento yo,
Hervir dentro un no sé qué
Que bien distinguirle sé,
Mas saber su esencia no ?
Tal vez ángel que infundió

Ó algún demonio, entre mí,
Este extraño frenesí,
Este infierno y este cielo,
Este volcán y este hielo
Que están batallando aquí.

Cuando velan la cabeza
Silencio y oscuridad,
¿ Quién no sabe que es verdad,
Que si una existencia cesa
Otra bellísima empieza ?
No son del sol ni del día
Propias la luz y alegría ;
Pues tiene la oscuridad
En su sombra claridad
Y en su silencio armonía.

Hay almas que siempre velan
Aunque al parecer dormitan,
Cuyas pasiones se agitan
Y en tumulto se rebelan
Contra el reposo que anhelan :

Y que ya cuando las doma
El sueño que siempre asoma
Ven de su prisma al través
Que en la sombra hay brillantez
Y en el silencio un idioma.

Cuando solo en noche umbría
Sobre el lecho se reposa,
¿ Quién en formar no se goza
Algún fantasma que ría
En su inquieta fantasía ?
Que aunque muchos, sin razón,
Lo miran como ilusión,
Hay otros de ardiente numen
Para los que vida asumen
Y algo más que ensueños son.

Cuando mi mente tranquila
Hallar objetos no piensa,
Entre la tiniebla densa
Que la oscuridad apila,
Sobre mi quieta pupila

Viva, veloz, inconstante,
Viene, estáse, gira errante,
Aquí en círculo, allá en cruz,
Mágica sierpe de luz
Que dura rápido instante.

Bello es ver como aparece,
Sin que sepa yo de dónde,
Como se muestra y esconde,
Agoniza, nace, crece,
Sube, baja, desparece,
Y en la oscuridad, distinta
Como fulgorosa cinta,
Forma místicas figuras
De mil raras cataduras
Que en la opaca sombra pinta.

Ya es luz que lenta se extiende,
Ya veloz, fúlgida chispa,
Ya rayo azul que se crispa,
Ya relámpago que enciende
Las negras nubes que hiende ;

Y cual mágico portento
Que asombra mi pensamiento,
Se multiplica y reparte,
Que en mil y en ninguna parte
Está en el mismo momento.

Si entonces al pecho asalta
La idea que me electriza,
Mi mente se volcaniza,
Mi fiebre eterna se exalta,
Y la oscuridad se esmalta
Del iris con los colores
Y transparentes vapores,
No sé de donde salidos;
Y trinan en mis oídos
Jilgueros y ruiseñores.

Entonces del aire vago
En el ámbito sombrío
Ostento mi poderío :
Y como espíritu mago
Divinos prodigios hago

Y extraños portentos veo,
En qué me extasio y recreo,
Como en su delirio el loco,
Y aunque su evidencia toco
Su evidencia apenas creo.

Llamo y vienen á mi acento
Demonios y serafines;
Miro y veo los confines
Del lejano firmamento,
Y reúno en mi aposento,
Como en un fiel cosmorama
En que el tiempo se derrama,
De todos los siglos juntos,
Los vivos y los difuntos
Á quienes mi labio llama.

Patanes y trovadores,
Batallas y galanteos,
Procesiones y torneos,
Juglares y emperadores,
Con sus tiempos y colores,

Si un acento de mi boca
De la nada los evoca,
Llegan vivos en tropel
Á hacer ante mí el papel
Que en mi mundo ideal les toca.

Vence Alejandro en Arbela,
Milciades en Maratón,
Y en pos de Aníbal, Scipión
De Roma á Cártago vuela;
Allí en Lepanto debela
Don Juan el de Austria al Bajá,
Taric á Rodrigo, acá;
Y en el remoto confín
Cortez á Guatimosín;
En Otumba, más allá.

Aquí sonda el mar Colón,
Las estrellas Tolomeo,
La circulación Arveo,
El pensamiento Platón
Y los derechos Zenón:

Allí á Hipócrates y á Horacio,
Á Cicerón y á Bocacio,
Á Justiniano, á Virgilio,
Á Homero, Plinio y á Ovidio
De contemplar no me sacio.

Ya el Etna su cima ostenta,
Ya el Chimborazo é Himalaya,
Ya el Vesuvio el fuego ėstalla
Del volcán en que se asienta;
Ya el Cotopaxi revienta,
Ya Sahara tiende su arena,
Ó ya del Niágara atruena
La estupenda catarata;
Aquí se enfurece el Plata,
Allí está Merín serena.

Unas veces repentinos
De entre los aires serenos
Melifluos, raros, amenos,
Oigo de acentos divinos
Los sentidísimos trinos,

Y al compás de su armonía
Llenas de estro y melodía
Bellas canciones y endechas
Por algún espíritu hechas
Suspira la lengua mía.

Otras el ronco alarido
De algún tumulto violento,
Y otras del nocturno viento
El monótono silbido
Chillante, agudo y seguido;
Ya trompetas y clarines,
Ya el aullido de mastines
Ya repiques, ya voceos,
Y ya incesantes gorjeos
De alondras y colorines.

Del silencio en el sosiego
Ya escucho la cantinela
Del fino amante que vela,
Ya una risa, ya un reniego;
Ya la demanda de un ciego,

Ya un piropo, ya un pregón,
Un gloria, una maldición,
Una batalla, un entierro,
Una orquesta y un cencerro,
Una orgia y un sermón.

Grande cosa es ver y oír
En su estancia sola, oscura,
Cuanto el alma se figura
Pueda ó no pueda existir;
Grande cosa es ver surgir
Cuando en silencio profundo
Mis vivos sentidos hundo,
Como místico portento,
De la sombra un firmamento
Y de la quietud un mundo.

Por entre sutil cortina
De filiplateada grana,
De perfumada mañana
La incierta luz diamantina
Pisando flores camina;

Y allá entre el albo espumaje
Bordado de oro y encaje,
De su gala haciendo alarde,
Va recogiendo la tarde
Su magnífico ropaje.

Cruza rápido la sombra,
De blanca luz como un riego,
El fatuo, pálido fuego,
Que porque su mente asombra
Maligno el vulgo le nombra;
Y cruzan precitos entes,
Y brujas y penitentes,
Murciélagos y lechuzas,
Y entre las sombras confusas
Brillan luces fosforentes.

Cruzan valles y colinas,
Arroyuelos y cascadas
Y jardines y enramadas
Torcaces y golondrinas;
Y las auras matutinas

Mecen ledas y amorosas
Sobre los lirios y rosas,
Del pintoresco verjel,
Los aljófares de miel
Que beben las mariposas.

Un cristiano reta á un moro,
Y una bruja al diablo llama;
Un galán canta á su dama,
Y un judío cuenta su oro;
Reza un fraile, charla un loro,
Ladra un perro, canta un gallo,
Piensa un docto, duerme un payo,
Y después del chichisbeo
De un celoso galanteo,
Finge una dama un desmayo.

Nubes, soles, sombras, viejas,
Gemidos, danzas, festines,
Demonios y serafines,
Jueces, reos, horcas, rejas,
Anécdotas y consejas,

Riqueza y mendicidad,
Suplicios é impunidad
Ofrecen al alma mía
El silencio en su armonía
La luz en su oscuridad.

Mas siempre plácida y bella,
Siempre gentil y agraciada,
Hay una imagen dorada
Que sobre todas descuella,
Como entre otras grande estrella
Que anonada en derredor
Todo brillo su esplendor;
Siempre etérea y luminosa,
Perfumada y vaporosa,
Y es la imagen de mi amor.

Allí está la hermosa, allí,
Con abandono y donaire
Flameando su velo al aire,
Menos cuidosa de sí
Que de contemplarme á mí;

Allí está pura y divina
Como el alba cristalina,
Y en su frente un amor veo
Cual lo anhela mi deseo,
Cual mi mente lo imagina.

Allí está su amable risa
Más graciosa que la aurora,
Allí su voz seductora
Que el corazón electriza;
Allí tímida, indecisa,
La mirada incierta vaga
Con que mi existencia embriaga;
Allí está flexible y suelta
Su linda cintura esbelta,
Allí está por fin la maga.

Allí juega movedizo
Sobre el albísimo seno
Alto, palpitante y lleno,
El abandonado rizo
Que el aura al besar deshizo;

Allí, sensibles y flojos,
Están sus lánguidos ojos :
Allí está su frente ideal,
Su modestia angelical
Y sus tímidos sonrojos.

Allí en lid con el rubor
Su corazón loco y ciego
Está respirando fuego,
Allí están su almo candor
Y su ternísimo amor. —
Y allí en el espacio nace
Cuanto se me antoja y place :
Porque es á veces mi mente
Como Dios omnipotente
Que de la nada un mundo hace.

Grande cosa es para el triste
Corazón que algo desea,
Poseer aunque en idea
Lo que real en él existe ;
Grande cosa es ver que inviste

Vida y luz la nada quieta :
Grande cosa es que sujeta
La ventura á mi alma esté,
Y por fin, dijo José,
¡ Grande cosa es ser poeta !

V

YA

En vano mis ojos los ojos buscaron
De aquellas visiones de luz que esmaltaron
Las noches febriles que amores soñé;
En vano mis ojos, chispeando poesía,
Mostraron el fuego que en mi alma encendía
La grata hermosura que acaso encontré;

Pues siempre impasibles, serenas, tranquilas.
Jamás en las mías sus bellas pupilas
Bebieron sedientas la fúlgida luz;
Pues nunca mis ojos, locuaces, prolijos,
Y siempre en los suyos inmóviles, fijos,
Formaron con ellos simpática cruz.

¡Ah! ¡cuántas quimeras de amor y ventura
Doraron en mi alma de tierna hermosura
Los ojos que acaso cayeron en mí!

¡Y en cuántas miradas, frenético y ciego,
De gozo embriagado vivísimo el fuego
Por otro prendido, yo necio bebí!

¡Yo, sí, como nadie, la hiel he apurado
De ver con ajenos del ángel amado
Los ojos divinos jurándose amor!
¡Yo, sí, que pudiera pintar al martirio,
La muerte pausada, la angustia, el delirio,
Que abrasan el pecho do brama el rencor!

¡Yo, sí, que he apurado cuanto hay de precito
Y horrible en la pena y el odio maldito
Que acosan la vida que amor no endulzó!
¡Yo, sí, que he tenido la bárbara suerte
De ver de una en otra la irónica muerte
Que á todas mis dichas Satán preparó!

Ambigua memoria maldita y querida,
Odiosa y amable, de muerte y de vida,
Que endulzas y amargas mi angustia y solaz:
¿Por qué no te puedo borrar de mi mente
Y mal que me pesa te tengo presente
En todas mis horas de muerte y de paz?

Los hondos recuerdos de vida pasada
¿Qué son? desengaños: si hermosos, son nada;
Son flores que pierden temprano su olor;
Si amargos, la marca que deja una herida,
Parásito insecto que en la alma se anida
Nutriéndose á expensas del mismo dolor.

¡Más bien que no hubiera gozado el instante
Fugaz de ilusiones, de amor delirante,
Y eléctrico arrobo que ansié con afán!
¡Mas bien que no hubiera probado mi labio
La gota de néctar!... lo dijo ya un sabio
Que en pos de las risas las lágrimas van.

¡También yo he gozado! también tuve un día
De amor; uno solo; sobrado sería
Si hubiera aquel ángel tenídome amor!
¡Si hubiera... locuras! un ente sin nombre,
Un ser sin modelos, un ángel, yo un hombre...
Disculpa mi mente su extraño rigor.

De mayo una noche serena y helada
Mis ojos seguían la danza animada
Que á impulsos giraba del rítmico son,

¡Qué cuadro es hermoso de vida y poesía
El baile, la moda, la luz, la armonía,
Y el aura fragante de un regio salón!

Todo es allí etéreo, fantástico, mago;
Todo es entusiasmo, pasiones, halago,
La música, el canto, la danza, el placer.
¡Oh! ¡cuánto fascina la ambárica sala
Do cruje vibrátil el traje de gala
Que ondula en el talle de esbelta mujer!

¡Oh! ¡cuál la fragancia suavísima iguala
Que en ondas la veste balsámica exhala
Que cruza volando la atmósfera azul!
Y ¡oh! ¡cuántas fantasmas lindísimas crea,
Jugando en el aire do vuela y flamea,
La leve mantilla de albísimo tul!

¡Oh! ¡cómo allí loca la mente divaga,
Y en dulce deleite y ensueño se embriaga
Perdido entre el ruido del grato tropel!
Y ¡oh! ¡cuánto prestigio la gracia allí asume
Del lujo, las flores, la luz y el perfume,
Que fórmanla en torno brillante dosel!

¡Bello es que la vista devore anhelosa
La gracia hechicera de hermosa en hermosa,
Como ave que el néctar absorbe en la flor!
¡Bello es que encontrados de alguna los ojos
De pronto iluminen modestos sonrojos
Las castas mejillas que adorna el pudor!

¡Bello es que un aliento se mezcle á otro aliento,
Y un labio del otro que aspire en el viento
La risa inefable que supo exprimir;
Que un alma de la otra se abrase en la llama,
Y el pecho inocente del ángel que se ama
Que bajo la mano se sienta latir!

Bello es que á un halago de amor atrevido
Se advierta de un seno marmóreo el latido
Que el tul trasparente mal puede ocultar;
Y que un imprevisto suspiro que vuele
La mal disfrazada zozobra revele
Que el púdico labio se empeña en negar.

Bello es que cual nube de nieve que vuela,
Se expanda en el aire la albísima tela,
Que ondula en el talle que oprime el corsé;

Y allá en sus revueltas y alígeras ondas,
Que se halle entre espumas de encajes y blondas
La forma elegante de un mórbido pie.

Bello es que tras una beldad otra pase,
Y absorta la vista los grupos abrace,
Que cruzan festivos danzando en redor;
Bello es que la esbelta cintura circule
Ternísimo el brazo, y el labio module
Palabras que escucha temblando el pudor.

¡Bello es el bullicio, la risa, la broma,
Las flores que exhalan balsámico aroma,
Y aquel del espacio fragante vapor!
¡Bello es el tumulto, la paz, la alegría,
Las luces que ciegan los ojos del día,
Y el todo que inspira poético amor!

Bello es aquel vago deleite inefable,
Que el alma sedienta respira incansable
De aquella invisible y etérea beldad:
Bello es aquel todo falaz, vaporoso,
Bello es, como el sueño de un niño dichoso
Que créese en los brazos de maga deidad.

Fantástico cielo, cuya aura embellece
Aún la árida vida de aquel que obedece
Al crudo designio de un hado feroz;
¿Quién es el que al menos por ti no se olvida
Que arrastra en el cieno su mísera vida
Cediendo al mandato de mística voz?

¿Quién es el que triste sin luz ni camino,
Doblado so el peso de oscuro destino
Dirige entre sombras su mísero pie,
Que luego que aspira tu mágica brisa
No sueñe que en lo hondo del tiempo divisa
La luz de una aurora que plácida ve?

¿Quién es el que en tu aura no busca el olvido
Del tiempo en que acerbo su llanto ha bebido,
Y afanes, y angustias, y muerte con él?
Merced á tu bello, risueño semblante,
Se olvida, á lo menos brevísimo instante,
Que el mar de la vida sumerge el bajel.

¡Oh! ¡cuántos pesares que á solas se lloran
De aquellos que el alma del hombre devoran
Y oculta cuidoso risueño antifaz,

Permiten que al cabo la vida se expanda
De aquel que á tu estrado concurre en demanda
De una hora risueña de olvido y solaz!

¿Quién hay que en tu cielo no vió alguna estrella
Vibrar en su aurora la luz que destella
La chispa primera que lanza el amor?
¿Quién hay que no os deba recuerdos risueños,
Sonrisas, amores, dorados ensueños,
Y arrobos febriles de grato estupor?

También á tu magia la debo las horas
De fiebre y locura, de amor, seductoras,
Que en mi alma dejaron eterna impresión:
Manjar de mis noches de dicha y de duelo
En que amo y detesto, que duermo y que velo,
Que pido venganza y otorgo perdón. —

Allí entre tu mago vapor oloroso,
Allí entre tus risas, tu gala, tu gozo,
Allí entre tus luces, tu amor, tu embriaguez;
Allí seductores, simpáticos, flojos,
Hallé con asombro los mágicos ojos
De un ángel, el mismo que sueño tal vez.

Volando á mi frente sentí desde luego
Subir llamaradas de súbito fuego,
Arder mi cabeza, mi sangre abrasar:
Y raudas centellas de luz, fulgurinas,
Eléctricas, vivas, lanzar mis retinas,
Y de ambas mejillas las chispas brotar.

Sentí, como trueno que hubiera en mi oído
De pronto estallado su horrendo estampido,
De todo el infierno las furias rugir;
Y en un arrebato de fiebre y demencia,
Partirse mi cráneo, fluctuar mi existencia,
Y el cuerpo convulso temblar y crujir.

Sentí que mis sienes vibrantes pulsaban,
Que el aire, las fuerzas, la luz me faltaban,
Que ardia en mi sangre fugaz frenesí;
Sentí como un cráter mi mente que hervía
Radiante de fuego, de luz, de poesía,
Y mundos, infiernos y cielos en mí.

Sentí... que imagine si puede algún hombre
De infiernos y cielos un caos que le asombre,
Y apenas la imagen será del que vi.

Sentí... ni yo sélo: ni puede mi labio,
Que no es ni con mucho filósofo y sabio
Decir los prodigios que entonces sentí.

La música, el canto, la fiesta seguían,
Y siempre los grupos bailaban, reían
Y siempre el contento reinaba do quier;
Las flores lanzaban lo mismo su aroma,
Lo mismo seguían la danza y la broma.
Lo mismo el asombro llenaba mi ser.

Después de un momento también yo danzaba,
Los rápidos pasos mi afán redoblaba,
Movía algún genio mi alígero pie;
Mi vida radiante de anhelo y de gozo
Al tiempo acusaba de tardo y moroso:
Confuso ante el ángel hermoso llegué.

Mis ojos buscaron sus ojos, no en vano,
Mi aliento su aliento, mi mano su mano;
Mi brazo su brazo de nieve rodeó:
Sus castas mejillas entonces rojearon,
Entonces sus nervios crispados vibraron
Y entonces su pecho de amor palpitó.

Palabras entonces mi labio manaba
Que un genio al oído, de miel, me dictaba,
De asombro, de gozo, de fuego, de amor :
Y entonces mi loco febril desvarío
Sentí que á su pecho pasaba del mío
Y en él mi entusiasmo, mi mismo furor.

Sus venas hervían, quemaba su aliento;
Su faz que buscaba frescor en el viento
Ardía en el fuego del mutuo volcán;
Comunes nos eran el mismo martirio,
El gozo, el anhelo, la fiebre, el delirio;
Común la zozobra, común el afán.

Opuestas pasiones en su alma luchaban,
Inciertos sus ojos errantes giraban
Pidiendo á los cielos auxilio quizá;
Su espíritu en vano tenerse quería,
La voz de sus labios absortos huía
Y el aire y las fuerzas faltábanle ya.

Como alma que idea, brilló con luz rara
Cual nunca inefable la frente de Sara
Que al suelo modesta después se inclinó :

Y trémulo entonces su acento expirante
Me dijo : *¡ Te quiero!...* Veloz, fulminante,
Un vértigo hermoso mi vida eclipsó.

Techumbres, cabezas, tapices rodaron;
Las teas su claro fulgor apagaron,
Debajo mis plantas la tierra osciló:
Y de albas coronas de fuego esplendente,
De estrellas y chispas de luz fosforente
De pronto aquel cielo falaz se pobló.

La música, el canto, la danza cesaron,
La fiesta, el tumulto, las risas callaron
Y todo tranquilo quedó en rededor;
Mi espíritu en sólo su dicha embebido
Del mundo, del cielo, de todo abstraído,
No vió más que á Sara, su dicha, su amor.

Amor tremebundo, sin forma, sin nombre,
Amor como nunca lo tuvo algún hombre,
Sin fin, sin modelos, sin leyes, sin par,
Juréla en sus manos : el solo, el eterno,
Volcánico, horrible, que anhela el infierno
De mi ansia insaciable y horrenda de amar.

Acéptolo, dijo: los cielos se abrieron,
Su gloria, sus genios á mí descendieron
Y un siglo al oírlo de encantos viví:
Y el rostro de Sara, de Sara ya no era,
Sino el de la maga, del ser, la hechicera,
Que está en todas partes en frente de mí.

¡Oh Dios! ¡qué deleites!... en la aura ambrosía,
Perfume en la nada, y en todo armonía,
Sonrisas, hechizos y glorias gocé:
Ventura, placeres, deliquio halagüeño,
Aun dudo si fuisteis un vértigo, un sueño,
Ó si era yo entonces el mismo José.

¡Oh! sí, verdad era: la hermosa allí estaba,
La no conocida beldad que adoraba,
Por cuyo sendero marchaba yo en pos:
Era ella, la misma, la sombra, la Dea,
La misma que amaba mi mente en idea,
El ángel, la maga, la imagen de Dios.

Al fin la quimera que en sueños veía,
Mortal y terrestre la forma asumía,
La gracia y acento de aquel serafín;

Y el único, el solo, y el íntimo anhelo
De todas mis ansias, el sueño, el desvelo
De mi honda existencia, sacióse por fin.

La noche plegaba su negro ropage,
La aurora entre nubes de nácar y encaje
Su frente de záfir y perlas mostró;
Y un hombre radiante de extraña alegría
De aquel paraíso salió con el día
Absorto en su dicha, y *¡ese hombre era yo!*

VI

ENTONCES

Cuando el alma su memoria
De su íntimo amor no aparta
Y sus abismos se harta
De contemplar y medir;
En la expansión generosa
Que agranda nuestra existencia,
¿Quién no escuchó en apariencia
Á una vaga voz decir:

Es la vida — del que no ama
Una llama — sin fulgor,
Y la vida — del que adora
Una aurora — de esplendor.

Bebo aromas que en los aires
Algún genio distribuye;
Armónica el aura bulle
Sobre mi abrasada sien:

Y sobre el tapiz fiorido
Del llano espacioso y vago,
Platea el cristal de un lago,
Sonríe el fragante edén :

Que es la vida — un cosmorama
Si nos ama — una mujer,
Donde mira — nuestro anhelo
Tierra y cielo — florecer.

Mi mente febril y loca
Á quien el deleite expande,
No siendo espinoso y grande
Mira el placer con desdén;
Y dichosa se contempla
Si entre el bien y el mal oscila,
Si se estremece y vacila
De la fortuna al vaivén.

Porque pienso — que es la vida
Desabrida — sin pasión;
Sin zozobras, — sin dolores,
Sin amores — ni ambición.

Cuando pienso que hay un ángel
Que el destino me depara,
Y que ese ángel es mi Sara,
Siento mi cerebro hervir;
Y la creación sonríe,
Empavónase y florece,
Y la aurora me amanece
De un dichoso porvenir.

Porque en suma — de la vida
La querida — es como el sol,
Que las almas — entristece
Si oscurece — su arrebol.

¡Oh! ¡mil veces y mil otras
Venturoso aquél, que si ama,
Tiene nombre, gloria, fama,
Y laureles que ofrecer!
¡Y que no haya puesto el cielo
De mi espíritu en la esfera,
Algo heroico que pudiera
Mi ambición acometer!

Porque al cabo — ¿ qué es el hombre
Cuyo nombre — no sonó;
Ni una línea — de la historia
Su memoria — eternizó? —

Pláceme mirar que pinta
El cristal de mis amores,
La creación con los colores
De su mágico pincel;
Y en la nada del espacio,
Pláceme mirar que crea
De mi amor la hermosa idea
Paraísos de oropel.

Y ¡ ay! ¡ de aquél — cuitado y triste
Que no asiste — á ideal festín;
Y no puede — enloquecerse,
Ni volverse — serafín!

Una aurora nacarada
Es mi existencia futura;
Tenebrosa noche oscura
La que acabo de pasar;

Allá todo es risa y gloria,
Todo allá placeres mana,
Que abrillanta y engalana
Mi naciente luminar.

Y ¡ay! del pobre — que no alcanza
Lontananza — á distinguir,
Cuando es nada — lo presente
Sin un riente — porvenir.

Cuando escucho que inefables
En las auras, en la nada,
Los acentos de mi amada
Júranme fidelidad;
Mira el mundo con enfado
De mi gozo el poderío,
Y la vida con desvío,
Y la muerte con frialdad.

Y ¡ay! del pobre — que no bebe
Fuego y nieve — sin temblar;
Y no expone — sus contentos
Á los vientos — del azar.

Cuando el bien se ha conseguido
Que la eterna dicha labra,
¿Qué supone que se entreabra
Un abismo bajo el pie?
Pues la vida es carga odiosa
Para quien mal la soporta,
Y la muerte poco importa
Para quien dichoso fué.

Y ¡ay! del que — cuitado y triste
Sobreexiste — al bien ó al mal,
Que ha dejado — eternamente
En su mente — una señal.

Imagen de aquellos ojos
Que en mi memoria devoro,
De aquellos ojos que adoro,
Ven, luminosa, á hermosear,
Las memorias esmaltadas
De aquel embriagante día
Que hierve en mi fantasía
Como las olas de un mar.

Porque un sol — es la hermosura
De tan pura — claridad,
Que hasta el cielo — nos encumbra
Cuando alumbra — su beldad.

Hora, oh tú, la que de Sara
Viví ¡oh Dios! en la presencia,
Vales toda una existencia
Tumultuosa de fragor;
Y ¡oh! ¡cuál ávidos devoran
Mis voraces pensamientos,
Insaciables y sedientos,
Tu recuerdo encantador!

Porque un páramo — es la vida
Que no anida — inquieto afán;
Y un jardín, — la que se anima
Y sublima — en un volcán.

¡Cómo se goza mi mente
Cuando sus alas desata,
Y de la Pampa y del Plata
Recorre la inmensidad;

Y de ellos absorta no halla
En el abismo insondable,
Nada igual, ni aun comparable,
De su amor á la entidad.

Porque mi alma — se dilata
Más que el Plata — en su ilusión,
Y en los fines — de la Pampa,
Allí estampa — su impresión.

Sentimiento indefinible,
Grande y nimio, cruel y tierno,
Perecedero y eterno,
Cual idéntico no hay dos :
¿Con qué impenetrable y vasto
Designio, que en vano sondo,
De mi espíritu en el fondo
Te puso el dedo de Dios?

Porque tu eres — un infierno
Sempiterno, — horrible, cruel,
Del que apura — el cáliz lleno
De veneno, — acíbar, miel.

De tus ojos, bella Sara,
La vívida y grata idea
Es una luz que clarea
Del aire en la vaciedad;
Y ¡oh! ¡cómo al fulgor del astro,
Que su hermosura desprende,
Mi mente atrevida hiende
El caos de la eternidad!

Y es por ella —por quien me hago
Ángel, mago, — serafín;
Por quien surco — del abismo
De mí mismo — el mar sin fin.

Siempre viendo estoy en mi alma
Arder tu faz en sonrojos,
Sin atreverse tus ojos
Á mirarme de rubor;
Cuando más pura que el alba,
Más hermosa que la aurora,
Te pinta mi mente en la hora
En que escuchaste mi amor.

Porque tras — de lo que anhela,
Siempre vuela — el corazón;
Y á do quiera — que se vaya
Allí le halla — la ilusión.

Mundo, vida, dones vanos
Fuéranme sin este fuego
Á que con placer me entrego
Por mi bien y por mi mal;
Porque soy de aquellos locos
Que se labran precipicios,
Cuyos gustos son suplicios
En el orden general.

¡Y ¡ay! ¡de aquél — que en su cordura
Mi locura — despreció;
Y el deleite — del martirio
Por delirio — reputó!

Allá en tu fulgente cielo,
Como una estrella perdida,
Oh mente, de mi querida
Sólo la imagen me des;

Que el amor trae el origen
De su fin, consigo mismo,
Y el olvido es un abismo
Que el tedio le abre á los pies.

¡ Y ¡ ay ! de aquél — que en lo que sueña
Se desdeña — *gozo* haber,
Porque gusta — su miseria
La materia — en el placer!

Ríe ahora en tu alborozo,
Pensamiento iluminado,
Por las noches que has pasado
De tiniebla y soledad;
Que hasta el llanto que he vertido
Y en mi vida el odio encona,
El amor se lo perdona
De mi sino á la crueldad.

Porque es propio — de alma noble
Que no doble — la cerviz ;
Y de pecho — que se expande
Ser tan grande — cual feliz.

Suspensa entre dos afectos
Estás desde hoy, alma mía,
Si puede alma que no es fría
Estar suspensa entre dos;
Porque tu vaivén amante
Entre dos amores para,
Entre el de Dios y de Sara,
Entre el de Sara y de Dios.

Que es amor el solo, — el mismo
Egoísmo — el alma ve,
Del que vive — enamorado
Y es amado — cual José.

VII

DESPUÉS

Era una noche de estío :
La luna que llena estaba
En las gotas del rocío
La brillantez imitaba
Del topacio y del cristal.
Leda y tímida la brisa,
Que fresca humedad arroja,
De flor en flor se desliza,
En cuyos cálices moja
De sus alas el cendal.

Era un jardín que dormía
Mientras un hombre velaba,
Que noche á noche venía
Y noche á noche cantaba
Bajo del mismo balcón :

Siempre el mismo es el asunto
La hora, el sitio, el gozo y pena;
Siempre el mismo es el conjunto,
Sólo varía en la escena
Noche á noche la canción.

Todo está quieto y dormido
En aquella estancia sola;
Duerme el pájaro en el nido,
El perfume en la corola
Y en el capullo la flor;
Duerme la hierba en el suelo,
Duerme el álamo en la altura,
Y hasta el tranquilo arroyuelo
Que entre las flores murmura
Inspira grato sopor.

Esquivo se ve y sereno,
Allá entre la luz incierta,
De noble majestad lleno
Como guardián que está alerta
Un solitario cipré;

Y de cuando en cuando vese
Que su tenebrosa sombra
Pausadamente se mece
Sobre la fragante alfombra
Que circuye su alto pie.

Colúmpiase perezoso
Al soplo del viento leve
El follaje tembloroso
Que lentamente se mueve
De un sauce que en medio está;
Y viva, inquieta, inconstante,
La luciérnaga serpea,
Cuya luz blanca expirante
En la oscuridad clarea
Tan pronto aquí como allá.

Durmiendo están silenciosas
Sobre el cáliz de las flores
Las inermes mariposas,
Que tal vez en sus amores
Deben risueñas soñar;

Mientras aturde el oído
Sin que se sepa de donde,
De una chicharra el silbido
Que para cantar se esconde
Sin saber en que lugar.

Óyese sordo murmurio
Confuso, solemne, vago,
Como misterioso augurio
De algún accidente aciago
Que debiera suceder;
Y era acaso el solo viento
Que en la arboleda lejana
De noche imita el acento
De remota voz humana
Que no se puede entender.

Cuando más quietud reinaba
Se oyeron sonar las doce;
Y al hombre que allí aguardaba
Venir con cautela vióse
Allá entre la media luz;

Que no quiere ser notado
Ya se advierte en su mesura,
Pues viene bien disfrazado
Y de opaca tela oscura
Cubre su espalda un capuz.

De cuando en cuando salía
Su negro bulto á mostrarse,
De cuando en cuando volvía
Á perderse y á enseñarse,
Á detenerse y marchar;
Ya se ve por lo que mueve
La planta cuidosa y leda
Que previsor no se atreve
De una tupida alameda
La densa sombra á dejar.

Ya se le ve que atraviesa
Como un relámpago el claro,
Ya se encorva y endereza,
Ya busca abrigo y reparo
Como astuto cazador;

Cruza calles y glorietas,
Balaustradas y emparrados,
Pasa estatuas y macetas,
Abre puertas y enrejados
Sin el más leve rumor.

Del alto y blanqueado muro
Donde descansa su dueña
En lo más solo y oscuro
Hizo misteriosa seña
La guitarra que punteó;
Y como hombre venturoso
Que todo lo ha conseguido,
En su semblante radioso,
Sublime, etéreo, expandido,
Profundo placer mostró.

Algún amor romanesco
De esos íntimos, malditos,
Que en lenguaje pintoresco
Solemos hallar escritos,
Debe su vida agobiar;

Porque el trueno, el viento, el frío,
La lluvia del crudo invierno,
Ni el calor del seco estío
Hicieron el canto tierno
Con sus rigores cesar.

Algún amor de esos pocos
Incomprensibles, que aterran;
Amores horribles, locos,
Que completamente encierran
Toda la existencia en sí :
Porque ha de faltar primero
La sombra á la noche oscura,
Que de aquel hombre severo
La vigilante figura
No se halle á las doce allí.

De esos amores que suelen
Tenerse por fantasía
Porque para muchos huelen
Á romances y á poesía,
Á ficción y á idealidad ;

Y que son pasiones reales
Á que está el alma sujeta
De algunos hombres fatales
Que se ven como un cometa
De tiempo en tiempo es verdad.

De esos amores que muchos,
No digo tontos ni viejas,
Sino preciados de duchos,
Reputan como consejas
De fantástica creación;
Y que otros que han estudiado
La vida y muerte en sí mismos,
Sin sorpresa han encontrado
Su evidencia en los abismos
De su propio corazón.

De esos amores portentos,
Terremotos de la vida,
Á par que tiernos sangrientos,
Sin nombre, forma, medida,
Ni vallados, ni virtud;

Cuya febril existencia
Llena de terror al mundo,
Y acaban en su demencia
Por hundirse en lo profundo
De un prematuro ataúd.

De esos amores sin freno
Que son del cielo anatemas,
Para quienes nada hay bueno
Sino estas dichas supremas,
Su querida y su puñal;
Que al crimen siempre caminan,
Como el crimen al presidio,
Y por lo común terminan
Por buscar en el suicidio
Pronto remedio á su mal.

De esos amores sería
Cuya anhelación royente
Le da á la fisonomía
Esa expresión imponente
De profunda intimidad :

Porque en su ademán fogoso,
Su mirada ardiente, incisa,
Su cutis seco y rugoso
Y en su inquietud se divisa
Su devorante ansiedad.

Muchos días, si ha llorado,
Muchos también ha reído,
Y si ahora mucho ha gozado,
Antes mucho ha padecido
Según lo prueba su faz;
Porque allí se advierten huellas
De antigua melancolía,
Que se ocultan tras de aquellas
Que retratan la alegría
De su presente solaz.

Á su plácida ventura
Que pedir no tiene nada,
Ni al amor, ni á la hermosura,
Porque amado de su amada
Hoy dichoso es por demás.

¿Qué más quiere? — Lo que quiso :
Siempre amor, siempre caricias,
Siempre deleite y hechizo,
Siempre embriaguez y delicias
De que no se harta jamás.

Echó en torno una mirada
Circunducta y cautelosa
Por la estancia sosegada,
Y á la reja de su hermosa
Con satisfacción pulsó.
Sus facciones expresaron
Toda la dicha y contento
Que su existencia embriagaron
En el plácido momento
En que á media voz cantó :

« Abismo de amor ardiente
Que para abrasarme absorbes
Todo el fuego de los orbes
Que iluminan la creación :
Lleve un rayo de tu hoguera
Hasta el corazón que adoro
Esta ansiedad que devoro,
Esta insaciable pasión.

» Proscribe del pecho que amo
Todas otras simpatías,
Como ha proscrito las mías
De tu furia el frenesí;
Y en la hermosa que idolatro
Tan intenso amor despierta,
Que esté para todos muerta,
Sólo viva para mí.

» Llena de ansia sus vigilias
Y sus noches de desvelo;
Hazme su infierno y su cielo,
Y su solo meditar;
Corre hirviendo por sus venas
Y haz de modo que se extasie,
Que me adore y no se sacie
Mis cariños de gozar.

» De su hermosa vida empaña
Los albores en la aurora
Y deshoja hora por hora
De su frente alguna flor;
Y tan fría indiferencia
Por todo otro amor la infunde
Que su entera dicha funde
En ser yo su eterno amor.

» ¡Lleno yo tu vida, Sara
Como llenas tú la mía;
Sea yo tu fantasía
Como tú eres mi ilusión! »

. . . .

Abrió la ventana un hombre,
Diciendo: « ¡José, es bastante! »
Y el cantor gritó: « ¡Su amante!
¡No me amaba!... ¡Maldición! »

—

Quedó en silencio la escena
De todo rumor humano;
Parece que nada suena
Después que el eco lejano
Del edificio cesó,
Que en sus paredes musgosas
Repitió de un cuerpo el ruido,
Que sonó sobre las losas,
Y era el que hizo sin sentido
El de José que cayó.

La misma luna seguía,
La misma quietud reinaba,
El mismo viento bullía
Y el todo lo mismo estaba
Que antes del canto, después;
Sigue andando el arroyuelo,
El jardín sigue tranquilo,
Sigue bonancible el cielo,
Sigue lo mismo el sigilo,
Cuando el reloj dió las tres.

Entonces rechinó el quicio
De una puerta que entreabrieron,
Y en el blanco frontispicio
Poco á poco aparecieron
Los negros bultos de dos;
Y se oyó que uno decía :
« ¡ Adiós, Sara, hasta mañana! »
Y que el otro respondía :
« Á las doce, en la ventana; »
Y un segundo y mutuo adiós.

VIII

AYER

Mientras el adiós se daban,
Y el abrazo, cita y beso
Los dos amantes cambiaban,
Abrumado bajo el peso
De su mal está el cantor,
En el aposento humilde
De una casa triste y pobre
Pero sin tacha ni tilde,
Que aunque el fausto no la sobre,
La sobran virtud y honor.

Siempre quieto y sosegado,
Siempre de la paz asilo,
Siempre modesto y callado,
Siempre inocente y tranquilo
El tal gabinete fué;

Jamás en él se sintieron
Batallar las tempestades,
Ni en su recinto rugieron
Rencores ni enemistades,
Venganzas ni mala fe.

Mas hoy todo está distinto,
Todos cambiados sus usos,
Porque en su calmo recinto
Hoy se oyen gritos confusos,
Agitación y tropel;
Y al través de sus cristales
Y su mal cerrado quicio,
Suenan voces desiguales
Y tumultos y bullicio
Bien desusados en él.

Óyense largos aullidos,
Estruendosas carcajadas,
Confusos ayes, gemidos,
Voces mal articuladas
É intervalos de quietud;

Óyense distintos ecos,
Distintos tonos de voces,
Ya melodiosos, ya secos,
Ya melifluos, ya feroces,
Cual los de una multitud.

Óyense mezclarse á veces
Reniegos con oraciones,
Fervientes, lánguidas preces,
Con votos y maldiciones,
Y el reír con el llorar :
Y otras veces la armonía
De un trozo de hermosos versos,
Con la infernal gritería
De chicharras y de escuerzos
Que se ponen á cantar.

Escúchanse contusiones
Que contra el muro se estrellan,
Que parecen de escuadrones
Que se chocan y atropellan
Según retumba el fragor :

Crujen puertas y ventanas,
Se rompen mesas y sillas,
Se sienten las otomanas
Hacerse trizas y astillas
Bajo un brazo destructor.

Calla á veces el estruendo
Para volver más agudo,
Más sostenido y tremendo,
Ó más retumbante y rudo,
Como el golpe de un batán:
Ya son muebles que se tumban,
Ya instrumentos son que trinan,
Ya son cosas que retumban,
Ya metales que rechinan,
Ya cuerpos que golpes dan.

Pero siempre se distingue
Entre el fragor un acento,
Que si alguna vez se extingue,
Es para volver más cruento
Á votar y maldecir:

Acento que canta y llora,
Que amenaza, pide, ruega,
Que exorciza, jura y ora,
Suplica, manda, reniega,
Y está en continuo rugir.

Muchas veces se interrumpe
Quedando la estancia muda,
Y muchas otras prorrumpe
Pidiendo al infierno ayuda,
Pidiendo á Satán poder:
Pídele de su antro horrendo
El suplicio y las angustias,
De sus ecos el estruendo,
De sus crueles noches mustias
El jamás amanecer.

Y de abajo de la tierra
Óyese que le responde
Una ronca voz que aterra
Sin saberse quién, ni en dónde,
La pronuncia tan feroz;

Y es acaso disfrazada
Que remeda á la distancia
De una voz desenterrada
La lejana resonancia,
Su fingida y misma voz.

Y otras veces lastimera,
Pide amparo, entre sollozos,
Á la corte toda entera,
Y á los seres venturosos,
Que rodean á Jesús;
Y después que un rato aguarda
Invoca al santo del día,
Llama al ángel de su guarda,
Llama á José y á María
Y al que pereció en la cruz.

Y otra voz meliflua y suave
Perfumada de armonía,
Como el canto de alguna ave,
Desde lo alto respondía :
¡ Valor y paciencia ten !

Y entonces se oyen lamentos
De despecho y de congoja,
Y votos y juramentos
De alguno que en tierra arroja
Del pobre aposento el tren.

Debe ser grande, sin duda,
La rabiosa pesadumbre
Que de tal manera muda
La pacífica costumbre
De aquella mansión de paz;
Y en efecto, es la venganza
Que promueve un desengaño
Que en su frenesí se lanza
Hasta saciar en su daño
Su proprio rencor voraz.

Es un huracán que estalla
En un corazón fogoso,
Es el amor que batalla
Contra el perjurio afrentoso
De una adorada mujer;

Es la rabia, es el encono,
Es la venganza, es la ira,
Es el mortal abandono
Que hace un hombre que delira
De toda ley y deber.

Es la furia incontrastable
De un alma celosa, que ama,
Es una sima insondable,
Que se enfurece y que brama
Con asordante estridor;
Es la amargura sombría
De mil burlados anhelos,
Es una lenta agonía,
Es la furia de los celos,
Es la muerte del amor.

El nudo sutil se ha roto
Que las potencias ordena,
Que las pone valla y coto,
Armoniza y encadena,
Y mantiene en justa unión :

Porque la iracunda fiebre
Que en aquella alma combate
Es muy natural que quiebre
Y poco á poco desate
Los lazos de la razón.

En aquel momento se halla
De furor y de amargura,
En que como un trueno estalla
De los celos la locura,
De la rabia el frenesí;
En que el corazón domina
La mente que no vaguea,
Porque se abate y se inclina
Y está absorta en una idea
Que no puede echar de sí.

Placeres, risas, creaciones,
Armonía y colorido,
Esperanzas é ilusiones
En un cráter se han hundido
Para nunca más surgir;

Y de aquel mundo esmaltado
Perenne, exclusiva y sola
La memoria le ha quedado
De aquel agravio que inmola
Para siempre el porvenir.

Aquella alma no campea
Como un tiempo por el orbe;
Ni preciosos entes crea,
Porque vívido la absorbe
Un pesar abrumador,
Que si echar de sí resuelve
La infeliz no lo consigue,
Porque mal su grado vuelve,
Porque mal su grado sigue
Más y más aterrador.

La esperanza en desaliento,
La vehemencia en abandono,
En congojas el contento
Y el afecto en negro encono
Ha cambiado el desamor;

Ni hay risueña lontananza,
Ni programa de ventura,
Ni hay remedio, ni esperanza,
Ni poesía, ni hermosura
En el alma del cantor.

Ya no tiene aquella vida,
Ni embeleso, ni eretismo;
Para siempre está perdida,
Para siempre en un abismo
De ansiedad se sumergió;
Para siempre terminaron
Sus canciones seductoras,
Para siempre se acabaron
Del amor las dulces horas
Que feliz gozar pensó.

Sólo quédale una idea,
Tiene sólo un sentimiento,
Que no puede, aunque desea,
Desechar su pensamiento
Ni su firme voluntad;

Tenaz y hondo, que la asombra,
Como la conciencia al reo,
Como al matador la sombra
Del cadáver yerto y feo
Que le acusa sin piedad.

Afecto bárbaro, fuerte,
De profunda rabia y tedio,
Que pide venganza á muerte
Como el único remedio
Que mitigue su rencor :
Y que un resto de ternura
Que en aquel corazón queda
Enfrena su saña dura
Y á su despecho le veda
Entregarse á su furor.

Y entonces luchan y rugen
Sus afectos encontrados,
Entonces convulsos crujen
Sus miembros empalizados
Por rigidez varonil,

Y entonces su infamia mide,
Y entonces su acento truena,
Y entonces venganza pide,
Y entonces la rabia llena
Su sangre de amor febril.

Entonces brama y vocea,
Se despedaza y se mece,
Y entonces aquella idea
Que le roe y le enloquece
Le devora el corazón;
Y entonces algo le oprime
Como un mundo sobre el pecho,
Y entonces maldice y gime
De impotencia y de despecho,
De vergüenza y confusión.

Entonces en su garganta
Algo el dolor acumula,
Que del pecho se levanta,
Que le ciñe, le estrangula
Y le quiere sofocar;

Y entonces veloz golpea
El corazón tembloroso,
Y entonces brama y patea,
Y entonces como un furioso
Se empieza á despedazar.

Ni puede ser de otro modo,
Porque en su mente está viendo
Su cruel desengaño, todo
Lo que ha tenido de horrendo,
De falso, pérfido y truhán :
Allí ve, sin duda alguna,
Detrás de la enorme reja
La claridad de la luna
Que ilumina una pareja
Que son Sara y su galán.

Allí mira con envidia
Sus manos entrelazadas,
Y que á cual de dos más lidia
Por mezclar en sus miradas
Más ternura y más fervor :

Allí junto á la una el otro
Se están jurando ternura,
Y él subido está en un potro
Bebiendo hiel y amargura,
Temblando de ira y furor.

Allí mira que circula
Junto al uno el otro aliento,
Allí ve que no simula
Ninguno su arrobamiento
Sino que lo siente real :
Allí los mira halagarse
Satisfechos é indulgentes,
Y que él no puede lanzarse
Á herir con uñas y dientes
Aquella fusión cordial.

Allí mira la ventura
En que su rival se embriaga,
Allí mira la dulzura
Con que su amante le paga,
Con la suya, su pasión;

Para aquél, placer, encanto,
Indulgencia, fe sincera;
Para él, ignominia, llanto,
Dureza firme y severa,
Vergüenza y humillación.

Para aquél, cariño ciego,
Abnegación y vehemencia;
Y para él, frialdad, despego,
Anatema, indiferencia
Y desdeñosa aversión:
Para el uno, toda risa;
Para el otro, todo frío;
Á uno acaricia y hechiza,
Y á otro trata con desvío,
Esquivez y prevención.

Allí mira que se tocan
Y no puede separarlos,
Allí ve que le provocan
Y no puede castigarlos
Con la muerte del puñal;

Allí ve que hacer alarde
De su amor los dos procuran,
Allí mira, aunque ya tarde,
Que constante amor se juran
Su querida y su rival.

Ellos gozan cuando él llora,
Ellos ríen cuando él gime,
En ellos la dicha mora,
En él el pesar oprime
Más y más su corazón :
Allí sus encantos magos
Entre ambos Amor reparte;
Allí cambian sus halagos,
Allí quedan cuando él parte
Cerrando tras sí el balcón.

Aquella angustia indecible,
Aquella muerte de muertes,
Aquel parasismo horrible,
Para el que no hay pechos fuertes
Ni bien sólida razón;

Aquel furor de los celos
Debió agotar su existencia,
Porque subió hasta los cielos
En un rapto de demencia
Una horrible maldición.

Cambió de pronto en sosiego
El tumulto y algazara,
Desde que tronó el reniego
Que el siempre amante de Sara,
El pobre José lanzó :
Y al través de la juntura
De la entreabierta ventana,
Débil, cristalina y pura
De la naciente mañana
La primera luz entró.

IX

ANTES

Ya la ciudad generosa
Cuyos hijos y caudales
Por los prados y arenales
De medio Sud derramó ;
Cuando del mundo en presencia
Con su sangre y con su ciencia
Libertad é independencia,
Á cinco naciones dió;

La ciudad de los recuerdos,
De los hombres y hechos grandes,
Que mostró desde los Andes
Su magnífico pendón;
La ciudad que se batía,
Que marchaba, que vencía,
Cuando el sol recién nacía
De la actual generación;

La ciudad de las memorias,
Del valor y bizarría,
La ciudad de la poesía,
La ciudad del porvenir;
La ciudad que no se espanta
De mirar bajo su planta
La formidable garganta
De todo el Plata rugir;

La ciudad cuya grandeza,
De sus vates por el coro,
Se ha cantado en liras de oro
Que inspiró la libertad;
La ciudad de los guerreros
Generosos, que primeros
Empuñaron los aceros
Á la voz de la igualdad;

La ciudad de bellos fastos,
La ciudad de larga historia,
La ciudad de eterna gloria
Ya bullía en confusión;
Buenos Aires en pie estaba,
De su lecho se lanzaba,
Porque el sol ya iluminaba
Su simbólico blasón.

Ya sus calles y sus plazas
Empezaban á agitarse,
Su ambición á alimentarse,
Sus deseos á nacer;
Y su activo pensamiento
Á seguir severo y lento
El preciso ligamento
De lo de hoy con lo de ayer.

Y el bufete que poco antes
En amor y en odio ardía
Sosegado ahora yacía
En silencio sepulcral;
En silencio el aire entraba,
En silencio penetraba
Por los vidrios de luz flava
Del albor matutinal.

Y ya cuando entrado el día
Pudo verse más distinto,
Un confuso laberinto
Que era el cuarto se encontró;
Y de aquella noche inmensa,
Noche loca, noche intensa
De agonía y de vergüenza,
La honda huella se notó.

Bien se advierte que han luchado
Dos pasiones contrariadas,
Dos tormentas encontradas,
Dos demonios entre sí;
Dos rabiosos torbellinos,
Dos opuestos remolinos,
Que han cruzado sus caminos
Y pugnado largo allí.

Porque todos sus adornos
Traza tienen poca ó mucha
Del combate y de la lucha
Del afecto y del rencor;
Y en su efecto ya se advierte
Que reñida, odiosa y fuerte,
Esa lucha ha sido á muerte
Como entre odio y entre amor.

Y en todas partes se nota
De alguna iracunda mano
El odio súbito, insano,
Que la enloqueció quizá;
Porque rotos á porfía
Están cuadros, sillería,
Velador, escribanía,
Mesa, tapete y sofá.

Rotos están los espejos,
Rotos los trajes y telas,
Rotos mecheros y velas,
Rotos alfombra y cojín;
Rotos bustos y retratos
De sabios y literatos,
Rotos vasos y aparatos
Y todo roto por fin.

Por tierra yacen estantes
Mapas, globos, infinitos
Impresos y manuscritos,
Y el reloj y el ajedrez;
Y pliegos garabateados,
Y versos mal concertados,
Que han sido despedazados
Y pisoteados después.

Se ven cadalsos y cruces,
Jeroglíficos, roturas,
Y horrendas caricaturas
Pintadas en el tapiz
Con rayas, hoyos y puntos,
Que muestran en sus conjuntos
De vampiros y difuntos
Un diabólico matiz.

Se ven magas inscripciones,
Palabras bárbaras, raras,
Corazones, manos, caras,
Horcas y tumbas en él;
Incendios, asesinatos,
Culebras, mochuelos, gatos,
Demonios y garabatos
Y el mismo caos de Babel.

Y de la revuelta mesa
Todo el tren desordenado,
El tintero derramado,
Y fuera de él el cendal;
Lucíferos, cigarreras,
Tarjetas, sellos, tijeras,
Cortaplumas y carteras,
Y sobre un Cristo un puñal.

Y de una cama modesta,
Por la tormenta pasada
También rota y destrozada,
Sobre el blanco cobertor,
Ni desnudo, ni vestido,
Ni despierto, ni dormido,
Yace de espaldas tendido
El miserable cantor.

Un rayo de luz sombría
Que entrambas mejillas baña,
La expresión siniestra, extraña,
De su semblante hace ver;
La expresión indefinida,
Torva, horrible, desabrida
De un tormento que intimida
Y hace el alma estremecer.

Los párpados entreabiertos,
De lívida sombra orlados,
En el fondo sepultados
De las órbitas se ven;
Y al través de su abertura
Se deja inmóvil y dura
De las cuencas en la hondura
Ver la pupila también.

Hundidas están y enjutas.
Arrugadas y amarillas
Las sienes y las mejillas
Sombreadas de lividez;
Y exánime y macilenta
Sudada y pulverulenta,
De un cadáver representa
Todos los signos la tez.

Y el cabello reventado
Sobre la frente caído,
Y el desgarrado vestido,
Y el cuadro que está en redor;
Y las manchas azuladas,
Las uñas ensangrentadas
Y en sus carnes dibujadas,
Harto prueban su furor.

Y al través de tantos cambios
Como en su faz se han impreso,
Está el origen expreso
De su desventura aún;
Porque algo hay que en ella pinta
Con cabalística tinta,
La imagen viva y distinta
De una pasión no común.

Pintados están en ella
Desengaño y esperanza,
Certidumbre y desconfianza,
Sosiego y anhelación;
Y aquella sonrisa fría,
Y aquel luto y alegría,
Y aquella calma sombría,
Que muestra de celos son.

Allí se nota la imagen
De aquella congoja muda
Del alma que siempre duda
Y acecha una falsedad;
Y aquella rabia sedienta,
Eterna, insaciable, lenta,
De que vive y se alimenta
De los celos la ansiedad.

Allí la expresión se nota
De aquel desabrido ceño,
Rencoroso y halagüeño,
Inquisidor y sagaz;
Y aquella angustia roente,
Y aquella calma aparente
Que á todos los ojos miente
Del rubor el antifaz.

De cuando en cuando se escapa
De aquel pecho comprimido,
Un lamentable gemido
Lacrimoso y funeral:
Que es apenas de que anida,
Poco menos que extinguida,
Alguna chispa de vida
La única y sola señal.

Vencido por sus pasiones
Rendido á su propio brío,
Sin voluntad ni albedrío,
Ni dominio sobre sí :
Allí una víctima se halla
Del contraste y la batalla
Con que alguna vez estalla
Del amor el frenesí.

Allí por su propia fuerza,
Por su encono y egoísmo,
Allí por su arrobo mismo
Postrado se ve el amor;
Y allí en su volcán se abrasa,
En su misma red se enlaza,
En su ira se despedaza
Y se abisma en su dolor.

Esa imagen descarnada
De la interna y viva guerra,
Esa víctima que aterra
La mente del que la ve;
Ese hombre insensible y yerto,
Que ni está vivo, ni muerto,
Ni dormido, ni despierto,
¡ Ese infeliz es José!

X

NUNCA

Luz invisible y divina,
Oculta tras de la frente,
Nuestro sendero ilumina
Desde el cerebro la mente
Que es de Dios emanación;
Y del seno en lo profundo,
Para su inquietud estrecho,
Por el camino del mundo
Nos conduce desde el pecho
La antorcha del corazón.

Imagina, forma, idea,
Sonda de Dios los misterios,
Anima seres y crea
Cielos y mundos aerios
Nuestra mente espiritual;

Y ama, desea, aborrece,
Teme, duda, profetiza,
Se regocija y padece,
Se previene y simpatiza
El corazón material.

Impulsiones singulares
Que labran nuestro destino,
Como dioses tutelares
De la vida en el camino
Del hombre los puso Dios;
Y de su mística alianza,
Y de su présaga estrella,
Lleno de fe y esperanza,
El hombre sigue la huella
Que le iluminan los dos.

Misteriosamente unidos
Por inescrutable nudo,
Comprender con sus sentidos
Hasta hoy el mortal no pudo
Su inaveriguable unión;

Sin obstar que entre sí mismo
Sus emociones se pasen,
Y al través de su organismo
Se correspondan y enlacen
La mente y el corazón.

De la mente, juicio, ideas;
Del corazón, odio, amores :
Aunque de distintas teas
Parecen sus resplandores
De una sola proceder;
Pues van tan acordemente
Al mismo fin de consuno
Que el corazón y la mente
Parecen no ser más que uno
Sólo indivisible ser.

Desde el nebuloso oriente
De nuestro pristino día,
El corazón y la mente
Por una idéntica vía
Siguen un rastro común;

Y con fausta ó negra suerte,
Según le place al destino,
Á las puertas de la muerte
Por idéntico camino
Llegan acordes aún.

En las angustias del alma,
En sus risas é ilusiones,
En la tormenta y la calma
De las ardientes pasiones
Va de la una el otro en pos;
Y en lo quimérico y cierto,
En lo ideal y lo posible,
En lo vivo y en lo muerto,
Lo formal y lo risible,
Siempre van juntos los dos.

Alguna vez, aunque rara,
Se interrumpe su armonía,
Y entonces en guerra para
La pristina simpatía
Que no se vuelve á entablar;

Y es entonces la existencia
Un largo, horrendo suplicio,
Desde que no hay connivencia
Entre el deseo y el juicio,
Entre el querer y el pensar.

Así aunque no quiere piensa,
Por más que pensar no quiere,
Si entre dos bienes suspensa
Por ambos el alma muere
Que juntos no puede haber;
Porque el corazón batalla
Contra la mente de hielo,
Y su pasión avasalla
Su conveniencia á su anhelo
Y á su afecto su deber.

Y el alma á su turno apila
Sus raciocinios de nieve
Sobre el corazón que oscila
Entre no amar, como debe,
Y entre, como quiere, amar;

Porque el corazón á veces,
Como que no piensa que ama,
Toma del amor las heces
Si de la mente la llama
No le viene á iluminar.

Algunas veces sucede
Que el pecho de un amor huye,
Que arrojar de sí no puede
Por más que contra él arguye
Cuanto es posible argüír;
Y otras veces sin embargo
Que suspiran juntamente
Por el desamor amargo,
El corazón y la mente
No lo pueden conseguir.

Así en el cantor burlado,
Que en sus entrañas encierra
Un amor desesperado,
Están en continua guerra
La mente y el corazón;

Guerra atroz, desconocida,
Que tiene en la mente el foco
Y que del amor la herida
Quiere curar poco á poco
Por cálculo y convicción.

En él la razón resiste
Lo que el corazón adora;
Cuando el corazón insiste
Entonces la mente llora
Su afectuosa ceguedad;
Porque ambos á dos pretenden
Tener la razón más pura,
Así es que los dos defienden,
El corazón su ternura
Y la mente su frialdad.

Cuando el corazón repasa
La historia de su contento,
La mente en seguida traza
La imagen de aquel momento
De desengaño y furor :

Porque mientras sobreviva
De aquella noche un indicio,
Han de hacerse guerra activa
El corazón contra el juicio,
La mente contra el amor.

El corazón, brioso, amable,
La mente, tranquila, adusta,
Se hacen guerra perdurable
Porque á ella ese amor no gusta,
Porque á él ese amor gustó;
Y mientras de entrambos, uno
No acabe por ser primero,
No habrá de ceder ninguno,
Pues si el pecho dice, quiero,
La mente responde, no.

Cuando de sonrisas llena
Va la mente á tomar vuelo,
El corazón desordena
Con su anhelante desvelo
Sus creaciones de oropel;

Y en el pecho la poesía
Su bello entusiasmo estrella,
Porque cada cual porfía,
Por borrar el amor ella,
Por burlar la ilusión él.

Constante y sañudo debe
Ser de entrambos el despego.
Porque es la cabeza nieve,
Porque es el corazón fuego,
Que se chocan entre sí;
Si piensa la mente, embarga
El corazón sus creaciones;
Si ama el corazón, amarga
La mente sus ilusiones,
Y están sin vencerse así.

Por más que de Sara ardientes
En contra y en pro trabajen,
Están como siempre hirientes
En el corazón su imagen
Y en la mente su doblez;

Para el corazón es todo,
Y para la mente es nada;
Él la ama de cualquier modo,
Y ella de ninguno amada
La considera á su vez.

Para el uno es tierna y bella,
Para la otra, fea, infame;
Aquél suspira por ella,
Ésta llora porque él no ame
Á quien le hace tal sufrir :
Él la llama, ella la envía,
Él la trae, ella la bota,
Él está en su compañía,
Ella siempre está remota,
Y ella y él sin convenir.

Tal vez se creerá quimera
Por algún ojo sin vista,
Que haya pasión tan austera
Que al través de todo insista
Por el camino en que va;

Y que haya pecho tan hondo
Y de abnegación tan noble,
Que de un abismo en el fondo
De su corazón no doble
El propósito en que está.

Pero hay pasión que no tiene
Sendero, norma, ni coto,
Cuya marcha no detiene
Ni próximo ni remoto
Ningún castigo humanal;
Pasiones que son mareas
Del mar de la vida airado,
Inclinaciones é ideas
De un corazón inspirado
Por el hálito infernal.

Pasiones que son torrentes
Que de una montaña caen,
Cuyos raudales hirvientes
Peñascos y rocas traen
Hasta los senos del mar;

Designios incontrastables
Que todo temor desprecian,
Cuyas miras inmutables,
Cuando burladas, arrecian
Su impetuoso batallar.

Impulsión irresistible
Á quien no contrasta nada,
Que desviar es imposible
Ya una vez desarrollada,
Como incendio en seco erial:
Anatema tremebundo
Que marcha á su fin derecho,
De todo el poder del mundo
Abiertamente á despecho,
Como un temblor terrenal.

Pasión íntima, encarnada
De su organismo en la fibra,
Loca, atroz, desesperada,
De la que ya no le libra
Propio ni ajeno poder,

El triste José en su seno
Lleva desde tiempo largo,
Como un ardiente veneno,
Acerbo, cáustico, amargo,
Que no cesa de beber.

Pasión que su vida enluta,
Todo aviso desoyendo,
Y va adelante su ruta
Siempre á su norte tendiendo
Como hacia el suyo el imán,
Á querer lo que no quiere
Mal su juicio le condena,
Como al pie del pilar muere
Siempre atado á su cadena
De sed y de rabia el can.

Pasión furibunda y rara
Que siempre á adorar le obliga
Muy mal de su grado á Sara,
Con quien nada más le liga
Que el recuerdo de su amor;

Deseo bárbaro, extraño,
Que como arista le mueve,
Y busca excusa y amaño
Para amar á la que debe
Tener disculpable horror.

Así febril, vaporoso,
José indiferente marcha,
Como un ente misterioso
Cuya cabeza es escarcha,
Cuyo corazón volcán;
Espectro que nada siente
Con profundidad y aliño,
Sino el odio de su mente
Y de su pecho el cariño,
Que lenta muerte le dan.

No amar cuando amar anhela,
Odiar cuando odiar repugna,
Dormir cuando en sueños vela,
Velar cuando en vela pugna,
Suplicios sin nombre son;

Suplicios en que agonizan
Las horas pausadamente
De esa vida que destrizan
Con su enemistad la mente,
Con su amor el corazón.

Despojo endeble y enjuto
De un amor y un odio eternos,
En aquella faz de luto
Han pintado ambos infiernos
Sus imágenes de hiel:
Pues su rencor reprimido
Y sus gustos contrariados,
Uno á uno en ella han sido
Vivamente retratados
Por satánico pincel.

De esta vida la agonía
Sin remisión, sin ocaso,
Puede cambiar en un día
En delicia un solo paso
Que puede, quiere, y no da;
Y estando entre el mar sediento

No bebe el agua que toca,
Y en un gran festín hambriento
No prueba el manjar la boca
Que hambrienta y deseando está.

Debe sufrir de su tedio
La congoja indefinible,
Porque para él no hay remedio
Desde que amar no es posible
Y aun menos posible odiar;
Y ha de seguir su anatema
Cumpliéndose eternamente
Con severidad extrema,
Porque debe odiar la mente,
Porque debe el pecho amar.

Si el amor venciera al juicio
Ó el juicio al amor venciera,
Ó si uno al otro propicio
De su tema desistiera,
Finara su mal allí;
Pero en él debe incesante,
Mientras la existencia aliente,

Pugnar contra el pecho amante
El desamor de la mente,
Siempre opuestos entre sí.

Si más bien su vida es muerte,
Y aun más que muerte agonía,
¿Por qué no su mano fuerte
La pone fin en un día,
Y acaban sus males ya? —
Porque disfrutar aun piensa
Alguna hora de bonanza,
Y aunque es su desgracia inmensa,
Siempre conserva esperanza
De hallar el bien más allá.

Quimera estéril y vana
Que siempre al hombre alimenta,
Último rayo que emana
De una estrella macilenta
Que va su ocaso á tocar;
Ya no hay después para el pobre,
Ya está su camino andado,
Y á menos que un prodigio obre,

Verá sonreír al hado
Que le condena á llorar.

Ya remedio no hay bastante
Para desandar lo andado,
Ya es preciso ir adelante
Y apurar lo que ha quedado
En el cáliz, de la hiel;
Ya es preciso de sí mismo
Sufrir el suplicio eterno,
Que está á su frente un abismo,
Que está á su espalda un infierno
Y en medio de entrambos, ¡él!

Si da un paso hacia adelante
Le traga la horrenda sima,
Si retrocede un instante
Al infierno se aproxima
Que quiere y no puede huír;
Como en arenal inmenso
Hombre de noche extraviado,
Contempla yerto y suspenso
Agonía en su pasado,
Suplicio en su porvenir.

Allí en el cáliz aciago
Que nunca para él se agota,
Debe beber trago á trago
Hasta la postrera gota
El acíbar infernal;
Allí para más tormento
De la aflicción que lo llena,
Contempla en su pensamiento
Que ella goza, cuando él pena,
Caricias de su rival.

Allí indefensa paloma
Presa en un lazo escondido
Ve el cazador que la toma
Los tesoros de su nido
Sin por ellos nada hacer;
Allí león aprisionado
Agita su atroz melena,
Y de rencor devorado
Hace vibrar su cadena
Sin alcanzarla á romper.

Allí su ser vacilante
Sobre el mismo sitio gira;

Allí, sin amor amante,
Allí, enemigo sin ira,
Ni puede querer ni odiar;
Allí debe una por una
Ver pasar sus negras horas,
Allí, sin sol y sin luna,
Sin occidentes ni auroras,
Su triste vida acabar.

¿Por qué ese invariable seno
En medio del odio, quiere?
¿Por qué esa mente sin freno
En medio del amor, hiere
De muerte á su mismo amor?
¿Por qué ni aborrece ni ama,
Ni su amor, ni su odio olvida?
¿Por qué no apaga esa llama
Por odio y amor nutrida
Ese místico cantor? —

Porque hay mortales que vienen
Con una estrella en la frente
Que otros mortales no tienen,
Que son corazón y mente,

Localidad y pasión;
Mortales reyes y esclavos,
Que dirigen y obedecen,
Y que cobardes y bravos,
De lo que aman y aborrecen
Señores y siervos son.

Mortales cuya fortuna
Con algún demonio acorde
Quiso colocar su cuna
De un precipicio en el borde,
Sobre el cráter de un volcán;
Cuyas horas han tenido
Junto al oriente el ocaso
Y cuya ventura ha sido,
Como su existencia, un paso
Dado con pena y afán.

Mortales de fuego y nieve,
De pedernal y de cera,
Á quienes detiene y mueve
Mano invisible y severa
Que no pueden contrastar;
Flores marchitas traídas

Por la corriente de un río,
Sombras sensibles movidas
Por la inspiración y brío
De un demonio familiar.

Y de estos seres arcanos,
Estupendos, increíbles,
De estos misterios humanos
Para el vulgo incomprensibles,
Es este hombre singular —
Que no puede de su seno
Apagar la llama cruda
Del amor de que está lleno,
Ni de su mente la duda
Y el odio eterno arrojar.

Días, meses y años pasan,
Cambian hombres y sucesos,
Cambian planes que se trazan,
Cambian gustos y progresos
Y hasta el mundo cambia faz;
Y aquel hombre sin ventura
Ningún cambio en sí recibe,
Pues en su alma el odio dura,

En su pecho el amor vive,
Y á cual de ambos más tenaz.

¿Cuándo mi angustia termina?
Suele decirse aterrado:
¿Qué demonio me domina,
Qué espíritu malhadado
Ó qué siniestra deidad?
¿Por qué de mí no despego
Estas furias que maldigo?
¿Por qué camino y no llego
De este arenal sin abrigo
Jamás á la extremidad?

¿Qué cosa tengo aquí dentro
Que me devora y destruye?
¿Por qué, como otros, no encuentro
Esta dicha que siempre huye
Dos pasos ante de mí?
¿Qué genio manda en mi vida,
Qué Lucifer en mi suerte?
¿Por qué mi mente atrevida,
Por qué mi corazón fuerte
No los arrojan de sí?

¿Qué es esta ansiedad inferna,
Esta fiebre inapagable,
Esta espantosa caverna,
Como el océano insondable,
Que no he podido medir?
¿Qué es este mi instinto loco,
Voraz, convulso, sediento;
Esta cosa que no toco
Pero en mis entrañas siento
Como vorágine hervir?

¿Qué es este eterno delirio,
Este nunca estar en calma,
Este rabioso martirio,
Este demonio de mi alma,
Este caos del corazón?
¿Qué es esta atroz pesadilla,
Esta visión que me amaga,
Este vivir en la orilla
Del abismo que me traga?...
¡Mis solas pasiones son!

Pues ya que el maldito lote
La cupo á mi vida breve

De que nunca el mal se agote,
De que nunca el placer pruebe
Sin dolor ó sin placer, —
Sigue, mortal miserable,
Perdido en tu laberinto:
¡PORQUE ES EL HADO IMPLACABLE
PARA EL QUE TRAJO EL INSTINTO
DE POESÍA AL NACER!!!

XI

JAMÁS

Nube naciente de espumoso encaje,
De nácar, de oro y vaporoso tul,
Ostenta al alba su vistoso traje
Que ondula en medio del espacio azul.

Mece en el aire sus grandiosas ondas,
Que un rayo viene de la aurora á orlar,
Y sus flameantes, purpurinas blondas
Mira orgullosa en derredor flamear.

Mira la noche en occidente hundiendo
De las tinieblas el postrer capuz,
Y allá en el éter de entre el caos naciendo
Del sol risueño la primera luz.

Mira apacible sonreír el cielo,
Leve la brisa por su sien vagar,
Y en el vacío que hendirá su vuelo
Fragantes flores ante sí brotar.

Hunde sus ojos en la inmensa hondura
Que bonancible y cristalina ve,
Y en los abismos de la nada pura
Tropiezo no halla que temer su pie.

La aurora bella que al cenit la guía,
Sonrosa el cielo por do alegre va;
El sol la mima, la corteja el día
Y al tiempo mira sonreír allá.

Pero de pronto tempestuosa niebla
Del sol empaña la tranquila faz;
De horrendas nubes el cenit se puebla,
Brama rabioso el huracán voraz.

Débil juguete del airado viento
Sus ondas ruedan al capricho allí;
Estalla el trueno su estampido cruento,
Serpea el rayo en derredor de sí.

Piélagos surca de vapor, movida
Por el antojo de brutal vaivén;
Sin ruta, guía, ni fulgor, perdida
Rueda en la niebla su asombrada sien.

De su ropaje desprenderse mira
Las joyas de oro que vistió al nacer;
Que hace, arrancadas de doquier con ira,
Una por una el huracán caer.

Mísera en vano por seguir insiste
Su leda ruta de inocencia y paz;
Porque burlada, descompuesta y triste
La traga al cabo el torbellino audaz.

Así es la vida : de oropel brillante,
Nube sentada sobre hermoso tren,
Que junto tiene á su primer instante
Envuelto en risas el postrer también.

Así es la vida : lontananza, estrella
De un cosmorama seductor, procaz;
Para el que empieza á contemplarla, ¡ bella!
Para el que llega á su mitad, ¡ falaz!

Así es la vida: si al través la mira
Del desengaño la madura edad,
Es risas, bienes y placer — ¡mentira!
Es penas, llanto y maldición — ¡verdad!

Su dicha es humo, su infortunio roca;
Su dicha pasa, su infortunio no;
Nada allí queda donde el bien la toca;
Suplicios sufre donde el mal tocó.

Así es la vida: presunción dorada,
En sus principios esperanza y fe,
Y en la mitad de su carrera, ¡nada!
Visión de luces que mentira fué.

Su gusto es brisa, tempestad su pena;
Sus goces olas, su desgracia mar;
Su copa el tiempo, hasta los bordes llena
De miel insulsa, de inquietud y azar.

Cuando el cabello de la sien blanquea,
Cuando se empieza á marchitar la tez,
Cuando de cerca la fantasma fea
De la existencia ya se ve lo que es:

Náufrago el hombre por el mar airado
Busca la playa pero tarde ya :
Porque bien pronto debe ser tragado
Por el abismo en que suspenso está.

Cuando hoy la suerte su favor le niega
Se dice el hombre, le tendré después;
Hasta que al cabo el desengaño llega
Sin ver de esa hora el arrebol tal vez.

Llévase el viento como viento que era
La pingüe renta que adquirir pensó;
Huye del fausto la falaz quimera,
Caen los palacios que en el aire alzó.

Unas tras otras se disipan luego
Dicha, esperanza, juventud y paz;
Llévase el tiempo su pristino fuego,
Y lo que él lleva, ya no vuelve más.

Agosta el llanto del dolor la risa,
La gracia y flores de la edad pueril;
Y acaba el soplo abrasador aprisa
De las pasiones el ardor febril.

Cuando el cabello de la sien blanquea,
Cuando se empieza á marchitar la tez,
Cuando de cerca la fantasma fea
De la existencia ya se ve lo que es:

Ya el hombre entonces de los hombres duda,
Ya poco ó nada sus promesas cree,
Ya en calma fría su entusiamo muda,
Ya en todo burla y desengaños ve.

Ya le ha faltado la amistad acaso,
Ya la hermosura le burló en su amor,
Ya muchas veces tropezó en el lazo
Que el mundo tiende al juvenil candor.

Cuando el cabello de la sien blanquea
Ya no hay mañana, ni después, ni más;
De ayer apenas la fugaz idea,
Y de hoy, si pasa, el matador jamás.

Cuando el cabello de la sien blanquea
Bastante el hombre aleccionado está,
Pues que ha calmado la primer marea
Y no al capricho de las olas va.

Cuando el cabello de la sien blanquea
Ya no se tiene porvenir, ya no;
Ya ningún astro por allá clarea,
Ya el tiempo hermoso de esperar pasó.

Cuando el cabello de la sien blanquea
Adiós fantasma de oropel, adiós;
¡Adiós venturas que la mente crea!
Ya os vais del tiempo para siempre en pos.

Cuando el cabello de la sien blanquea
Ya es tarde entonces, y muy tarde, sí,
Para que el hombre que feliz no sea
Halle ventura que no halló hasta allí.

Cuando el cabello de la sien blanquea,
Cuando se empieza á marchitar la tez,
Cuando de cerca la fantasma fea
De la existencia ya se ve lo que es:

Ya en adelante encontrarán los ojos
Del hombre apenas una dicha más;
Porque ya pisa en un erial de abrojos,
Porque ya deja el porvenir detrás.

¡Y ya el cabello de su sien blanquea,
Y ya dichoso el amador no fué;
Y ya por siempre la inefable tea
De la esperanza se extinguió en José!

Y ya treinta años para siempre huyeron
Y en ellos estro, juventud, amor;
Dicha, esperanza, porvenir, ¿qué fueron?
Deseos, sueños, vaciedad, vapor.

¡Y ya treinta años sin pasado bello,
Y ya treinta años sin después mejor;
Y ya treinta años sin haber por ello
Visto de su alba el divinal fulgor!

¡Y ya treinta años sin mujer que le ame
Ni haber oído palpitante, atroz,
Convulsa y loca que una voz le llame —
Mi dios, mi infierno, — ¡enamorada voz!

¡Sin que haya un alma que con su alma vele
Y ardiendo siempre en su volcán esté;
Sin que haya hermosa que su nombre hiele,
Se abrase y tiemble si su frente ve!

¡Sin que haya nunca satisfecho aquella
Febril, rabiosa, inapagable sed,
De ver que alguna enamorada bella
Le hiciese ingenua de su amor merced!

¡Y ya treinta años sin después, sin gloria,
Sin conquistada eternidad por él,
Sin una hazaña que contar la historia,
Si un cogollo de inmortal laurel!

¡Sin que en la frente de mi patria, diga,
Corona he puesto y perennal á fe,
Que de la hueste que vencí enemiga
En Ayacucho y en Junín quité!

¡Y ya treinta años sin haber llevado
La fama allá donde se ve Estambul;
Un verso suyo con fervor cantado
Á Mayo, á Julio, al estandarte azul!

¡Y ya treinta años sin rasgar el velo
De algún secreto, ó misterioso ser;
Sin haber visto en la extensión del cielo
De un astro nuevo el esplendor nacer!

¡Y ya treinta años y lo mismo ardiendo
De ira la mente, el corazón de amor,
Están, que cuando en su organismo horrendo
De afecto y odio reventó el fragor!

¡Y ya treinta años y lo mismo brama
Tremenda y loca su brutal pasión;
Su pecho siempre incontrastable aun ama,
Aun odia siempre su tenaz razón!

Y aquellos días de delirio loco,
De rabia, furia, anhelación y afán,
¿Qué fueron? nada para su ansia: un poco
De humo y cenizas que arrojó un volcán.

Y aquel semblante de indulgencia lleno,
Y aquella mano que en las suyas vió,
¿Qué fueron? ascuas, maldición, veneno,
Dardos que el áspid en su seno hundió.

Constancia eterna, arrobamiento, pira
De amor que Sara tanta vez pintó,
¿Qué fueron? ¡nada, compasión, mentira,
Llama que al soplo de otro amor cesó!...

Solo, burlado, sin amor, sin nada,
Helo al que escucha en su interior luchar,
Contra la rabia de tormenta airada,
La incontrastable inmensidad de un mar.

De genio, fuego y ambición fecundo,
Rota la lira en soledad callar,
Helo al que tiene en su cabeza un mundo
Y en los abismos de su pecho un mar.

Helo al que ha visto luminosos astros
Allá en la aurora de su vida errar,
Tener ahora que surcar sin rastros
El golfo inmenso de su propio mar.

Helo al que pudo con su voz de trueno
Tremenda y justa maldición lanzar,
Sobre la frente del que oprime al bueno,
Sobre el que eleva á la perfidia altar;

Sobre el que á virgen inocente pierde,
Sobre el que falta á la amistad, falaz :
Helo cual león que encadenado muerde
El hierro que ata su cerviz audaz.

Helo que amante sin amor adora,
Helo sin ira á la que quiere, odiar;
Helo que odiando por amarla llora,
Helo entre el odio y el amor luchar.

Helo vencido, al que retaba bravo
La saña airada del destino ayer;
Helo cobarde, de sí mismo esclavo.
Sus esperanzas de zafir perder.

Helo al que quiso colocando un día
Sobre el Pichincha y Chimborazo el pie,
Beber la luz que su cabeza hería
Y ver del cielo lo que nadie ve.

Ver á sus plantas la región del frío,
El rayo, el trueno, el huracán bramar;
Ver desde el seno mejicano al Río,
Y desde el uno hasta el opuesto mar.

Como dos puntos que la sombra mata,
El Atacama y Patagonia ver;
Y al Misisipi, al Marañón y al Plata
Como hilos blancos á sus pies correr.

Ver de Suipacha, de Maypú y Otumba
De Salta, el Cerro, Tucumán, Junín,
De Ituzaingó y el Sarandí la tumba
Tragar guerreros como el mar sin fin.

Ver entre el coro de los hombres grandes
Posar en nubes de oriflama y tul,
Á los que vieron en los altos Andes
Flamear al sol el estandarte azul.

Ver en los astros por su propia mano
Puestos los nombres de guerreros mil;
Y el de Balcarce, San Martín, Belgrano
Con oro y fuego y divinal buril.

Ver de los siglos al través del velo
Sobre los Andes obelisco alzar
Á los que encima de su eterno hielo
Osaron bravos libertad gritar.

Ver hasta el polvo de las anchas plazas
De templos, teatros, de ferril y hogar,
En mil estatuas sus gigantes masas
Desde la cumbre de su sien rodar.

Ver en el cráter de sus cien volcanes
Nubes de incienso perennal arder,
En holocausto de los caros manes
De los que vieron nuestro sol nacer.

Ver entre el uno y entre el otro estrecho
Por todo el suelo americano hervir
En estro y nervio su inspirado pecho,
Y de ambos mundos el aplauso oír.

Ver su heroísmo, de entusiasmo ciego,
Llenar los mundos y aspirar á más;
Y verter mares de facundia y fuego
Que el genio mismo no vertió jamás.

Ver en sus líneas la patricia historia
De siglo y siglos existir después;
Ver... extravíos, ilusión de gloria :
Helo al que tanto imaginó lo que es.

He lo que resta de tan lindos sueños :
Tibio un recuerdo de placer mendaz;
Tener al odio y al amor por dueños,
Blanco el cabello y sin frescor la faz.

Réstale envidia, humillación, mancilla,
Blanco y rasgado ante de sí el papel;
¡Y en cien cabezas la corona brilla
Que pudo á un tiempo coronar la de él!

Quédale impreso en su mejilla el sello
De la vergüenza de no ser más que es;
Pasado el tiempo de su vida bello,
Sin ya tener el infeliz después.

Quédale en blanco el preparado lino,
En blanco el libro que sus sueños fué;
Seca la pluma y el pincel divino,
Falto su pecho de esperanza y fe.

Quédale seca en su anhelante seno
La flor fragante de su hermoso amor;
Quédale su iris, otro tiempo ameno,
Nublado ahora como está la flor.

Quédale siempre contra Sara encono,
Quédale siempre por su Sara amor;
Siempre un acento que al decir — ¡perdono!
Dice — ¡imposible, hasta el morir rencor!

Quédale luz en su pupila mustia
Para la dicha de los otros ver;
Quédanle tedio, sinsabor, angustia,
Que él debe siempre y nada más beber.

Quédale sed en su sedienta boca
Del fuego y nieve que probó una vez :
De aquella lava que si el labio toca
Corre en las venas como hirviente pez.

Quédale torba la maldita sombra
Del que su vida envenenó crüel,
Que á cada instante furibundo nombra
Para lanzar su maldición sobre él.

Quédale falto el corazón de brío,
Falta la mente de vapor ideal :
Quédale en vez del entusiasmo, frío,
Y miedo en vez de su valor glacial.

Quédanle vanas, la ventura aeria,
Triunfos, coronas, embriaguez, favor;
Quédanle reales, nulidad, miseria,
Abatimiento, postración, dolor.

Última chispa de una luz que expira,
Último acento de muriente voz,
Últimos ecos de enlutada lira,
Última antorcha de ataúd precoz;

Solo en el mundo, y sin amor amante,
Todos sus sueños disipados ya,
Como la sombra de una nube errante,
Este hombre incierto y sin camino va.

Ya no pretende conquistar la gloria,
Ya no su frente de laurel orlar,
Ya no en las líneas de la patria historia
Su nombre eterno al porvenir dejar.

Ya no pretende de su pecho ardiente
Borrar la imagen de su amor, ya no;
Ni de su airada incontrastable mente
El odio inmenso que el desdén prendió.

Ya no pretende en el regazo amado
De una querida, reclinar la sien;
Ya está en un yermo lodazal cambiado
El campo ameno del que fué su Edén.

Ya no hay para él un luminar que asoma,
No hay melodía en el rimado son;
No hay en las flores ni matiz ni aroma,
No hay quien comprenda su brutal pasión.

Ya no hay para él en la hermosura halago,
Ya no hay para él en el vivir placer;
Ya no hay para él de arrobamiento mago
En nubes de oro serafín que ver.

Ya no hay para él en las tinieblas lampo,
Ya no hay para él en la quietud fragor,
Ya no hay para él en el espacio campo,
Ya no hay para él en el cenit fulgor.

Ya nada teme ni pretende nada,
Lo mismo le es que terminar, seguir;
Para el amor y el entusiasmo creada,
No puede esta alma sin amar vivir.

Este hombre en medio de un jardín nacido,
De fuego y nieve singular mixtión,
Que por la mano de un demonio asido
Baja sin gloria al terrenal panteón;

Este hombre todo efervescencia un día,
Todo programas de ambición y amor,
Todo esperanza, porvenir, poesía,
Y que ahora tiene de su nada horror;

Este hombre todo corazón y mente,
Todo ternura, idealidad, pasión;
Todo entusiasmo espiritual y ardiente,
Genio, heroísmo, celsitud, creación;

Y ahora recuerdo de una muerte llama,
Humo, pavesa, nulidad, borrón,
Á cada instante de su vida exclama:
¡José, han truncado tu feraz misión!

Y ese astro extinto al rutilar su aurora,
Y ese hombre ¡oh Dios! que para más nació,
Y ese que el tiempo que ha perdido llora,
¡Ese de veras infeliz, soy yo!!!

EPÍLOGO

Cuando el cabello de la sien blanquea
Ya es tarde entonces, y muy tarde, sí,
Para que el hombre que feliz no sea,
Halle ventura que no halló hasta allí.

I

Las horas tranquilas de vana ventura,
De insípida hartura, de necio dulzor,
Entibian la fiebre continua del alma,
Que gusta en la calma zozobra y temor.

Tempoco las horas ruidosas, inquietas,
Y á cambios sujetas de pena y solaz,
Embriagan el alma que teme y oscila
Cuando ansia tranquila continua la paz.

Así es que á la vida no falta un vacío
Ni al pecho un hastío, ni al alma un desdén;
Ni un vivo deseo que nunca saciamos,
Por más que arrastramos magnífico tren.

Así es que la mente fantástica crea
La rica presea que real no encontró;

Y la es necesario buscar en el cielo
La dicha que el suelo tenaz la negó.

Así es que es preciso que al alma entusiasta
Que el hoy no le basta, sonría un después;
Pues siempre á los ojos del pecho y la mente
El tiempo presente tristísimo es.

Así es que el hoy vive nuestra alma de prisa
Porque ella divisa suntuoso convoy;
Porque ascuas, deseos, pesares y llantos,
Vaivén y quebrantos componen el HOY.

II

¿Qué importa el presente si allá todavía
Me espera otro día más grato que el de hoy?
¿Qué importa que dichas gozar hoy no pueda?
¿Siguiendo la rueda del tiempo no voy?

¿Qué importa que hoy pise ni lodo ni abrojos,
Si está ante mis ojos allá un serafín,
Y el triunfo, y corona de azul oriflama,
La gloria, la fama y el tiempo sin fin?

Allá palpitante de gozo me espera
Mujer que me quiera radiante de fe,
Me esperan los templos, altares, palacios,
Los aéreos espacios que de oro esmalté.

Me espera una suerte grandiosa á porfía,
Mejor cada día, mayor cada vez,
Festines, verjeles, perfumes, auroras,
Que llenen mis horas de amor y embriaguez.

Me espera cuanto ansian de bello y fulgente
Mi pecho, mi mente, mi genio criador;
Ventura estupenda, que sólo en la idea
Se encuentra, que crea la fiebre de amor.

Fantasma hechicera que en vano persigue,
Pues nunca consigue nuestra alma alcanzar,
Hermosa, inefable, gentil, pero vana,
Que no es más MAÑANA que un lindo soñar.

III

No importa, adelante, constancia, coraje,
Prosígase el viaje con paso veloz,

Nos suelen en ciertos solemnes momentos
Decir los acentos de mística voz.

¿Por qué detenerse? Sigamos la huella
Que alumbra esa estrella de rara beldad;
La suerte se vence con brío y porfía,
Si el genio nos guía de amiga deidad.

Cuando algo se quiere precioso que halaga
Se escucha voz maga que inspira valor,
Y créese un consejo benigno del cielo
Lo que es del anhelo vehemente el clamor.

Porque hay en el fondo de nuestra existencia
Un labio con ciencia, palabra y poder,
Que nuestras acciones aplaude y acusa,
Que veda ó azuza lo que hemos de hacer.

Y un ángel encima de nuestra cabeza,
Que dichas no cesa jamás de ofrecer;
Y en torno una aurora que nunca amanece
Por más que parece ya, ya, amanecer.

De ansiadas delicias aguel grato instante,
Que vese delante, que llega, que está,

No es más que ese LUEGO que cuanto más viene,
Más lejos se tiene, más pronto se va.

IV

Hay horas que en la alma magnética, ilusa,
Bellísimo cruza destello boreal,
Y á su almo, esplendente, fosfórico lampo,
Conviértese en campo florido el erial.

Y alumbra designios y grandes ideas,
Jardines, preseas, y espléndido ajuar,
Y en nubes de nácar, sonriendo en la altura,
La esbelta hermosura que habranos de amar.

Y alumbra fortuna que nunca se alcanza,
Renombre, esperanza y anhelo de más;
Y alumbra los días, los meses, los años,
Los bienes y daños que quedan detrás.

Y alumbra secretos, portentos, misterios,
Fantasmas aerios, verdad, ilusión;
La vida, la muerte, lo breve, lo eterno,
El cielo, el infierno, la entera creación.

Y alumbra prodigios de magia, increíbles,
Pasiones horribles que infunden pavor;
Batallas, trofeos, festines, orgías,
Y noches y días de fiestas y amor.

Y al vértigo hermoso que en la alma entretiene
Sujetas nos tiene magnética red,
En medio de un aura de luces y flores,
Que el SIEMPRE es de amores la férvida sed.

V

En noche sombría si nace una estrella,
Parece más bella que todo el orión;
Y en alba fulgente más negra y severa
La nube agorera que anuncia el turbión.

Y en lánguido pecho que yerto agoniza,
Más grata la risa que sigue al dolor;
Y en alma de gozo ternísimo llena,
Más agria la pena que sigue al dulzor.

La vida no tiene, y á fe que no es poco,
Más que uno, aunque loco, frenético amar;
Así como el día tan claro y radioso
No tiene aunque hermoso más que un luminar.

Así, no se tiene más que una querida,
Una alma, una vida, más que un corazón;
Una época sola de gozo y martirio,
Un solo delirio, más que una pasión.

Porque prodigiosas creaciones, la mano
De Dios Soberano jamás formó dos;
Y no hay más q'un soplo de muerte, aunq'eterno,
Un cielo, un infierno, y un tiempo, y un Dios.

Un día de asombro feliz que no dura,
De amable locura, de arrobo y fervor;
Y es cuando una hermosa se tiene adquirida,
Que el YA es de la vida la fiebre de amor.

VI

Si es sólo esa bella del aire nacida,
La quiero fingida más bien que real;
¿Pues do hay más radiante de luz y donaire,
Que ese ángel del aire, beldad terrenal?

¿Do la hay? En la fiebre voraz, seductora,
Que inunda la hora de triunfo y furor;

Y esa hora pasada no más que en la mente
Volcánica, ardiente, que abrasa el amor.

¿Cuál alma que el genio fantástico impulsa
No deja la insulsa verdad por lo ideal?
¿Quién siempre no anhela mirar en la nada
La imagen amada de un ángel carnal?

¡Dichoso en las suyas quien ve que rutila
La ardiente pupila de amada mujer,
Que vibra inefable, de fuego abrasada,
Punzante mirada de amor y placer!

Su aroma en la frente las auras deslíen,
Los cielos sonríen, el mundo y la flor;
El aire es perfume, la luz ambrosía
Y el alma poesía cuando arde el amor.

El día entusiasmo, la noche ilusiones,
La mente creaciones de lindo matiz;
La vida es delirio, blandura, sonrisa,
Y ENTONCES, la brisa del tiempo feliz.

VII

No siempre es el tiempo feliz duradero,
Ni pingüe el venero de rico metal:
Que el uno es la chispa de breve meteoro,
Y el otro en vez de oro da polvo escorial.

Envuelto en palabras de esencia y almíbar
Esconde su acíbar la infame traición,
Y bajo matices que el iris colora
Con luz de la aurora, la sierpe su arpón.

El alba más clara se cambia en oscura,
La llama más pura termina en carbón;
Y aquel que más flores galantes derrama
Más brinda á su dama que obsequio, ficción.

El hombre á sí mismo se engaña sabiendo
Que estáse mintiendo placeres que no ha,
El pecho se engaña, se engaña la mente,
Y el tiempo nos miente venturas allá.

Dichoso el que vive gozando y no sabe
La hora en que acabe la risa para él;

Y al plácido impulso de su aura se entrega
Durante no llega su noche cruël.

La dicha es un frágil cristal puro y terso,
Mas cuyo reverso bien áspero es;
Y al gozo, por grato, brevísimo y vano
Más tarde ó temprano la sigue el DESPUÉS.

VIII

En golfo tranquilo zozobra la nave,
Que oculta no sabe que hay peña en el mar,
Y muere el incauto que bebe ignorante,
Que en brindis galante se da rejalgar.

¡Dichoso el que el cáliz de almíbar apura,
Porque él no más dura que frágil panal,
Y en medio del aura del plácido día
De ver desconfía lucir otro igual.

El eco que forman de nuestros contentos
Los gratos acentos, un ¡ay! fugaz es,
Que allá nos repite fantasma agorero
Que anuncia severo congojas después,

La miel deliciosa que forma la abeja
Acerbo en pos deja del dulce amargor.
La extrema dulzura trae pronto el hastío,
Y el fuego trae frío, y el frío calor.

Y aquella ventura que más se apetece
Más lejos parece por horas que está,
Y aquel infortunio que más nos tememos
Más cerca lo vemos que estálo quizá.

La suerte parece ya cuando pasada
Más grande y preciada que súpolo ser;
Y es la hórrida sima que queda en la vida
Después de perdida la dicha, el AYER.

IX

¿Qué importa que guarde matices hermosos,
Ni estambres sedosos, ni aroma la flor,
Si el agua fecunda su tronco no riega,
Y si el sol la niega su grato calor!

¿Qué importa que adquiera coronas el hombre,
Ni glorias, ni nombre, ni excelso blasón,

Si amante y sincero por él no se agita,
No late y palpita ningún corazón?

El oro no basta, los timbres tampoco;
La gloria aun es poco, precísase más;
Pues que oro, ni timbres, ni gloria, ni nada,
Nos dan consumada ventura jamás.

Y en medio de triunfos, de honores y palmas,
Demandan las almas deleite mayor,
Porque hay una sima que sólo rebosa
La miel deliciosa que mana el amor.

Porque hay una dicha que embriaga, que extasia,
Que nunca se sacia nuestra alma de haber,
Que el pecho enloquece, que sueña la mente,
Y es la alma inocente que da una mujer.

Si esa alma encontrada nos ama, los sueños
Hermosos, risueños, se encuentran también;
Si no, se disipan sus luces brillantes,
Que siempre es el ANTES el sueño de un bien.

X

¡Parece imposible que auroras tan bellas,
Tan claras estrellas, tan limpio arrebol,
Como esas que alumbran mis vívidas horas
No sean ni auroras, ni estrellas, ni sol!

¡Parece imposible que ese ángel que gira,
Que llena, que inspira mi férvida sien,
Que acude si amable mi labio le llama,
Que yo amo, y él me ama, sea nada también!

¡Parece imposible no hallar en el suelo
Del aéreo modelo la copia mortal,
Tan pura, tan cierta, tan linda y graciosa,
Como ángel y diosa la vemos ideal!

¡Parece imposible no hallar, y no se halla
Por más que se vaya tocando ya, ya,
Esa áurea ventura tan cierta y brillante
Que huyendo delante dos pasos nos va!

Y cuando del tiempo la mano nos gasta,
Y al alma no basta fingida entidad,

Entonces despierta, porque antes dormía,
Y ve fantasía do vió realidad.

Entonces tenemos de más desengaños,
De menos treinta años, fortuna y solaz;
Detrás una aurora, delante un desierto,
Que es NUNCA el fin cierto del gusto falaz.

XI

En vano se miran esfuerzos y preces
Burlados mil veces, mil otras, mil más;
Pues siempre del ángel que nunca se alcanza
Va nuestra esperanza marchando detrás.

Y cuando se advierte que el éxito falla,
Que el ángel no se halla do hallar se pensó,
Recién es que entonces se teme no hallarle,
Mas nunca encontrarle, sin duda que no.

Y al fin, cuando estáse sobrado de ciencia,
De amarga experiencia y acerba verdad,
Que es cuanto pudiera no errarse, ya es tarde,
El fuego ya no arde que sopla la edad.

Ya el alma está entonces sin fuerza, sin brío,
Ya el pecho está frío, ya esquivo el amor;
Ya al fin la hermosura nos mira con tedio,
Mas ya no hay remedio que enmiende el error.

Entonces es fuerza, por más que nos pese,
Que al fin de amor cese la grata misión :
Que acaban los sueños dichosos un día,
La bella poesía, la hermosa ilusión.

No hay HOY, ni MAÑANA, DESPUÉS, YA, ni LUEGO,
Ni frío, ni fuego, ni poco, ni más,
Ni SIEMPRE, ni ENTONCES, ni luces brillantes,
NI NUNCA, AYER, ni ANTES; lo que hay es ¡JAMÁS!

FIN

ÍNDICE

Página.

SEGUNDA PARTE

Paris. — Tip. Garnier hermanos, 6, rue des Saints-Pères.